



MANUEL LARRAIN
UN OBISPO
SORPRENDENTE

Carlos González Cruchaga

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL MAULE
EDICIONES MARANA THA



MANUEL LARRAIN
UN OBISPO
SORPRENDENTE

Carlos González Cruchaga

UNIVERSIDAD CATOLICA DEL MAULE
EDICIONES MARANA-THA

© Universidad Católica del Maule
Colección «Tabor», Nº 20
Casilla 617 - Talca-Chile

Primera Edición
Talca, Agosto del año 2004.

Diseño y Diagramación:
Luis Espinoza Sepúlveda
Depto. de Comunicaciones UCM

Impreso en Ediciones Marañon Ltda.
1 Norte 549 Fonofax (56-71)226565 - Talca
marañon@ctcinternet.cl

Impreso en Chile - Printed in Chile

INDICE

PRESENTACION	9
AGRADECIMIENTOS	12
INTRODUCCION	13
CAPITULO I:	15
EL ROSTRO HUMANO	17
CAPITULO II:	33
UN BUSCADOR DE DIOS	35
CAPITULO III:	51
ENCONTRO SU MAYOR IDENTIDAD	53
CAPITULO IV:	71
LOS CAMPESINOS Y LA REFORMA AGRARIA	73
CAPITULO V:	85
SU VIDA EPISCOPAL	87
CAPITULO VI:	115
EL CELAM Y LOS ULTIMOS AÑOS DEL OBISPO LARRAIN	117
EPILOGO:	143
ANEXOS:	147
I. La Homilía de Dn. Manuel Larraín E. en los funerales del P. Alberto Hurtado	149
II. Carta del Cardenal Villot, Secretario Estado del Vaticano	165
III. Algunos textos de la Homilía del Cardenal Raúl Silva Henríquez, en el Décimo Aniversario de la muerte de Don Manuel Larraín	168



El sacerdote Manuel Larraín E., en 1935

PRESENTACION

Con los trazos cortos e incisivos que le son característicos, Don Carlos González nos regala una semblanza de Don Manuel Larraín Errázuriz, gran obispo de la Iglesia. Su ministerio episcopal lo desarrolla en Talca, pero el ejercicio de su episcopado trasciende las fronteras de su diócesis, de la Patria y aún del Continente. Por eso, bienvenido este libro escrito por su sucesor en la sede de Talca, que nos permite aproximarnos al corazón de ese pastor excepcional.

El libro nos conduce a lo largo de seis breves capítulos que destacan su rostro humano, su búsqueda de Dios, su protagonismo en momentos claves de la vida nacional, su presencia fundacional en el CELAM y sus aportes al Concilio Vaticano II. Hay abundancia de recuerdos y de pensamientos de D. Manuel que nos ayudan a comprender sus inquietudes y a apreciar la calidad de su pensamiento. No cabe duda: nos encontramos de lleno ante un pastor enamorado de Jesús y de la Iglesia, y ante un visionario penetrante que sabe leer la historia con los ojos de Dios. Cala hondo su pasión por la verdad, remece las entrañas su amor por los más pobres y su confianza en ellos, y suscita franca admiración la calidad de su corazón sacerdotal. Un ejemplo para quienes hemos sido consagrados al ministerio. Y un estímulo para conocer los cinco tomos que recogen sus escritos.

Me asiste la certeza de que muchos van a poder leer estas páginas con enorme novedad. Otros conocerán detalles íntimos de la forma como don Manuel enfrentó con mucha paz las contradicciones que despertó su ministerio, a pesar de su temperamento nervioso. Es, por eso, un libro apto para todo buen lector, que a los jóvenes puede presentarles una figura emblemática de la Iglesia y de la historia del país tal vez desconocida por ellos. Sin embargo, creo que quienes mejor fruto pueden sacar de su lectura son los sacerdotes y los obispos, pues la trama visible e invisible de este escrito es el sacerdocio de este gran pastor. En esta mirada se mezclan rasgos propios de Don Manuel con las apreciaciones personales de Don Carlos González quien ha sido formador y director espiritual de muchos sacerdotes.

10

No puede estar ausente de esta semblanza la pregunta que espontáneamente nos formulamos ante estas figuras excepcionales que nos regala Dios en la historia. En este caso, ¿cuál fue el secreto de Don Manuel?. No faltan quienes dirán que su secreto fue el gran amor por la Iglesia, ésa que él sirvió como sacerdote y como obispo, y que "vió con sus propios ojos" en el Concilio Vaticano II. Al regresar de la última sesión confesaba conmovido, a quien le quisiera escuchar: "vidi Ecclesiam" (vi la Iglesia). Sin embargo, Don Carlos González, amigo y confidente de este gran obispo, nos dice que la clave de su personalidad estuvo en su lealtad: un hombre leal con Dios, leal consigo mismo, leal con la Iglesia, leal con la historia. Y lo dice de una manera que deja al descubierto el alma de este buen pastor.

Al hablar de su lealtad, destaca las palabras de Don Manuel en su homilía con ocasión de la muerte de su amigo del alma, el P. Alberto Hurtado. Según el autor, el mismo Don Manuel nos ofrece en ella su propio autorretrato: "el apóstol es sobre todo el hombre del amor. El que no da su corazón a nadie para ofrecerlo a todos. El que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás. El que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra eco en su corazón. El apóstol es el hombre que, bajo el amor del Padre de los cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos, el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El apóstol es un cáliz que rebasa caridad".

En las últimas páginas del libro se admira su sabiduría ante varios temas polémicos que, en circunstancias diversas o semejantes a las nuestras, afectaron a la Iglesia. Leerá con emoción el comentario de D. Ricardo Boizard, al día siguiente de la muerte de Don Manuel, y escuchará la voz grave del Cardenal Silva Henríquez en la homilía pronunciada a los diez años de su muerte. En la Catedral de Talca, atestada de gente, y ante la presencia de Obispos venidos de diversas partes del Continente, el Cardenal afirmó que el carisma con que nos acompañó Don Manuel fue su gran amor por la Iglesia: "amó a la Iglesia y se entregó por ella".

Con admiración y afecto por el Obispo que fue con mi padre uno de los primeros oblatos benedictinos de Chile, y que me ordenó sacerdote, le agradezco a Don Carlos González este libro que nos ayuda a mantener viva la memoria de este "padre, hermano y pastor" que Dios le regaló a la Iglesia chilena.

† FRANCISCO JAVIER ERRAZURIZ OSSA
Cardenal Arzobispo de Santiago
Presidente del CELAM

AGRADECIMIENTOS

Al Pbro. Pedro de la Nol, quien logró reunir los escritos de Monseñor Manuel Larraín, editándolos en cinco tomos. Fue una tarea difícil, silenciosa y de gran valor.

12

Al Pbro. Gabriel Rojas, ya fallecido, quien escribió importantes reflexiones sobre la historia y la vida de Don Manuel.

La Iglesia debe estar agradecida de estos trabajos, los que han constituido un importante aporte para escribir estas páginas.

Un especial agradecimiento a la Universidad Católica del Maule que ha patrocinado la publicación de este libro que permitirá a muchos profundizar en la personalidad de un Obispo visionario y profético.

† CARLOS GONZALEZ C.
Obispo

INTRODUCCION

Veo necesario escribir algunos aspectos de la vida de Don Manuel Larraín, Obispo a quien sucedí en la Diócesis de Talca y de quien recibí tantas señales de afecto y amistad. Su rostro y su testimonio en la Iglesia del siglo XX son de gran importancia y me parece conveniente mostrar quién era este gran obispo.

Escribir sobre la persona y sus obras es una tarea hermosa y difícil. No pretendo repetir biografía o datos cronológicos, sino destacar algunos hitos de su vida que lo muestran como un obispo visionario, de gran calidad humana y cristiana.

Creo que descubrir y lograr expresar el rostro y el corazón de una persona no es fácil. Las anécdotas ayudan, las fechas son necesarias y los datos sobre las acciones que se realizan tienen valor; pero el gran desafío es mostrar a la persona más allá del personaje o de las tareas que haya desempeñado.

Las vivencias personales se van borrando con los años y si no se escriben oportunamente pueden quedar sepultadas con quienes fuimos sus amigos y así se pierda en la noche el testimonio y el ejemplo de Don Manuel Larraín. Él tiene gran importancia en la historia de Chile y de nuestra Iglesia, y sus pasos no deberían quedarse en la sombra del olvido.

Le pido a Dios que estos escritos puedan servir a las próximas generaciones. La vida de una persona se sigue revelando después de su muerte y su sentido se comprende mejor

cuando es percibido por otros. Una buena reflexión histórica ayudará mucho para entender a quien ya partió.

Estuve con él, en Santiago, a las 5 de la tarde, antes que partiera a Talca el 22 de Junio de 1966. Conversamos de lo humano y lo divino. A las siete de la tarde un llamado telefónico me informó que había fallecido en un accidente de la carretera.

Esa tarde, algo muy poco usual en mi temperamento, lloré, aunque no tengo el don de lágrimas.

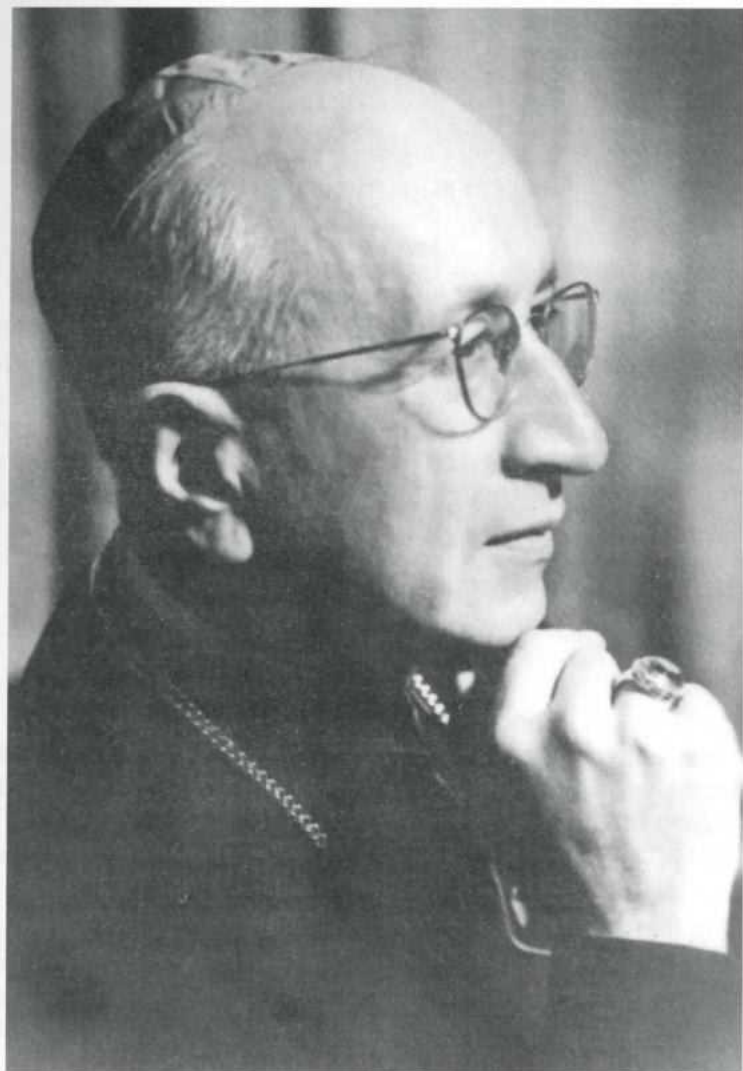
Que Dios me ayude a realizar este libro con verdad, en forma seria y con buen humor.

Presento la opinión de un sacerdote que lo trató mucho y fue uno de sus grandes amigos.

"Fotografiar la naturaleza es paralizarla. La foto deja de ser vida, aunque distintas fotos quieran dar una expresión de la vida. La foto nunca expresará la riqueza de la vida. La palabra, es como la foto, jamás expresará la vida de un ser humano, sobre todo si la persona que se quiere retratar tiene muchas facetas, todas ellas armonizadas y todas ellas de gran belleza. Hablar de Don Manuel es paralizarlo, la palabra jamás podrá expresar lo que significa la vida, en este caso la vida del Obispo Larrain. Los cronistas pueden resaltar la inteligencia, la bondad, la religiosidad y la psicología de una persona, pero cada persona es imagen de Dios. Para Don Manuel eso era muy importante. Imagen de Dios eran para él todas las criaturas, animales, flores, ríos, tormentas y lluvias. Recitaba con entusiasmo a S. Francisco de Asís. Amaba toda la naturaleza, obra armoniosa del Creador y en ella, sobre todo, el hombre. No había buenos y malos. Nunca condenó a ningún hombre, siguiendo a su Maestro Jesús, nunca apagaba el pabilo que aún humeaba. Tenía amigos en todas las barreras ideológicas, aunque pensarán muy distinto a él. Tenía adversarios, porque con su valentía hería sus intereses. Pero, en el fondo, todos lo respetaban y lo admiraban".

La vida de Don Manuel transcurre durante muchos años paralela a la del Padre Hurtado. Desde el ingreso al colegio San Ignacio, en 1908 y haciendo el servicio militar, en 1920. Los dos jóvenes, entienden el catolicismo como entrega a los más pobres; los dos consagran ya mayores, sus vidas al Señor. Uno en los jesuitas, el otro en el Seminario. Ambos fueron formadores de la juventud de esos años. Los dos fueron grandes revolucionarios sociales, pero con base en el amor.

CAPITULO I



Monsiñor Manuel Larrain E.

EL ROSTRO HUMANO

Don Manuel Larraín nació en el año 1900. Hijo de Manuel Larraín Bulnes y de Regina Errázuriz Mena, estudió en el Colegio San Ignacio, de los padres Jesuitas. Ingresó a la Universidad Católica para estudiar Derecho y en esos años resolvió ser sacerdote. En su casa todos lo conocían por "*Manó*"; que era un apodo familiar que siempre usó su madre al referirse a su hijo. Fue nombrado Obispo para Talca en el mes de Agosto de 1938.

17

Un medio Obispo

Físicamente débil y frágil, a él se le podría aplicar el pensamiento de santa Teresa de Avila cuando se encontró con San Juan de la Cruz. Ella habría dicho que le habían enviado "*un medio fraile*", porque el santo, igual que Don Manuel Larraín, era de aspecto pequeño y débil.

Seguramente así pensaron los talquinos cuando llegó este nuevo obispo delgado y nervioso, de baja estatura. Algunos sabían que había sido ordenado sacerdote en 1927 y todos conocían que pertenecía a una de las grandes familias de Chile.

Tanto Santa Teresa como los habitantes de la ciudad de Talca se equivocaron. Don Manuel fue un gran obispo y San Juan de la Cruz fue uno de los santos más visionarios de la Iglesia.

El Obispo tenía el perfil típico de los vascos, de los cuales se sentía solidario en sus raíces familiares. Era vasco por todos sus antepasados.

Hiperkinético y siempre en movimiento, lo cual preocupaba a quienes lo conocían en el primer momento. Después, todos se acostumbraban a verlo como un atado de nervios, que sufría físicamente antes de tomar alguna decisión importante. Se sabía que padecía del estómago y que sus tensiones lo traicionaban.

Don Manuel tenía muchos miedos: a los perros, a la oscuridad, a los viajes en automóvil y al avión. Recuerdo haber viajado en avión con él y todo el tiempo lo vi aferrado al asiento y se ponía muy tenso cuando algún vacío de aire provocaba barquinazos, lo cual era común en esos tiempos.

Tenía temor a los temblores, que los sentía antes que el resto de las personas y los anunciaba. *"Va a temblar"*, y nunca se equivocaba. Cuando llegaba el remezón, ya había salido a buscar un lugar más seguro.

"Tenía la cuota justa de enfermedad para cuidarse y dedicarse a la acción", así decía Bernardino Piñera, su Obispo auxiliar.

Príncipe y Pastor

Este *"medio Obispo"*, tenía un gran sentido del humor y una irradiante alegría. Su personalidad se transformaba en la celebración de la liturgia y en las predicaciones. Era sereno, vehemente y comunicaba la fuerza del Espíritu. Allí aparecía la grandeza de su personalidad.

Tenía el don de la palabra elocuente, sencilla y profunda. Lograba comunicar vida en una forma agradable y fuerte. Ya no era el hombre de las inseguridades. Era un hombre de Dios que entregaba a Jesucristo con todo su corazón. Tenía fe en lo que decía, porque la fe estaba arraigada en lo más profundo de su ser.

Conocí a Don Manuel Larraín el año que ingresé al Seminario. A los pocos meses de haberle solicitado que fuera mi guía espiritual, él fue enviado a Talca para apoyar al Obispo Don Carlos Silva. Fue nombrado Obispo Coadjutor, o sea con derecho a sucesión, y el joven obispo terminó su primera predicación diciendo *"espero que pronto habrá un solo rebaño bajo un solo pastor"*. Don Manuel sufrió por mucho tiempo la burla cariñosa por ese sermón en Talca.

El Obispo Larraín era inteligente y brillante, con limitaciones y cualidades. Pertenecía a la *"fronda aristocrática"* que ha gobernado Chile por tantos años, con sus valores y sus defectos. Él sabía conversar con todos y se acomodaba a los conocimientos y a la cultura de sus interlocutores.

Era un príncipe en su modo de ser y ese príncipe se hizo pastor, lo cual es excepcional. Siempre hemos oído de pastores que llegan a príncipes, pero el proceso inverso casi nunca se produce.

Su apariencia era principesca y le agradaban las grandes ceremonias en las cuales se colocaba todos los ornamentos. Lucía un anillo con un topacio en el dedo. El anillo episcopal significa la unión del Obispo con su Diócesis.

Había aristocracia y nobleza bajo su capa morada que le llegaba hasta los talones.

Era la época en la cual los obispos eran tratados como *"Príncipes de la Iglesia"* y al pueblo cristiano le parecía bien ver a los obispos con todo su esplendor.

Cambian los tiempos y los estilos. Don Manuel, como era inteligente y visionario, fue dejando a un lado la solemnidad y la elegancia. Así se hizo sencillo y con mayor sensibilidad social.

Se fue transformando y algunas personas le ayudaron. En primer lugar, el Padre Alberto Hurtado, su amigo de toda la vida, y después René Voillaume, superior de los Hermanitos de Jesús, inspirados en el Padre de Foucauld. Ellos contribuyeron y reforzaron su vocación de cercanía a los más necesitados.

Nunca perdió su distinción, pero el pastor superó al príncipe. Se hizo sencillo, sin perder el gusto por las comidas italianas y por los dulces. Era tanta su debilidad por los pasteles que una señora talquina, en su testamento, dejó cinco mil pesos para Don Manuel Larrain *"para que comprara dulces porque sé que le gustan mucho"*.

No era aficionado a los medicamentos sólo tomaba *"alivio"*, al cual le atribuía grandes virtudes, y lo que el médico le indicaba. (El *"alivio"*, en esos años, era algo parecido a la aspirina).

Jamás jugó a ser pobre tomando posturas, palabras y vestimentas como se suele ver en algunos consagrados que juegan a la pobreza. Parecen pobres, pero, tal vez, no tienen un corazón desposeído del dinero y el poder.

Amistad y soledad

20

Al pensar en Don Manuel Larrain surge la imagen de un buen amigo, de esos amigos leales, verdaderos y de siempre. Posiblemente dio más amistad de la que recibió.

Un hombre aparentemente extrovertido y conversador, con un gran miedo a la soledad.

En la puerta de su estudio tenía un cuadrito con la tradicional frase: *"o beata solitudo, o sola beatitudo"*. *"Oh dichosa soledad, Oh sola felicidad"*. Pero trataba de huir de la soledad en busca de amigos.

Toda persona tiene una cuota de soledad en su vida. Existe un terreno en el cual no entra nadie, no porque no se quiera, sino porque no se puede. Allí, la persona se encuentra consigo misma: con su grandeza y su pobreza; es allí donde se experimenta el doble sentimiento de ser limitado y el impulso a superarse; es esa dulce lastimadura o herida el querer ser siempre más a pesar de la *"condición humana"*. Muchos huyen de la soledad personal, aturdiéndose con una serie de evasiones. Los

que no traspasan las fronteras del país de la soledad y se quedan allí a reflexionar, tienen dos salidas: o la amargura, al estilo de ciertos pensadores existencialistas, o el paso hacia Dios. Tal vez a esto se refería San Agustín cuando exclamaba: *"Nos hiciste para Ti y nuestro corazón caminará siempre inquieto hasta que descanse en Ti"*.

Este es el trayecto de un creyente en Dios, pero siempre será difícil entender la evolución interior de la soledad de un agnóstico, que tiene, posiblemente, un camino diferente.

Erich From dice que el amor vence la soledad, puede ser. Pero el amor humano no llega hasta ese íntimo país de la soledad personal. Allí está el hombre solo y Dios.

A esa cuota de soledad que a todo hombre le corresponde, el sacerdote agrega la soledad afectiva; no tiene un hogar ni unos hijos y no posee tampoco amigos exclusivamente para sí. El sacerdote sabe muy bien que él no es un *"lugar de encuentro sino un lugar de paso"*. La gente no se encuentra con él, sino con Cristo y el sacerdote tiene que hacerse a un lado para que esa nueva amistad crezca. Es solamente un puente, que se utiliza y se olvida, todos pasan pero nadie se queda.

La soledad es difícil; y es más grave cuando no se puede vivir con la propia verdad. Gracias a Dios es posible superar esa oscura soledad a través del amor al prójimo y por el amor a Dios. Creo que Don Manuel había descubierto esa Presencia de Dios que nos habita y por ese camino vivía en paz.

El sacerdote es un hombre utilizado y solitario. Siempre con mucha gente alrededor, pero necesita saber que no es buscado por él, sino por Dios.

Don Manuel, con frecuencia decía que un Obispo es como Moisés; *"poderoso y solitario"*. Se refería a una poesía francesa y le gustaba decirlo en ese idioma. El sabía que todo hombre es solo, más lo es el sacerdote; y esa soledad se hace más fuerte en un Obispo. *"Sé por experiencia que autoridad y soledad se encuentran con frecuencia unidas"*—decía Don Manuel a su Clero, en 1965.

Hubo días en que mordió la soledad amargamente: muchos de los que ahora declaran haberlo amado, lo arrinconaron sin compasión a la oscuridad, donde se está inmensamente solo.

Ayudarán a entender el problema de la soledad las reflexiones del Papa Pablo VI en el último año de su vida. El había sobrevivido a todos sus contemporáneos. *"Todos se han ido, dejándome solo, y a mi edad siento esta soledad. Cuando los amigos de nuestra propia edad, nuestros contemporáneos, nuestros discípulos, ya no están, uno se encuentra realmente solo"*. No quiso que se hiciera nada con motivo de su octogésimo cumpleaños, y también rechazó las celebraciones públicas. *"Déjenme recordarlo solo, en la soledad y la oración, pues ha llegado la hora"*.

La soledad sacerdotal necesita ser asumida, aceptada y, en la fe buscar a Dios *"como la parte de mi herencia"*. *"Cuando se ha buscado a Dios como meta de la vida el paso de los años nos dice que una vida consagrada a esta búsqueda vale mucho la pena"*, escribía Don Manuel a un joven sacerdote. Y para él concretamente, esta búsqueda era la entrega a la Iglesia, el *"gran amor de mi vida"*, como dice en su Testamento Pastoral.

Desgraciadamente se perciben soluciones equivocadas: el no ser camino, sino llegada; el no dejar que la gente se encuentre con Cristo, sino que se quede con el sacerdote. Son aquellos que se aferran desesperadamente a ciertas personas o a ciertas familias. Esas amistades comprometen también a la Iglesia, en este sentido: esas familias o personas suelen ser muy influyentes en la vida de la Iglesia y no hacen bien. Sucede que algunos sacerdotes se cierran a la opinión de otros laicos valiosos, por estos apegos mal entendidos.

En Don Manuel es clara la primera actitud ante la soledad y tuvo grandes amistades que le ayudaron a construir mejor la Iglesia, para que él mismo se purificara y se entregara más a Ella. Su cercanía con Dios fue creciendo con los años.

Tuvo innumerables y grandes amigos y, ¡qué amigos!

Sus amigos fueron innumerables. Todo el que conversó una vez con él, ya podía decir que era su amigo. Don Manuel era muy afectivo, irradiaba atracción y daba confianza. Su sonrisa no era de aquellas que cierta gente se coloca para intentar ser amables, y de lo cual todo el mundo se da cuenta. Su sonrisa era amistosa y con un dejo de picardía. En todas partes Dn. Manuel tenía su "*club de admiradores*"; sacerdotes y laicos en Chile, Europa, EE.UU. y en Latinoamérica.

Una de las características de la amistad de Don Manuel: aunque no los visitara, seguía a sus amigos por terceras personas o por cartas. Y cuando de nuevo se encontraba con alguien, le demostraba que no se había olvidado y que, en la lejanía, le había acompañado.

La gran amistad de su vida, aquella nacida de la adolescencia, es la del Padre Alberto Hurtado. En la "*Vida del Padre Hurtado*" escrita por Alejandro Magnet, podemos leer algunas cartas de la juventud en que, además de contarse lo cotidiano, hablan ambos también de sus aspiraciones y proyectos de vida. Y la amistad, que se mantuvo durante toda la vida, fue una amistad que les ayudó a superarse y entregarse mejor a la Iglesia.

Una amistad puede servir entre otras cosas para encontrar a alguien con quien disculparse de los errores y que le afirme que se tiene la razón y los otros están equivocados. Una amistad verdadera lleva a una mayor exigencia mutua y ayuda a crecer. Se trata de las amistades compartidas y no dominación de uno sobre el otro. La amistad de estos grandes hombres de nuestra Iglesia era verdadera y santa amistad.

El Padre Hurtado conocía a Don Manuel al revés y al derecho; sabía que este Obispo era preferentemente un intelectual antes que un hombre de acción; que batallaba con sus decisiones, tenía miedo de que eso no sirviera a la Iglesia, que hiriera a personas y sufría mucho con las malas interpretaciones y los ataques personales. Pero cuando la resolución estaba tomada, nadie lo hacía volver atrás. Por eso que Don Manuel era un hombre que necesitaba apoyo y hasta el fin de su vida buscó alguien en quien afir-

marse. También el Padre Hurtado recibió el apoyo permanente de su amigo Manuel y así ambos se complementaban. Muchas de las decisiones importantes de la vida de Don Manuel fueron primeramente consultadas con el P. Hurtado.

Cuando el P. Hurtado murió, algo de Don Manuel también se fue. *"Un gran silencio donde esconder un gran dolor, hubiera sido también lo que el amigo de toda una existencia desearía en estos momentos"* —dijo Don Manuel en la oración fúnebre de su amigo.

Los pensamientos de Don Manuel en el funeral del Padre Hurtado se pueden decir igualmente de él mismo. Fue algo realmente admirable y muchas veces pensé que el Padre Hurtado, fue una especie de motor de partida para esa entrega mayor a Dios de Manuel Larraín, quien tenía luz propia y también fue *"una visita de Dios"*, como él dijo del Padre Hurtado.

Esta gran amistad de Don Manuel y el Padre Hurtado, fue creciendo y se convirtió en una relación cada vez más fructífera. Don Manuel escuchaba, aceptaba críticas y reconocía equivocaciones. Tuvo otros grandes amigos, algunos Obispos, que por diferencia de ideas, se separaron de él y en ciertas oportunidades lo atacaron.

Después de la muerte del Padre Hurtado, yo percibí que me había transformado en una persona muy cercana a Don Manuel. Lo puedo afirmar porque en sus documentos más privados sobre la crisis de la Iglesia y la Falange Nacional dejó escrito: *"Habiendo fallecido Alberto Hurtado ruego que estos documentos pasen a Bernardino Piñera o a Carlos González"*.

Seguramente existieron otras amistades que no quedaron grabadas en cartas o documentos. Quedaron en el silencio del confesionario, en la conversación personal, en el diálogo sin testigos. Y son muchos.

Su manera de ser amigo se revestía de una cualidad hermosa: la delicadeza en el detalle pequeño. Un sacerdote de otra diócesis estaba en su casa, descansando por enfermedad. Don Manuel,

todas las mañanas, le llevaba un vaso de leche. A otro, le calentaba el agua del baño, sin que se lo pidieran. De cada viaje a Europa traía regalos para los que vivían con él y para sus amigos. Nunca se olvidó de alabar una cualidad, de felicitar después de un logro, de alentar siempre un gesto amigo.

Esta dimensión de la amistad fue subrayada por algunas personas que escribieron después de su muerte. He aquí algunos textos:

"Sabemos los caminos por donde lo llevaron a través del mundo, su clara inteligencia, su asombrosa actividad, su maravilloso don de la amistad. No hubo en el mundo un aeropuerto donde un grupo de amigos entusiastas, de dirigentes juveniles no esperaran a Don Manuel... En la Iglesia universal era conocido y más aún, querido como un amigo... Yo que tantas veces anduve en sus pisadas, estoy oyendo las exclamaciones desoladas o incrédulas, los sollozos mal contenidos de sus amigos tan queridos de Buenos Aires o de Quito, de Lima o de Recife, de Bogotá o de Asunción." (Mons. Bernardino Piñera, 4.7.1966).

"Su muerte significa una gran pérdida en todo sentido. Para las personas, desde luego, porque tenía, además de su gran cultura y sus condiciones de apóstol, una capacidad enorme para la amistad. Deben haber miles de personas, dentro y fuera de Chile, que eran sus amigos íntimos; y para no pocas de éstas, era el amigo más íntimo..." (Mons. Marcos Mc Grath, Julio de 1966).

Su corazón, afectivo por naturaleza, era una gran casa donde todo el mundo entraba y donde todos cabían. Así dijo en la oración fúnebre sobre Alberto Hurtado: *"El apóstol no es siempre comprendido, y mientras recoge todas las angustias humanas de su época, experimenta al mismo tiempo el sentido de su soledad"*.

Fue un hombre accesible, cálido, con esa humanidad que entusiasma seguir. A esta clase de gente se le puede admirar, temer y obedecer. A Don Manuel, sin menguar en nada su inteligencia visionaria, se le quería de verdad, y su amistad era más cautivante porque era alegre. Nunca dejó de responder una carta, fuera de quien fuera, aunque ella viniera de personas ignorantes o peligrosas.

Un hombre de buen humor

Necesariamente habrá que mostrar su buen humor a través de anécdotas de su vida. Él no fue un *"viejo temprano"* y siempre mostró su alma joven y de buen humor.

Cuando Don Manuel cumplió los 25 años de Obispo, se le declaró *"ciudadano ilustre"* de Talca, con la concebida medalla de oro. Después del discurso del Alcalde, éste se acerca a Don Manuel y le entrega la medalla; Don Manuel agradece y cuando ya todos salen, se acerca el Alcalde y le dice en voz baja:

- ¿Así que ahora les andas haciendo competencia a los curas?
- ¿por qué, Don Manuel? responde el Alcalde, esperando la *"talla"*.
- Porque te has dedicado a repartir medallitas, hombre.

26

Una vez, un sacerdote francés que se dedicaba al difícil apostolado de regenerar muchachas de prostíbulos, le contaba el proyecto que tenía, de fundar un hogar para la regeneración de ellas y el nombre sería *"El Despertar"*. Don Manuel le dijo, pícaramente: ¿por qué no le pones *"Entre gallos y medianoche"*?

Una de las historias que contaba con mucha gracia se refería a una visita pastoral suya a un pueblo de la costa:

Todo el pueblo se había preparado durante varios días para recibirlo como se debía: Arcos triunfales, mucha gente y el cura, para hacerlo mejor, contrató la banda de un pequeño circo que en esos días pasaba por esos lados. Nunca la pequeña banda se había visto solicitada para un tan solemne acto y ensayaron bastante.

Ha llegado el día esperado. El pueblo está adomado con arcos florales y banderas. Junto al templo parroquial está toda la gente expectante. Llega Don Manuel en su automóvil y empieza a descender. Suenan las campanas, el pueblo estalla en *"viva el Señor Obispo"*, el cura se acerca a saludarlo y la bandita, deseando dar un mar-

co musical apropiado al acontecimiento, irrumpe a todo pulmón con la melodía más popular de esos días: *"Tú ya no soplas"*.

Tener humor y ser alegre no significa no tomar nada en serio. Don Manuel no era de esos profesionales de la chispa y sabía que el humor tiene sus momentos y sus ocasiones.

El gozaba con los chistes y no permitía que estos subieran de tono. Un sacerdote le contó un chiste algo osado; allí Don Manuel lloró de la risa, aunque luego llamó la atención al sacerdote. No permitía que se hiciera chistes de cualquier tipo, menos con las cosas serias como la liturgia y los retiros.

Tenía chistes buenos y recuerdo escucharlo al regreso de un viaje. Había encontrado a una religiosa demasiado santa. Se reunió la comunidad y le dijeron *"por favor, diga alguna grosería de calibre, porque de otra manera no llegará al cielo y quedará en órbita"*.

Una de sus cualidades era la respuesta rápida, irónica y que desarmaba a aquel que pretendía dejarlo mal parado. Cierta diputado por una de las zonas de la Diócesis, famoso no precisamente por su amor al agua, en una comida en la que el diputado estaba bastante alegre, le dijo a Don Manuel:

- ¿Me podría dar la absolución sin confesarme?
- De acuerdo –contestó el Obispo– si Ud. me da un cheque en blanco.

Un candidato a la Presidencia de la República, pariente político, lejano, apoyado por la derecha (en la que un gran sector calificaba de *"rojo"* al Obispo de Talca) pasó a saludar a Don Manuel en una visita a la ciudad, capital de la provincia. Una parte de la conversación fue la siguiente:

- Mire, Manuel, muchos andan diciendo por ahí que yo soy masón...
- No se preocupe, también dicen que yo soy comunista...

Don Manuel, por sus raíces familiares tenía gran afinidad con los vascos y siempre recordaba el refrán que dice: *"un vasco es una boina, dos vascos una apuesta y tres vascos un orfeón"*. Él no lo decía, pero dos o tres vascos también significan una buena comida. Un sacerdote asistió a una de estas cenas y escribió: *"Mientras se degustaban las deliciosas comidas vascas acompañadas por un excelente vino chileno con apellidos también vascos, se conversaba entretenidamente"*.

En esa ocasión había más de tres vascos y así el orfeón se formó inmediatamente. Nunca, en los años que lo conocí, vi cantar a Don Manuel con tanta alegría y entusiasmo y por tan largo tiempo como esa noche. Por supuesto que se cantó el himno de San Ignacio y *"Guernika Arbola"*, *"Mariñela"* y esa que emociona a los vascos de cierta región:

Vasco navarro soy, del valle roncalés.

Donde por vez primera la primavera vi florecer..."

28

Luego llegó el turno de los zorktzicos más conocidos, para terminar con las canciones populares: "Desde Santurce a Bilbao", o *"Y le daba, le daba y le daba"*. El orfeón andaba perfectamente.

La velada se prolongaba y sobre la mesa había aparecido una botella de Cognac *"Carlos III"* y se cantaba mejicano y chileno. Una de las cualidades de uno de los vascos invitados era la interpretación de las canciones de Méjico Lindo. Allí comenzó a cantar a dúo con Don Manuel.

Los tiempos libres

¿Tenía tiempo libre don Manuel? El, que se movía tanto, que viajaba por todas partes, que dirigía esto o lo otro ¿se daba maña para conseguirse unas horas o días para el descanso?. Sí. Conseguía sus tiempos libres y descansaba haciendo lo que le gustaba. Pero era algo así como lo de *"descansar es cambiar de actividades"*.

En los últimos años prácticamente también había abandonado aquellas costumbres o aficiones que le relajaban y le dejaban renovado.

En una de las cartas que el Padre Hurtado le había enviado durante su primera juventud, le comentaba esa ansia desmesurada de leer todo lo que caía en sus manos. Don Manuel reconocía que su afán de leer era casi un vicio. En su biblioteca bastante nutrida guardaba aún algunas novelas de juventud, de esas historias de comienzo de siglo que hoy no entusiasmarían ni al más empedernido amante de los libros.

Leía de todo: historia, teología, pastoral, literatura en general, incluyendo la policial, poesía, sociología y economía. Últimamente no leía tanta novela de alto nivel por delicadeza personal: los autores incursionaban demasiado en el sexo y eso no le gustaba. Prefería leer una novela de Agatha Christie o del *"Séptimo círculo"*. En lo que sí estaba al día era en todo lo que se refería a la Iglesia y a la marcha de la historia. Siempre llegaba de Europa con el último libro de teología, de filosofía política o algún estudio histórico-sociológico.

Su biblioteca era el lugar preferido de lectura; si allí no estaba tranquilo, se iba a la Casa de Ejercicios cuando el libro había que masticarlo. Porque, como dice Don Bernardino Piñera, *"en pocos minutos se enteraba del contenido de un artículo o de un libro. Y la precisión y seguridad con que citaba tal o cual pasaje, era la mejor prueba de que lo había captado en profundidad"*.

Su memoria era sencillamente extraordinaria. Dejaba asombrado a cualquiera no solamente por los títulos que había leído y sus autores, sino por las largas citas que de ellos hacía, sin equivocarse en una coma. Si a ello se agrega la memoria para recordar las personas con sus nombres e historias, hay que reconocer que poseía una memoria poco común.

Gustaba mucho de la poesía y podía estar recitando por largo tiempo versos famosos. Conocía toda la poesía clásica española, francesa e inglesa y por supuesto la italiana (siempre citaba a Dante en Italiano). Se quedó por ahí por Pemán, García Lorca,

León Felipe y otros contemporáneos. En poesía chilena llegó hasta Gabriela Mistral. Aunque conoció a Pablo Neruda y éste le envió un libro autografiado, no le gustaba mucho. Es decir, prefería la poesía simple, clara, directa, al poema hermético y excesivamente metafórico.

Citar poesía era una manera de catequizar. A un grupo de jóvenes de la Universidad Católica de Santiago, que fue a presentar en la Catedral talquina el Vía Crucis, Don Manuel, mientras los saludaba, les decía los versos del romero de León Felipe. Que nunca había que acostumbrarse *"ni al tablado de la farsa ni a la loza de los templos. Para que nunca digamos como el sacristán los rezos ni como el cómico viejo digamos los versos"*. Los artistas estaban encantados. ¿Y no es una manera original de evangelizar?

30 La música fue otro de sus pasatiempos favoritos. En su estudio tenía un gran tocadiscos y allí, especialmente en las noches, escuchaba a los grandes de la música: Vivaldi, Beethoven, Bach, etc. Su debilidad era Wagner, con sus bronces y melodías que lo hacían entusiasmarse y moverlo a grandes gestas... Gustaba mucho de la música gregoriana y a un médico que lo había atendido gratuitamente, con dolor de su corazón, le regaló una colección de discos inspirados en una abadía europea benedictina.

Escuchaba folklore chileno; canciones de otros países, especialmente los discos de la canción religiosa francesa; el P. Duval y María Claire Pichaud. Siempre llegaba de Francia con las últimas novedades de este tipo de música... Sus deberes pastorales lo llevaron varias veces a Méjico. Allí tenía un amigo seglar que le regalaba discos de música mejicana que luego escuchaba con fruición. Uno de los misterios manuelísticos fue esta preferencia por la música de Méjico. Don Manuel contaba que este amigo mejicano, cierta vez que estuvo en su casa, contrató un "mariachi" para que le cantara al Obispo visitante. Don Manuel recordaba que no hallaba qué actitud tomar; al final optó por la postura litúrgica: sentado con las manos sobre las rodillas.

En los últimos años, el tocadiscos estaba casi abandonado. Otros lo utilizaban. Había poco tiempo para descansar.

Aunque le gustaba el cine, nunca fue un asiduo espectador. Tal vez se debía a la primitiva prohibición de que los sacerdotes fueran al cine, la que se fue suspendiendo poco a poco. Pero quedó en la sicología de muchos sacerdotes la idea de que ir al cine era algo indebido y Don Manuel quería dar el ejemplo. Pero, a veces salía a ver alguna película. En esos años se decía que las personas iban al "biógrafo" y no se usaba la palabra "cine".

En el teatro de Talca exhibían la película el "*Gran Caruso*". Don Manuel estaba deseoso de verla y fue con un sacerdote joven. Se colocó un abrigo de cuello alto y una boina para no llamar la atención. ¡Después de casi 30 años en Talca, todo el mundo lo saludaba afectuosamente!... En otra oportunidad le acompañé a ver "*Las noches de Cabiria*" de Fellini y Julieta Massini.

No aceptó nunca la exagerada exhibición sexual del cine. Escribió a los dueños de cine para que tuvieran cuidado, apelando a su conciencia cristiana. Cierta vez publicó una seria advertencia en el diario local contra el cine pornográfico; decía que sería mal interpretado, que lo tratarían de retrógrado, pero no podía callar ante el peligro de corrupción de la juventud.

Tal vez en sus primeros años de episcopado se tomaría una semana de descanso en casa de algún pariente o amigo. Generalmente veraneaba con algunos sacerdotes. Y en los últimos diez años, muy pocas veces tuvo un veraneo como se merecía su actividad. Descansaba dos o tres días. Al final, nada. Solamente los domingos en la tarde, cuando no tenía confirmaciones, salía a dar un paseo en automóvil. Si hacía buen tiempo, recorría la ciudad o salía a dar una vuelta al campo para gozar del paisaje. Generalmente pasaba a ver a ciertos amigos a los que, por el trabajo y los días llenos de ocupaciones, no veía hacía tiempo.

Y comenzaba la otra semana.

¿Descanso? Su reposo fue la amistad por su gente y la constante preocupación por la construcción de la Iglesia.

Prácticamente, su verdadero descanso fue la muerte junto al camino.

He tratado de presentar el rostro humano del Obispo Manuel Larrain. Me parece fundamental destacar este aspecto para superar esa visión lejana y deshumanizada que tienen tantas personas sobre los obispos. Parecen olvidar que somos seres humanos con cualidades y defectos, con alegrías y tristezas, con días buenos y otros oscuros. Pertenece a la raza humana y somos personas. El contacto con la naturaleza no es un apéndice de la vida.

Tenía mucho amor por su familia y con gran sensibilidad para con todos, pero siguiendo el dicho que la caridad empieza por casa, el gran cariño por su madre, fue extraordinario. Todos los días le telefoneaba. Con una delicadeza inmensa, hombre de sesenta años y más, la trataba diariamente de "mamita" y procuraba hacerla feliz.

Sabía dar y recibir afecto. En el corazón de este Obispo había una gran ternura muy bien ensamblada con el amor. Tenía capacidad de amar y entregar bondad y comprensión a todos. Me parece que vivía el texto bíblico del Profeta Miqueas: *Tres cosas pide el Señor, practicar la justicia, amar con ternura y buscar permanentemente el rostro de Dios*.

Fue una sorpresa agradable para mí leer que Pablo VI, siendo Papa, veía con agrado películas de pistoleros del Oeste Norteamericano. (Así lo escribió Peter Hebblethwaite, en su excelente libro *Pablo VI el primer Papa moderno*, 1993).

CAPITULO II



Iglesia Catedral de Talca

UN BUSCADOR DE DIOS

Es muy difícil escribir sobre la interioridad de una persona. Es fácil ver lo que alguien hace, sus obras. Las palabras y los escritos son indicadores de lo que se piensa, pero conocer quién es esa persona, es mucho más complejo. Suelen haber grandes dicotomías y distancias entre lo que se piensa y lo que se dice.

35

Cuando no hay relación entre lo que se piensa y lo que se vive, se termina en grandes dificultades. Habrá simulación, estrategia, pero no habrá esa verdad liberadora que todos buscamos. Todos tenemos la tendencia a un doble discurso. De repente surge lo negativo que oprime y dificulta lo positivo. Somos de gracia y de pecado. Esa realidad siempre existirá y es oportuno considerarla y asumirla. Es necesario recordar el texto de San Pablo a los Romanos. *"No hago el bien que quiero sino el mal que aborrezco"* (Romanos 7,15).

Don Manuel era polifacético y brillante. Era inteligente y con gran don de gente. Conocedor del mundo y de las personas. Es importante tratar de interpretar lo que había en su más profundo interior, en el fondo de su ser, en esa realidad que muchos no logran mostrar porque no se conocen ellos mismos. El Obispo Larraín era iluminador, a pesar de tener sus grandes vacilaciones.

Creo que fue un buscador de Dios, con amor a la verdad y a la Iglesia. Intentaré probarlo recordando que *"todo árbol se conoce por sus frutos"*, como dice el Evangelio.

Textos poco conocidos

El 22 de Diciembre de 1922, Manuel Larraín al asumir su vocación sacerdotal escribe con claridad y fuerza sobre su decisión:

"El día en que definitivamente comprendí cuál era el camino que debía seguir, cuando con toda claridad oí la voz de mi Dios que me decía como a los pescadores de Galilea: 'deja tus redes y sígueme', cuando toda ansia de ideal y bien que había acumulada en mi alma encontró el campo donde debía derramarse, qué feliz fue para mí tal día! Entonces comprendí todas las recompensas interiores que Dios da a los que por él sufren y trabajan, entonces con certeza deslumbradora comprendí la maravilla del sagrado ministerio.

¡Cuán pequeñas quedan las ambiciones mundanas, al lado de esta sublime ambición, ser todo de Jesús! ¡Gracias Dios mío, porque me has hecho verte! Era natural que te viera y te encontrara. ¡Te he buscado tanto!

36

Cuando se rumorea en ambientes eclesiásticos y civiles, que sería nombrado Arzobispo de Santiago, le escribe a un amigo Obispo el 14 de Agosto de 1958:

"En cuanto a tu sugerencia sobre un posible traslado mío, sé que, gracias a Dios, eso no se producirá. No me creo el llamado para ese cargo. Tengo un gran deseo de silencio y ocultamiento. El Señor me ha dado una gran paz y alegría interior. Sólo anheo el poder prepararme un poco para la cuenta final. Además, "no soy amigo del César" (se refería al Presidente de Chile); es un argumento que pesa decisivamente en Chile en este instante.

Tu fraternal afecto y tu inmerecida estima me valen mucho más que títulos o sedes que nunca he ambicionado. Que Dios te pague tu bondad para conmigo que es un gran aliento para cumplir el lema que me propuse en el servicio de la Iglesia.

He saboreado experimentalmente el capítulo de las Florecillas de San Francisco sobre "la perfecta alegría".

Yo creo haber hecho lo posible por difundir la libertad de la Iglesia y aunque eso no haya sido comprendido y aún tergiversado, me da una gran tranquilidad el haber hecho lo que debía. Espero que el Señor me dé fuerzas para seguir siempre en esa línea”.

El Padre Gabriel Guarda escribe en 1976:

La más abrumadora cantidad de escritos de Don Manuel se centran —no es extraño— en Dios mismo. De allí deriva todo lo demás. Así como toda consideración sobre quien nos dio el ser termina necesariamente en los demás seres, así también toda preocupación por otros temas tendrá su única raíz en esta realidad trascendental.

Todos sus escritos trasuntan sólida doctrina, sana teología, santa unción. Jamás atenuó aquello que fue —junto con la Iglesia— su gran amor. *“A la luz del Evangelio —leemos en el programa de su consagración episcopal— la existencia se caldea de la caridad que nos urge y la mente se ilumina por la belleza de Dios que nos señala el origen divino de donde procedemos y las esperanzas radiantes de esa gloria celeste, hacia la cual navegamos. Yo siento... en esta hora, más viva que nunca, la infinita poesía en que se lucha por Dios...”*. Su caridad desbordada por el prójimo, a quien ama como a sí mismo, es consecuencia del primer gran mandamiento: amar a Dios sobre todas las cosas.

No es extraño, así, que su vocación por la vida de oración sea una de las características centrales de la inmensa mayoría de sus escritos. Sabemos que en un momento determinado de su vida, por 1927, antes de retornar desde Roma a Chile, pensó seriamente, junto con su entrañable amigo Juan Subercaseaux, entrar en la Abadía benedictina de Quarr, en Inglaterra, para dedicar toda su existencia a la sola contemplación de Dios. Unido desde entonces a aquella Orden a través de una especial oblación, más tarde contribuiría con entusiasmo a la fundación del Monasterio de Las Condes, al igual que al del cisterciense de La Dehesa.

Cuando leyó una pastoral del Arzobispo de París, Cardenal Suhard, sobre el sentido de Dios. *“Esto es lo que más falta. Si no hay sentido de Dios no habrá sentido de la pastoral y de los hom-*

bras". Este pensamiento lo repetía con frecuencia porque buscaba a Dios, a la manera de San Agustín: *"Siempre que he podido te he buscado y no descansaré hasta encontrar tu rostro"*.

Decir que Don Manuel tenía sentido de Dios o era un buscador de Dios es una afirmación. Lo importante es probarlo, porque he visto tantos *"hombres de Dios"* que son *"profesionales"* de Dios, pero no viven lo que dicen sus palabras.

"Por los frutos se conoce un árbol"

(San Mateo 7, 15 - 29)

"El sentido de Dios", tan perdido actualmente, no será recuperado mientras no lo invoquemos con las mismas palabras que Él nos entregó para honrarlo.

Manuel Larrain

No basta decir que alguien es un buscador de Dios y las palabras son necesarias, pero no siempre reflejan la realidad.

Pienso en la parábola del buen samaritano, concretamente en el sacerdote que se encuentra con un herido en el camino y *"pasó de largo"*. Después llegó un desconocido y lo recogió.

El sacerdote en esta parábola era *"profesional de Dios"*, pero parece no haber tenido sentido de Dios y por eso no se preocupó del hombre herido y siguió su camino.

El samaritano, un N.N., tal vez más ignorante que el sacerdote *"se movió a compasión"*. Este desconocido tenía sentido de Dios y sabía lo que significa la solidaridad.

Tal vez el sacerdote hablaba de Dios, pero no había descubierto a Dios y en ese corazón no había verdad. No lo sabemos,

pero todos conocemos personas con muchas palabras que no corresponden a sus vidas. Son generosos en el hablar, pero inconsecuentes en el vivir.

En el Obispo Larraín es fácil descubrir los frutos de quien está centrado en Dios.

1. La Catedral de Talca y el amor a la Liturgia

En el terremoto del año 1928 se derrumbó el templo que había las veces de Catedral en la Diócesis que sólo existía como tal desde 1925.

Manuel Larraín llegó a Talca en 1938 y su gran preocupación fue construir la Catedral. El 31 de Octubre de 1939 se colocó la primera piedra y el templo se consagró el 2 de Octubre de 1954.

El decía a sus feligreses que *"la majestad de Dios"* exigía este tremendo esfuerzo sostenido por tantos años. Como buen vasco, era tenaz y pudo terminar algo que parecía imposible. Para el Obispo era hacer *"la casa de Dios"* y *"el hogar de toda la familia diocesana"*.

Las ayudas fueron llegando y siempre se ha dicho que Don Manuel habría expresado que *"esta Catedral se construyó con la promesa de los ricos y con el dinero de los pobres"*. Yo nunca se lo escuché, pero parece que esta expresión es de Don Manuel. Hubo dificultades grandes e incluso la construcción se suspendió por más de un año.

La Catedral de Talca es hermosa, en un estilo románico y tiene un profundo sentido religioso. Allí se percibe la trascendencia de Dios y el corazón de un hombre que amaba a Dios de verdad.

Quince años de trabajo constante para hacer la casa de Dios. Él debe haber pensado en Salomón cuando construye el templo de Jerusalén y en las grandes catedrales que se construían en tiempos muy largos y con grandes sacrificios.

El Obispo tenía muy presente que *"si Dios no construye la casa, es inútil que trabajen los albañiles"* (Salmo 126)

La Catedral de Talca es un fruto de este buscador de Dios. Es una realidad visible con mucho significado por el sentido que él le dio a esta construcción.

En este templo se percibe delicadeza en los detalles, reflejo de una persona que tenía mucho amor a Dios. Esta Catedral tiene estilo, tiene *"clase"*. Se percibe belleza y ese templo ayuda a rezar. Es una de las más hermosas catedrales de Chile. La Catedral de Talca es tal vez la mejor expresión externa de su amor por la liturgia. En ella está sepultado.

Era sobresaliente su amor por lo sagrado. Tiene varios documentos sobre la buena liturgia. Era amigo de los benedictinos y de los trapenses. Había una pasión por la liturgia bien realizada. Muchas veces le vi celebrar la Eucaristía y percibí que creía lo que estaba realizando. Allí no había pose ni teatro. Se sumergía en lo que estaba realizando y desde el altar sacaba fuerzas para ser un hombre visionario y valiente. Don Manuel no hacía *"ceremonias"*, eran *"celebraciones"* realizadas con amor y fe. El no *"decía misa"*, pero sí *"celebraba"* la Eucaristía.

Había vida de oración. Tenía preocupación por la belleza de los ornamentos. No había rutina o acostumbramiento. Creo que debe haber rezado: *"que nunca me acostumbre a celebrar la misa"*. Es la oración que mentalmente yo rezo, después de la consagración, y que tiene gran valor. En este Obispo era notable su amor a la Eucaristía.

En Don Manuel había dignidad, respeto y cariño, todos ellos signos de un buscador de Dios. Como ya está expresado tenía buen humor y la siguiente anécdota es ilustrativa:

Había solicitado de la Santa Sede condecoraciones Pontificias para cuatro importantes católicos de Talca. Llegó el día de la condecoración. La catedral está inconclusa y el cielo raso llegaba solamente hasta la mitad. Todo el techo estaba poblado de palomas. Entran los condecorados en elegante tenida de frac; al fondo los

esperaba el Vicario General; Don Manuel se movía de aquí para allá arreglando todo. Casi al llegar a lo que hacía las veces de altar, el Vicario sale a recibir a los premiados. Y antes que llegaran adonde estaba Don Manuel, las palomas del techo, en adhesión al acto, condecoraron con lo que ellas podían, al vicario y a los cuatro católicos. No hay para qué decir lo que sentía Don Manuel al ver *"ensuciado"* un acto que por primera vez se hacía en Talca, pero con buen humor declaró que habían recibido la medalla de la *"orden de la paloma"*.

2. El Amor a la Iglesia

En su testamento, Don Manuel escribe:

"Muelo en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a la que he tratado siempre de servir. Renuevo mi adhesión plena al Romano Pontífice, Vicario de Cristo, y a las enseñanzas, leyes y disposiciones de la Santa Sede que he procurado fielmente cumplir. Quiero que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he vivido y encontrado a Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella. "Pro corpore ejus, quod est Ecclesia" ("Por su cuerpo que es la Iglesia").

41

El amor a la Iglesia en Don Manuel Larraín está expresado en estas palabras que tanto significan.

"Ofreció su muerte por la Iglesia" a la cual quiso con todo su corazón. Defendió, rezó y trabajó toda su vida por esta Iglesia santa y pecadora. A veces sufrió por Ella y con Ella.

Su madre, Regina Errázuriz de Larraín, y la Iglesia, son los grandes amores del Obispo Larraín.

Fue injustamente atacado por quienes no lograron entender que su posición en los asuntos sociales había nacido por amor y obediencia a las orientaciones de la Iglesia, del Papa y del Concilio Vaticano II.

De familia tradicional conservadora, se transformó en un hombre abierto, solidario con los más necesitados. Fue descubriendo el amor a los que sufren, apoyó a los campesinos, a todos los hombres, y por amor a la Iglesia.

Había sentido social, había amor a la justicia, había obediencia real a las orientaciones de los Papas, porque amaba a su Iglesia por la cual ofreció su vida.

Siempre oraba por la Iglesia, y el Breviario, libro de oración de los sacerdotes, una devoción muy especial para él, era ofrecido por Ella.

La pregunta que brota rápidamente ¿Cuál Iglesia amaba Don Manuel?

Existe una Iglesia Católica, apostólica, romana y es muy importante la adhesión sincera al Romano Pontífice y a las enseñanzas de la Iglesia. También es verdad que existen matices y acentuaciones distintas que se pueden descubrir en las personas, en las diversas etapas de la vida y en los tiempos diferentes de la Iglesia.

Algunos novelistas, entre otros Graham Greene, Bernalós, Morris West y Cronin, han logrado presentar estas diversidades.

Personalmente, la descripción más explícita que he encontrado está en la novela *"Las llaves del Reino"*, escrita por Cronin, un novelista inglés. Allí aparecen dos sacerdotes, Francisco y Anselmo, ambos aman la Iglesia, pero sus visiones son diferentes. Por algo este libro fue prohibido en mis años de Seminario por las autoridades eclesiásticas de ese tiempo y por supuesto que casi todos los seminaristas lo leímos en forma clandestina.

Francisco es un sacerdote que parte a China, vive pobremente y no desea hacer carrera. Trabaja sin hacer proselitismo y no manipula personas. Es humilde y sencillo.

Anselmo tiene ambiciones. Logra hacer carrera y es nombrado obispo. Es orgulloso y arribista. Su sacerdocio es un camino promocional y auto referente.

Ambos fueron del mismo barrio popular, compañeros de curso, y tienen gran amor a la Iglesia. Francisco muere pobremente y Anselmo busca afanosamente la promoción humana y eclesiástica.

Don Manuel Larraín amaba a la Iglesia en la línea de Francisco. Nunca fue un trepador y siempre fue un servidor, con gran cariño a los campesinos y a los más necesitados. Amaba a la Iglesia de los pobres, porque sabía que esa es la Iglesia de Cristo, a la cual también pueden llegar los ricos que tienen un corazón humilde y sin ambiciones de poder.

Nunca supo del arribismo, no era necesario para él ya que valía por sí mismo y no por los títulos. Por eso no jugó al personaje ni a la figuración.

La Iglesia de los pobres, que se dibujó en el Concilio Vaticano II, era la Iglesia de Don Manuel. Él fue uno de quince obispos que insistieron en *"la opción por los pobres"*, que tan deslavada ha quedado en el transcurso del tiempo.

El episcopado fue un servicio y nunca un afán de poder y dominación. Seguramente sabía que el servicio a la Iglesia, cuando se transforma en ambición de poder, es peligroso y va contra Jesús, el carpintero de Nazareth.

El obispo Larrain nunca se secó porque era sal de la tierra

Seguramente todos hemos conocido personas que han perdido su vitalidad y su interés por la vida y por los otros. Sobreviven, pero no tienen motivación para seguir buscando algo nuevo. Algunas veces se ven poco aseados y con un gran descuido personal. Otras veces están muy preocupados de su persona, pero en ellos, la *"vida verdadera"* parece haberse ido.

Son personas mecanizadas y rutinarias. Suelen ser aburridos o repetidoras de historias mil veces ya escuchadas.

Esto también sucede en sacerdotes en quienes *"el amor primero"* parece haber desaparecido. Son sacerdotes interiormente muertos porque no comunican a Jesucristo, ni hay vitalidad o entusiasmo en sus vidas. Cumplen con las leyes de la Iglesia, no crean escándalos especiales, pero al no comunicar vida hacen un enorme daño. Están secos y no hay alegría de vivir.

44

Para algunos es el deterioro de los años, para otros es no haber madurado en forma sana a través del tiempo. En algunas reuniones sacerdotales conocí a un asistente silencioso que parecía lejano. Hablaba una sola vez y todos decíamos que en ese momento se había desoxidado... Después volvía a su estado de momia y permanecía pasivo sin aportar nada.

Pasa algo parecido con la naturaleza. Algunos árboles se secan, algunos frutos se pasan. Existen árboles *"arteros"*, o sea, que dan frutos cada dos años. En las personas, incluidos los sacerdotes, sucede igual realidad.

Es penoso ver sacerdotes invadidos por la rutina, acostumbrados a su oficio. Es triste ver liturgias muertas y aburridas porque quien debía comunicar la vida de Jesús no logra entregarla, tal vez porque no la tiene.

"El caso Larrain" es muy diferente. Se mantuvo joven, ágil de mente. Buscaba caminos nuevos e intentaba renovarse y estar al día de las corrientes de vida.

Es iluminadora una predicación suya del 11 de Mayo de 1966, pocos días antes de su muerte.

"Un mundo muere". Hay quienes no quieren verlo. Son ciegos y conductores de ciegos. Sigamos nuestra marcha. El cristianismo, que tiene una promesa de vida nos dice *"dejar a los muertos que entierren a sus muertos"*. Seguramente conocía la leyenda en lo cual se describe el diálogo entre Pedro y Pablo que están presenciando el incendio de Roma, quemada por Nerón. San Pedro dice *"Roma está muriendo"* y San Pablo le comenta *"Roma está naciendo"*.

Tenía vida y la comunicaba. Siempre se mantuvo joven y abierto a lo nuevo. Era creativo y con mucha imaginación. Eso le ayudó a vivir con alegría y con paz. Nunca se oxidó y tenía siempre una preocupación intelectual por la vida, por las personas y por lo que sucedía en el Mundo.

"Tanto te he buscado", escribió en su juventud, y su vida fue vital porque incansablemente buscó al rostro de Dios. Tenía facilidades para ser un buen burgués, pero todo lo dejó por amor a Jesucristo y a la Iglesia. Don Manuel siempre irradió vida y nunca se hizo anciano. Era *"sal de la tierra y luz del mundo"*, como dice el Evangelio. *"Si la sal pierde su sabor sólo servirá para ser pisoteada por los hombres"*, nos dice Jesús.

El sacerdote y el obispo, si llegan a ser deslavados, han perdido su sabor y no han logrado amar y vivir con verdad. El Obispo Larraín se mantuvo vigente y vital. Era sal de la tierra e iluminó a muchos con su luz.

"Nosotros estamos en el Verdadero, en Jesucristo"

(I Juan 5,20)

Así escribe San Juan en una de sus epístolas. *"El Verdadero es Jesucristo"*.

Esa es la experiencia de una vocación sacerdotal: permanecer en Jesucristo y tratar de mirarlo a Él.

El les llamó en primer lugar "para que estuvieran con Él", dice el Evangelio, y en esa amistad con Jesús crece una vocación de consagrado.

El Obispo Larraín sabía lo que es la amistad. Era honesto y sincero. Buscaba a Dios y por Él vivió con verdad y fue consecuente. Es hermoso lo que siempre repetía *"mis manos fueron consagradas para perdonar y no para condenar"*. La realidad es que este obispo vivía en Jesús, permanecía en Él; por eso era verdadero.

46

Escuché hace muchos años decir a una persona *"yo puedo mentir por amor a la Iglesia"*. Ese pensamiento no lo toleraba Don Manuel. Él vivió con verdad y sabía que sólo Cristo puede decir *"yo soy la verdad"*. No tenía doble fondo o falsa diplomacia. Su manera de ser es propia de quien busca a Dios.

Sentido y búsqueda de Dios

Por sus frutos se conoce un árbol. Manuel Larraín, como ya está expresado, construyó la Catedral de Talca para que el Pueblo de Dios tuviera un lugar para rezar y reunirse. Él tenía amor a la Iglesia y a la liturgia. Él fue un hombre vital, sal de la tierra y luz del mundo, vivió en El Verdadero.

Don Manuel fue buscador de Dios porque no hay otra explicación a estas realidades. Buscaba y amaba a Dios. Allí está la fuente que explica su personalidad, sus vivencias y su testimonio atrayente y dinámico.

Quienes buscan a Dios, como lo buscó el Obispo Larraín, llegan a vivir grandes verdades.

Para ellos Dios es el primero, el Absoluto, lo cual les lleva a amar al Señor con todo el corazón. Se dan cuenta que muchos cristianos viven como si Dios no existiera y han entendido que la primera vocación será ser hombres de Dios. Quienes buscan a Dios perciben que Él es el gran ausente y que por sus vidas deben transparentar a Dios, Padre misericordioso, y en ellos se vislumbra el rostro de Jesús.

Quienes buscan a Dios, en la forma que lo hizo Manuel Larraín, llegan a la *"infancia espiritual"*. Se hacen niños, pero no infantiles. Tienen un corazón limpio y un gran respeto por lo sagrado y lo santo. También ellos descubren el sentido del pecado que sólo tiene aquel que tiene sentido de Dios.

Los que buscan a Dios logran una síntesis madura entre la fe, la esperanza y el amor. Saben que son aspectos de una sola realidad inseparable, basada en el Amor. Han entendido que la fe madura es mucho más que un conjunto de leyes y de normas.

Quienes buscan a Dios en esta forma, han logrado centrar su vida en la Encarnación de Jesús, el dogma fundamental que lleva a decir a Paulo VI *"conocer al hombre es conocer a Dios"*. Y eso explica la inserción en lo humano y el mundo de quien inició los primeros pasos para la Reforma Agraria y abrió caminos para respetar la diversidad de pensamientos en la vida política de los católicos. Creía en la necesidad de robustecer la relación Iglesia-Mundo, la vida espiritual y lo temporal.

Quien encuentra al Señor sabe que Dios es Padre más que Juez y entiende el misterio de lo sagrado y se han compenetrado de que la Iglesia es "el Cristo extendido y comunicado", como decía Bossuet.

Aprecian al *"Dios escondido"* y saben que aquí en la tierra nadie puede ver el rostro de Dios como está escrito en el Exodo (3,26) en San Juan (I Juan 4,12). Buscan el silencio y han entendido que *"la voz de Dios es la voz del silencio"*.

Manuel Larrain era **humilde y pobre de corazón**. Muchas veces constaté manifestaciones de modestia, lo cual le era difícil por sus cualidades brillantes; pero se esforzaba por mantenerse en un segundo plano. Por eso quería a los Hermanitos de Jesús que, a ejemplo del Padre de Foucauld, buscan siempre *"el último lugar"* y saben que Cristo siempre viajó en tercera clase, o sea, en la última clase. Puedo pensar que su muerte fue pobre y descolorida. El automóvil en el cual viajaba fue embestido por una carretela y un caballo y terminó siendo una *"animifa"* en el camino, lo cual a él siempre le había producido un especial rechazo.

Buscaba a Dios y siempre trató de encontrarlo. Su búsqueda era profunda. El amaba el silencio y trataba de entrar en los umbrales, en donde Dios se esconde y se siente mejor su Presencia. Esto explica el llamado a la soledad que había en su habitación.

El Obispo sufrió y fue **purificado**; la muerte de la Sra. Regina, su madre, y del Padre Hurtado, lo afectaron mucho. También fue purificado por el odio de tantos que no lo entendieron. Fue tratado como *"ave que ensucia su nido"*, *"traidor a su familia"*, *"Obispete de Talca"*. La noche que falleció, en la ciudad de Talca, un talquino prominente hizo un brindis por el caballo que había muerto al Obispo... Varios años después falleció cristianamente y celebré la Misa de funeral en la Catedral de Talca.

Manuel Larrain buscó las *"transformaciones profundas"* y no se quedó en los *"cambios"*, sabiendo que muchas veces se hacen cambios para que todo siga igual y así vivir sin problemas.

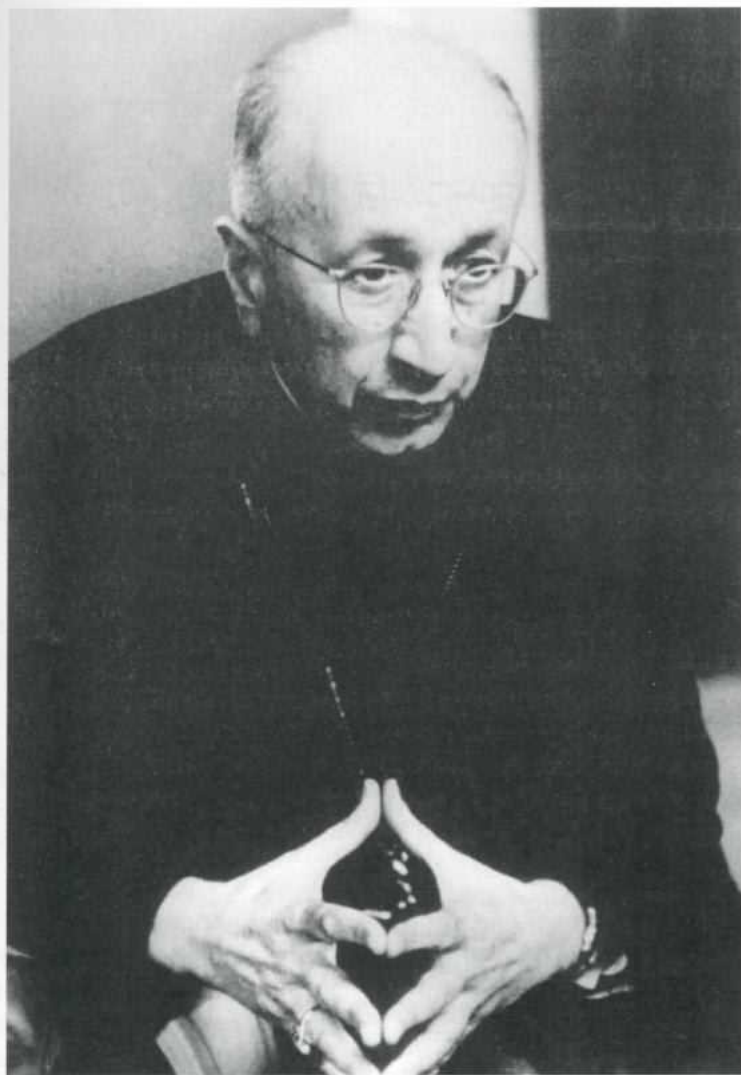
Me parece que en su juventud fue algo rígido y perfeccionista. Yo lo conocí humanizado, con una libertad interior muy grande. Se suavizó y mostró a muchos el rostro de Dios Padre muy diferente al Dios temor. Es la permanente historia de los hombres de Dios. Es interesante ver a San Ignacio de Loyola en sus últimos escritos. Ya no era el vasco impetuoso sino el convertido suavizado por el amor de Dios. Don Manuel siguió ese camino.

En su madurez unificada sabía que Dios no era un ser abstracto, sino el Señor vivo de la Esperanza. Había entendido que era necesario abandonarse en las manos de Dios viviendo cada día más desapegado o desarraigado.

Supo amar y *"caminar en el Amor"*, como dice San Pablo a los Efesios. Su vida, al fallecer, estaba unificada y era transparente. Había adquirido nuevas dimensiones, sabía de las tentaciones del poder que fabrica el Maligno.

Fue un servidor del Evangelio y ese *"Tanto te he buscado, Señor"* corresponde visceralmente a su inquietud por el Reino de Dios y por Jesucristo.

CAPITULO III



Monseñor Larrain en una conferencia al clero de Talca

ENCONTRO SU MAYOR IDENTIDAD

Nadie nace maduro, lo cual se aplica a las personas, a los árboles, a los animales y a toda la naturaleza.

Todas las personas buscan su identidad, con mayor o menor conciencia. Algunos se pierden y frustran su vida. Es la historia de Adán y Eva que muestra la Biblia que quieren ser *"como Dios"* y se equivocaron.

Esta búsqueda es permanente y el hijo pródigo que presenta San Lucas (15) partió de su casa buscando identidad y la encontró al regresar adonde su padre.

Es muy valioso meditar cómo Jesús descubre su identidad al ser bautizado, en el río Jordán. Allí escuchó la voz del Padre y entendió que su identidad más profunda era ser *"El Enviado del Padre"*.

Es apasionante seguir los progresos y la madurez con que crecen las personas. Es para agradecerle a Dios ver germinar los frutos y que las siembras a largo plazo producen buenos resultados. Siempre se generan cambios, evoluciones, aunque el precio suele ser bastante alto.

Es muy frecuente escuchar: *"esta persona está madura, es responsable"*. *"Cómo ha crecido y cómo ha cambiado"*. *"Está pre-*

parado para asumir responsabilidades importantes." Todos tenemos sueños, proyectos, esperanzas e ilusiones. Es conveniente meditar con frecuencia en los tiempos de los cuales se escribe en la Biblia: en el libro del Eclesiastés *"Existen tiempos para crecer, para vivir, para amar"*. *"Existen tiempos para sembrar y tiempos para cosechar"*.

En las diversas etapas de la vida se van descubriendo nuevas facetas y las personas cambian, evolucionan, algunas no quieren crecer y se quedan *"pasmados"* y otros quieren seguir siendo niños, en lo que se ha llamado *"el síndrome de Peter Pan"*.

Las personas relativamente normales van dando pasos y transformaciones hasta que llega un tiempo en que la propia identidad está configurada y se llega a una verdadera definición de lo que uno realmente es. El mundo se va mirando e interpretando en diversas formas.

La identidad de Don Manuel merece ser estudiada y comprender cómo ese joven llega al sacerdocio, al episcopado y entiende los grandes temas de su tiempo. Ahora llegará un gran momento y entrará en la PRIMERA ETAPA DECISIVA DE SU VIDA.

a. Antecedentes históricos

Chile era un país demasiado tranquilo, gobernado por Presidentes igualmente pacíficos, como aquel que dijo en su gobierno que *"la mitad de los problemas se arreglan solos y la otra mitad no tiene remedio"*; (Ramón Barros Luco).

En 1920, con la llegada de Arturo Alessandri Palma, según los historiadores, se inician los grandes cambios sociales y políticos.

En el año 1925, se produce la separación de la Iglesia y Estado.

El Partido Comunista nace oficialmente en Chile en 1922 y el Partido Socialista se constituye en el año 1933.

Por otra parte, el Partido Conservador, el Partido de la Iglesia Católica, mantiene una posición estática, pretende ignorar los cambios y es significativo conocer el pensamiento del Presidente del Partido Conservador, Don Héctor Rodríguez de la Sota.

"Que hay pocos ricos y muchos pobres es un hecho natural inevitable, que existirá mientras el mundo sea mundo. Está dentro del plan providencial que así sea y todos los esfuerzos por evitarlo serán infructuosos. Y si estos esfuerzos llegaran a fructificar, alteraríamos en tal forma el orden natural, que la humanidad quedaría condenada a desaparecer. Porque si todos fuéramos ricos o, por lo menos gozáramos de un relativo bienestar; ¿quién se prestaría para hacer los trabajos más duros y humildes en la escala económica?... La humanidad llena de bienestar se moriría de hambre y pagaría así su rebelión contra el castigo divino que la condenó a ganar el pan con el sudor de su frente. Para que haya hombres sobre la tierra es indispensable que haya ricos y pobres. Así unos trabajarán por el incentivo de la riqueza y otros lo harán por el aguijón de la pobreza. Y este contraste, al parecer injusto y doloroso, de la abundancia de los ricos y la estrechez de los pobres, que para los socialistas no tiene sentido, lo tiene y profundo para nosotros los cristianos, de la misma manera que lo tiene el dolor y la muerte".

Ese pensamiento representa a un sector importante de ese Partido; pero es obvio que había otras posiciones más equilibradas. La Iglesia católica, más ágil y visionaria, entrega al mundo la encíclica *"Quadragesimo Anno"* (a los 40 años de la *Rerum Novarum*), en la cual presenta una mirada novedosa y estimulante sobre las relaciones humanas en el mundo del trabajo.

En el año 1934, el Cardenal Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano, envía una carta a los Obispos de Chile orientada hacia la libertad política de los católicos. Este texto crea enormes conflictos al interior de la Iglesia y afecta de un modo especial al Partido Conservador al cual pertenecía, de hecho, la gran mayoría de los obispos y los católicos influyentes del país.

El Cardenal Pacelli, quien después fue el Papa Pío XII, escribe:

"Un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y sus actuaciones prácticas están sujetas a error".

"Debe dejarse a los fieles la libertad que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas".

56

Don Manuel estaba estudiando en Roma, en 1925, cuando se produjo la separación de la Iglesia y el Estado. Seguramente siguió de cerca la polémica pública al interior de la Iglesia representada por el Arzobispo de Santiago, Don Crescente Errázuriz y el Arzobispo de Concepción, Don Gilberto Fuenzalida, quien representaba al sector tradicional de la Iglesia.

La carta del Cardenal Pacelli, del año 1934, la conoció estando ya establecido en Chile y le significó una profunda impresión.

Don Manuel Larrain, igual que el Padre Hurtado, habían pertenecido al Partido Conservador antes de ingresar a la vida religiosa y habían integrado los registros de ese conglomerado político. El católico en su inmensa mayoría debía ser persona activa en el Partido Conservador. Los laicos más cercanos a la Iglesia eran conservadores y los sacerdotes estaban inscritos en el partido. Pagaban sus cuotas y colaboraban en las campañas electorales en forma eficiente y clara. Esta realidad estaba asumida como algo normal y corriente.

La carta del Vaticano alejaba a los sacerdotes y a los religiosos consagrados de la Iglesia de una opción política partidista.

El sacerdote Larraín lo hizo con mucha fe y lealtad, pero muchos laicos y sacerdotes no aceptaron de corazón las instrucciones de Roma. Se genera una división en la Iglesia de Chile. Algunos políticos católicos no aceptaban las encíclicas sociales de los Papas, afirmando que esos documentos *"no eran para Chile"*. Incluso los medios de comunicación postergaron la publicación de estas instrucciones pontificias por estar en desacuerdo con ellas.

Pero no todo fue así. Profesionales jóvenes, encabezados por Eduardo Frei Montalva y Bernardo Leighton crearon un grupo, dentro del Partido Conservador. Se llamaba Falange Nacional, y eran apoyados por los sacerdotes que buscaban un mayor compromiso social entre los cuales estaban Manuel Larraín, Alberto Hurtado, Francisco Vives y Oscar Larson, entre otros. Las distancias entre los conservadores y los jóvenes falangistas fueron creciendo y los obispos, en su gran mayoría, apoyaban a los conservadores hasta que llegó un momento en que el episcopado pensó condenar a la Falange Nacional por su cercanía a los marxistas.

Se inicia un conflicto religioso difícil y apasionante. Nace al interior del Partido Conservador *"la Falange"*. Son jóvenes católicos que, pertenecientes al Partido, buscan la renovación y un mayor compromiso con la aplicación de las enseñanzas sociales de la Iglesia.

Es indicadora la carta de un sacerdote que pertenece al Partido Conservador, Don Daniel Merino, quien es enviado a Roma por los políticos conservadores para defender sus posiciones:

"... Una buena parte de los jóvenes Conservadores se han separado formando un nuevo Partido con el nombre de Falange Nacional. Pretenden ellos estar por encima de derechas e izquierdas consideradas como antagonistas puramente económicas..., porque las directivas defienden a la sociedad actual que no es cristiana. Dominados por algunos libros de Maritain no quisieron ayudar a la Directiva en las elecciones Presidenciales haciendo de este modo triunfar al Frente Popular."

"... En sus discursos siempre hablan de un orden nuevo, limpio de injusticias del presente, y repiten contra el capital, contra la

oligarquia, contra los privilegios de los ricos, todas las frases sonoras y vacías de los peores revolucionarios."

"... Sería justo alabar la piedad cristiana de aquellos falangistas y el celo con que se interesan por las clases trabajadoras, pero al mismo tiempo habría que informarles que la Santa Sede deplora bastante que hayan dividido las fuerzas católicas en momentos de tantos peligros para su país."

"... Deben abstenerse de calificarlos como malos cristianos en cosas muy discutibles, como ser la interpretación de las Encíclicas Pontificias sociales o el modo de aplicar algunos puntos en el país. Así la cuestión de que si el salario familiar obliga por justicia conmutativa está en discusión en teólogos de mérito; por lo tanto no tienen razón aquellos que tratan de ladrones a los que no lo pagan, si lealmente dan a sus operarios el salario convenido según el uso del lugar."

"... Tampoco debe decirse que no sea buen católico aquel que piensa que ciertas recomendaciones generales de las Encíclicas, como por ejemplo la admisión de los operarios a la participación de las utilidades, pueden ser irrealizables en determinadas circunstancias"

Recuerdo cuán difícil fue convencer a uno de los políticos católicos más preparado, que aceptara continuar en el Senado presentando su candidatura para un nuevo periodo. Habiendo oído de boca del Excmo. Sr. Nuncio aquellas declaraciones, se excusaba diciendo: *"si otras veces he hecho el sacrificio inmenso para mi modesta fortuna de gastar 150 mil pesos en una elección y descuidar con mi deber y hacer algo por mi alma sirviendo a la Iglesia en el puesto indicado por el Partido que la defiende. Pero ahora que el Excmo. Sr. Nuncio dice que a la Iglesia no le importa ningún partido, me vuelvo a mi casa a trabajar para mis hijos, y pienso que no debo sustraer de la herencia que les corresponde, la enorme suma que cuesta una elección..."*

b. ¿Qué sucede con Don Manuel Larraín?

Como ya está escrito, llegó este Obispo a Talca, el 23 de Agosto de 1938. Era un hombre joven, de 38 años, con estudios en Roma, intelectual y de muy buena cultura. Dominaba varios idiomas y seguía muy de cerca las orientaciones de la Iglesia.

Durante los primeros años de su episcopado, vivió la adaptación a una ciudad de posición tranquila con claras diferencias sociales entre el mundo popular, la clase media y la aristocracia.

Se dice que en esos años los jóvenes de familias poderosas se paseaban en la Plaza de Armas de Talca frente a la Catedral y que los pertenecientes al mundo popular se paseaban en el otro extremo de la plaza. Esto sucedía el Domingo en la mañana y era un signo de las fuertes divisiones sociales.

La vida rural era la predominante en esos años y aún ahora, 2004, los campesinos constituyen más de la mitad de la población diocesana.

El joven obispo era agradable de trato, de una cultura polifacética y de una gran riqueza interior.

Hasta 1947 Manuel Larraín vivió su episcopado en forma brillante; pero no espectacular. Sería un grave error fabricar un ídolo o transformarlo en un personaje demasiado extraordinario.

Era un hombre de su tiempo a quien le cambió la vida a contar de su declaración sobre la legitimidad de la Falange Nacional **el 22 de Noviembre de 1947**. Su amor a la verdad y a la justicia lo transformaron y le crearon perspectivas nuevas e inesperadas.

Un tiempo crítico. Manuel Larrain lo entendió y lo asumió

La Falange Nacional, frente a la posible condenación, pensó en disolverse para evitar mayores conflictos con la mayoría de los obispos que estaban en desacuerdo con sus ideas.

En el momento crucial, cuando la Falange tiene decidida su disolución, Manuel Larrain se jugó por la diversidad de opciones de los católicos en la política partidista y el 22 de Noviembre de 1947 escribe a uno de los dirigentes de la Falange, en la ciudad de Talca.

He recibido tu carta con las preguntas que en ella me formulas. Colocado sobre las divisiones políticas que separan a los hombres y buscando sólo la unión en la verdad y en el amor, he creído un deber de mi cargo pastoral el dar respuesta a ellas.

60

1° Puedes sostener la no-disolución de la Falange, porque la Jerarquía ni directa ni indirectamente ha dicho algo al respecto; porque además permanece íntegra y en todo su vigor la Carta del Cardenal Pacelli sobre la libertad de los católicos en política y porque la censura de un acto determinado, no incluye la condenación del Partido a quien se ha censurado dicho acto.

Por lo que respecta a la pregunta que me haces referente a si los falangistas de esta Diócesis pueden seguir contando o no con la confianza de su Obispo, debo decirte que en mi misión de Pastor jamás se las he rehusado a ningún sector católico; que siempre he apreciado en ustedes su hondo sentido cristiano, su adhesión a la Iglesia y su sincero anhelo de luchar por la implantación de un verdadero orden Social Cristiano.

He alentado y seguiré alentando sin exclusión de partidos políticos, a todos los que trabajan en estos ideales sociales que constituyen un imperioso deber del católico y mientras ustedes continúen manteniéndose en la línea de fiel cumplimiento de la Doctrina Social Cristiana seguirán contando con mi plena confianza.

Respecto a sus actividades meramente políticas o técnicas, no tengo para qué pronunciarme ya que escapan a mi competencia. Como lo recordaba su Eminencia el Cardenal Ratti, más tarde S.S. Pío XI, a los fieles de Lombardía: "El Catolicismo da luces superiores del más alto precio para la organización de la vida económica y política. Forma las conciencias y cultiva las virtudes necesarias a la vida pública y a la vida individual. Pero deja a los hombres el cuidado, la noble tarea de encontrar las aplicaciones, las determinaciones en medio de las condiciones contingentes. Y ahí, en esas determinaciones donde intervienen apreciaciones de hechos y juicios técnicos, nadie puede pretender ser infalible".

Trabajemos, para que reine la concordia, los agravios se olviden y todos nos esforcemos unidos en dar a este mundo actual ese poco más de justicia y de amor que tanto necesita. Así conocerá el mundo que somos discípulos de Cristo.

No tengo inconveniente, como me lo solicitas, en que hagas pública esta carta.

Te saluda con todo afecto tu amigo y Capellán.

† Manuel Larraín Errázuriz
Obispo de Talca

Así continuó la Falange Nacional que después, con una parte importante del Partido Conservador, se transformaría en la Democracia Cristiana, con gran repercusión en la vida política del país. En este debate se definió claramente la personalidad del Obispo Larraín

Muchos conflictos posteriores traerá esta posición con sus consecuencias de alegrías y tristezas, hasta el día de su muerte.

¿Qué pasó en el corazón del Obispo Larrain?

Quedó solo, aislado de la inmensa mayoría de sus hermanos obispos y sintió la marginación y el rechazo.

Fue odiado y amado. Para muchos era *"la oveja negra"* que había traicionado a todos. Para otros fue el Profeta que había liberado a la Iglesia de una posición insostenible.

Sus adversarios y sus enemigos lo odiaron y lo despreciaron. Algunos lo respetaron por su estatura moral, pero en total desacuerdo con su acción episcopal. Duele mucho más la crítica y el desprecio cuando viene del interior de la Iglesia. La crítica de los adversarios se lleva mejor, pero la lejanía de los amigos, o de quienes así lo parecían, es mucho más cruel.

El Obispo Salinas fue el rostro del ataque a la posición del Obispo Larrain; pero había enemigos más poderosos que permanecían en las sombras.

62

Don Manuel sufrió y allí hubo una gran purificación. Superó su timidez y por defender la libertad de la Iglesia frente a la vida política se mostró luchador, valiente y con una gran coherencia. Era recto, honrado. Sabía que su acción le traería grandes problemas porque su familia era típicamente conservadora. Sabía que su Diócesis era de raíces tradicionales y que los dirigentes de Talca y Curicó estarían en su contra.

Se arriesgó por amor a la verdad y a la defensa de la libertad de los laicos en materias políticas contingentes.

Igual que **Jesús** sufrió el **distanciamiento** y la **oscuridad**. Era alguien peligroso y fue tratado de traidor. Entró en un camino nuevo, dejará de tener el apoyo de muchos católicos y se verá marginado y rechazado. Manuel Larrain, a semejanza de Jesús, era un hombre acorralado por su defensa a favor de la libertad. Como Jesús, no fue comprendido en esta etapa crucial de su vida.

Escoger el camino de las bienaventuranzas trae la marginación, y Manuel Larraín entró por ese difícil camino de Jesús.

Del Señor dijeron sus parientes que *"Ha perdido la cabeza"* (Mc. 3,20). Algunos familiares decían: *"Manuelito es tan bueno, pero muy poco atinado"*.

Algunos lo apoyaban y su tío Mario Quesney Errázuriz le escribe el 1° de Diciembre de 1947: *"Me tomo la libertad de darte mi más sincera felicitación. Me enorgullezco de ver que el tronco de mi abuelo da a la Iglesia chilena a tan valioso miembro"*.

Jesús fue apartado por sedicioso por los dirigentes de su país. De Don Manuel se dijo: *"Es ave de otro corral"*, sufrió la marginación en un contexto adverso, siguió un camino nuevo y pagó las consecuencias en una gran oscuridad.

Jesús fue apartado de los suyos, que no lo recibieron. Su exceso de abertura hacía que su mensaje "no llegara". También Don Manuel experimentó y sufrió la marginación.

Jesús fue considerado subversivo y llegó el tiempo oscuro. No fue entendido. En Manuel Larraín se produjo, guardando las proporciones, la oscuridad, y seguramente pasó muchas noches desvelado y sufriendo el abandono y el silencio de la mayoría de los obispos y la reprobación de la sociedad porque había olvidado sus raíces y su historia.

Tal vez lo más doloroso fue haber sido tratado de *"desleal"* por un obispo a quien apreciaba mucho y parece que había sido su guía espiritual. Se trata de Don Alfredo Cifuentes, Arzobispo de La Serena, con quien había una antigua amistad.

Hubo desaliento, se sentía vulnerable y confidenció a algunos amigos que pensaba renunciar al episcopado. Se quedó solo y es ilustrativo lo que personalmente escuché a uno de mis parientes: *"Ayer me encontré con el Obispete de Talca, pero no lo saludé"*.

A pesar de todo, no se doblegó frente al aislamiento, y la amargura no pudo destruirlo.

Pasó el tiempo y Manuel Larraín fue algo más comprendido, pero la desconfianza continuó porque siguió siendo *"el obispo rojo"*.

Había sufrido, se había purificado, pero así llegó a su más profunda identidad. Superó sus miedos y su persona es el testimonio de un hombre que, en forma digna, había vivido con verdad, con amor a la Iglesia y defendiendo lo que él creía.

El tiempo lo hizo más respetable. Se impuso su gran calidad humana y sacerdotal.

Quedó *"marcado"* para toda su vida, pero esta realidad logró asumirla y redimirla con valor. Era tratado como Obispo izquierdista y *"rojillo"*; para otros era un arribista, deseoso de publicidad. Un familiar cercano le dijo: *"te han arrojado a las fieras"*, pero él mostró su calidad y la firmeza de sus principios.

Proyecciones o repercusiones:

En los tiempos del Papa Pio XII, el Cardenal Secretario de Estado del Vaticano, Mons. Tardini, expresó: *"El porvenir de la Iglesia de Chile dependerá de la forma como aborde el problema social"*.

Fue un pensamiento visionario y la crisis en la cual el Obispo Larraín estuvo tan involucrado tiene mucho que ver con estas reflexiones.

Aparentemente, esta crisis se había solucionado en lo doctrinal, pero existían corrientes contrarias, conservadores y falangistas. Hubo polémicas verbales, bastante guerra de papeles y también acciones contra los falangistas que eran minoría, con juventud y sin poder.

Fue una hora amarga para muchos cristianos y para muchos pastores de la Iglesia.

Se expulsó de la Universidad Católica a un brillante profesor por el hecho de pertenecer a la Falange. También había diversas gestiones, hoy se llaman "movidas" o "hacer lobby" para modificar la línea de la Iglesia. Se hicieron viajes al Vaticano para tratar de impedir esta línea peligrosamente nueva.

El Obispo Larraín había informado en 1944 al Vaticano que *"el episcopado está dividido"*. Bajo esa afirmación se capta que esta división afecta al clero y al laicado. El mismo Obispo sigue reafirmando esta realidad: *"Hay en los jóvenes una gran desilusión y amargura y en el clero una profunda división"*... Es de gran importancia que se mantengan las normas dadas por el Cardenal Pacelli, en 1934.

Según Don Manuel, el Nuncio de aquellos tiempos, Monseñor Mauricio Silvani, ayudaba a esta división por su gran apoyo a los conservadores, con los cuales tenía mucha cercanía y por sus críticas a la línea más avanzada y abierta.

Fue un paso decisivo en la conquista de la libertad de la Iglesia. Don Crescente Errázuriz, Arzobispo de Santiago, podía estar contento: un sobrino nieto suyo había consolidado lo que él había asumido en 1925 al aceptar la separación de la Iglesia del Estado, en medio de la incomprensión.

Así se independizó lo eclesial de las autoridades civiles del Gobierno.

1947 trae grandes **consecuencias** para la Iglesia. Después de la carta del Cardenal Pacelli y de la intervención de Manuel Larraín, para la Iglesia fue posible separarse del poder político representado por el Partido Conservador.

Desde 1947 se hace más posible aplicar la Doctrina Social de la Iglesia porque aparecen católicos más sensibles al problema de la injusticia y de la dignidad humana. Se abre paso a una parti-

cipación real del mundo obrero y campesino, que estaba muy ausente, a un rol activo en la Iglesia que era presionada por los poderosos para defender sus privilegios y no daban espacios verdaderos a los humildes y a los pobres, la gran mayoría católica del país.

Se da el paso a una mayor autonomía del laicado que puede optar por diversos partidos políticos, siempre que no vayan contra los principios de la Iglesia.

El ambiente conflictivo de aquellos años creaba una realidad negativa. Desde 1947 la atmósfera se hace más transparente y clara.

Nacen realidades nuevas y la Iglesia tiene mayor libertad. Los sacerdotes, en su gran mayoría, se apartan de la vida política contingente, aunque es honrado reconocer que siempre la Iglesia ha actuado en política. Hablamos de *"la alta política de los principios cristianos"*, pero con frecuencia la jerarquía y los sacerdotes entran en el juego de la política contingente, en la cual el poder y el servicio siempre estarán mezclados con algunas contradicciones.

1947 significa crear esperanzas de mayor libertad y en una atmósfera más limpia.

Qué difícil será precisar en qué grado el Obispo Larraín midió lo que significaba su acción y su modo de pensar.

Abrió caminos, lo cual es muy importante ayer, hoy y siempre.

Sería una gran equivocación pensar que todo era blanco o negro. Había matices y pensamientos diferentes, con pensamiento opuestos; es iluminadora la carta que le escribe al Obispo Larraín, Don Fernando Alessandri Rodríguez.

"Soy un convencido que Ud. se ha mantenido alejado de actividades políticas durante su Episcopado. Todos sabemos que es un verdadero Pastor. Que sólo sirve a Dios y a la Patria. De ahí la gran admiración y sincero aprecio que le guardo. Y, por ello mismo, siempre rechacé y rechazaré los injustos cargos que algu-

nos le formulaban a este respecto, con el menguado propósito de empañar su limpia y ejemplar trayectoria de sacerdote entregado por entero a la religión y al servicio, como ella ordena, de los humildes y necesitados". (Carta de Fernando Alessandri, 1956).

Don Manuel le escribe a Radomiro Tomic, en 1947:

"... Nuestra derecha está formada de una gama ideológica donde actúan desde el ferviente católico que ve en ella... una defensa de la Iglesia, hasta el prestamista que no cree ni en Dios ni en el diablo, pero que desea que no le cambien su posición actual"... "El sector realmente católico de la derecha podría cambiar de actitud. En cuanto al otro, el aparentemente católico o no católico, sólo desea que le defiendan su propiedad. Que el cerco sea de cruces o bayonetas poco le importa: lo importante es que nadie se le meta en ella."

El 1 de enero de 1947, el año que estalló el conflicto entre la autoridad y la posición del Partido Conservador, los Obispos chilenos habían publicado una carta sobre el problema social y Don Fernando Aldunate, dirigente del Partido Conservador y después Embajador de Chile en el Vaticano, escribe su opinión negativa sobre esa carta de todos los obispos de su país.

Algunos párrafos:

"También resultan equívocas en plena inflación los apremiantes llamados a redimir el proletariado mediante el pago de mejores salarios y a intervenciones del gobierno en la economía; todo lo cual puede ser muy cierto en principio y estaría muy bien dicho en una academia".

"Dice la Pastoral que el orden social en que vivimos debe ser reformado, porque en la actual organización económica y social la distribución de las riquezas adolece de injusticias produciendo inmerecida miseria en los obreros. Tirios

*y Troyanos sostienen lo mismo, con la diferencia que los unos propician reformas que devuelven la economía a un sistema de más respeto a la propiedad privada, de menos cargas que la agobien, de mayor estímulo a la iniciativa particular, de menos intervenciones gubernativas, de aumento de la producción y no de medidas de distribución; al paso que los otros quieren que se acentúe el régimen de avanzado socialismo en que vamos hundiéndonos. No se ve claro en cuál de estos dos sentidos opuestos está el pensamiento de la Iglesia; pero de todo lo que dice más bien se deduce que la reforma a que se refiere ha de inclinarse en el sentido socialista.**

"Aprueba y bendice la Pastoral a los que constituyen sindicatos con el propósito de mejorar la condición de los asalariados o sea, promueve en general la sindicalización porque nadie confiesa propósitos que no sean muy inocuos y benéficos. Quedan así desarmados los católicos que se oponen a los sindicatos, que teóricamente son muy cristianos, pero que prácticamente, en Chile y en los días en que vivimos, resultan fatalmente instrumentos de la revolución comunista."

Esa carta pretende expresar que los principios morales de justicia son para exponerlos, no para practicarlos. La fe cristiana es un engaño porque es un imposible llevarla a la práctica. Entonces ¿de dónde este gran afán por defender la fe cristiana sin obedecer las Encíclicas Sociales ni escuchar la voz de los Obispos?

Es interesante la respuesta del Obispo Larrain:

"... Si se quiere para Chile un régimen auténtico de democracia cristiana es necesario ir a la transformación de un régimen capitalista para llegar a un sistema más humano. Lo que constituye la nota distintiva del régimen capitalista es que la función trabajo está separada de la función capital, su sustitución tiene que ser la unión de ambos factores.

De donde la participación de los obreros en la empresa, el accionario obrero, los Consejos de patronos y operarios, lejos de ser ideales comunizantes son la expresión concreta de estos principios ya señalados”.

*“... Creo que mi posición es la que establecerá la verdadera unión de los católicos en lo fundamental de los principios y no en lo accidental de las opiniones, y para eso doy a todos lo que como Obispo les debo: doctrina para guiarlos, sinceridad y firmeza para corregirlos, y sobre todo, afecto para amarlos. **No quiero que mi cayado de pastor sea garrote para golpear a las ovejas”**, (1947).*

Las secuelas, para Don Manuel, no fueron precisamente las de la calma y las de la paz.

Con la conciencia tranquila de haber contribuido a la libertad de la Iglesia en Chile, Don Manuel aborda el temporal que cae sobre él. Malas interpretaciones de todos los lados, salvo un pequeño grupo. Hasta algunos hermanos en el Episcopado le tratan duramente. Uno de ellos, amigo de muchos años, le envía una carta en que le dice: *“...uno de los pasos más desgraciados que Ud. ha dado... un abierto atropello a la Comisión Episcopal... es una carta muy desleal...”*, etc.

Cuando un juicio de esta naturaleza llega del corazón de un amigo, la herida duele bastante. Don Manuel le contesta; pero cree innecesario e inútil dar explicaciones ante afirmaciones de esta laya. Solamente atina a decirle: *“Dios que habrá de juzgarnos, ve la pureza de intenciones y la altura de miras con que procedo. El hará que la verdad brille en el tiempo... A pesar de todo, soy leal en mis afectos y no olvidaré al amigo de ayer que supo comprenderme, ni al hermano de hoy que supo herirme”*, (Dic. 1947),

Siguieron los años, se dividió el Partido Conservador en 1956 y parte importante de ese sector político se unió en la Falange Nacional y así nació la Democracia Cristiana que tuvo a su Primer Presidente de Chile, Eduardo Frei Montalva.

Don Manuel Larrain vivió estos años difíciles pensando y reflexionando en las repercusiones de este conflicto doctrinal mezclado con lo emocional. No quiso intervenir para nada en la política contingente y sólo en su último año de vida escribe la única carta que se conoce al Presidente Frei.

Preparó terreno, supo sembrar y también entendió que debía pasar a segundo plano. Esa actitud muestra la nobleza y la calidad de quien amaba a la Iglesia y buscaba la libertad y la paz. Nunca quiso estar en primer plano y allí había una humildad verdadera.

CAPITULO IV



*Nunca habló para agradar a los hombres,
sino para decirles lo que Dios quiere*

LOS CAMPESINOS Y LA REFORMA AGRARIA

En el año 1962, ya fallecido Alberto Hurtado, Manuel Larraín da un paso difícil. ES UNA NUEVA ETAPA DE SU VIDA. Será el tiempo del Obispo social. Se trata de la Reforma Agraria.

La Reforma Agraria

73

Al finalizar el mes de Junio de 1962, el Obispo Larraín hizo algo grande para Chile y para la Iglesia. Entregó las tierras del fundo Los Silos, que pertenecían al Obispado de Talca, a un grupo de campesinos.

La primera reforma agraria que se conoce en Chile la realizó Pedro de Valdivia, el primer conquistador de Chile en el siglo XVI. El hizo la gran reforma de las tierras, despojó a los aborígenes de sus propiedades y las entregó a los españoles. Fue una reforma injusta, mal planificada y arbitraria. Hubo reacciones violentas, guerrillas y Pedro de Valdivia fue asesinado por los habitantes originales del país.

Cuatro siglos más tarde la Iglesia inicia una nueva distribución de las tierras, con este obispo visionario y valiente.

Transcribo algunos fragmentos del discurso del Obispo Larraín al entregar el fundo Los Silos de Pirque:

"No puedo ocultarles mi emoción al hablarles. Hoy, en esta propiedad pequeña, ante un grupo también pequeño de campesinos, se está haciendo algo grande para el futuro de Chile. Hoy se termina en esta propiedad el sistema de inquilinaje. Hoy comienza una forma de trabajo más conforme con las necesidades actuales. Hoy se abre a un grupo de campesinos la posibilidad de ser propietarios agrícolas. Hoy se está dando un paso más para hacer realidad las enseñanzas de Cristo y las doctrinas sociales de la Iglesia.

La tierra no está bien repartida en Chile y en América Latina. Es una llaga abierta en las entrañas de este Continente, que es de urgencia sanar.

Pero, para remediar este mal no hay que caer en el error de decir "que no haya propietarios", sino todo lo contrario, "que haya muchos propietarios". Porque si el hombre necesita la propiedad para poder vivir una vida realmente humana, son igualmente absurdas las soluciones de los que quieren suprimirla o de los que quieren concentrarla en manos de unos pocos.

A la Iglesia le corresponde ante todo enseñar. Ella no tiene en sus manos los elementos materiales y técnicos para llevar a cabo muchas de sus doctrinas. Son los cristianos adoctrinados por Ella los que deben hacerlas realidad. Por eso hablamos a todos los hombres de buena voluntad para señalarles el camino de una solución justa y pacífica a los graves problemas que a todos nos preocupan, y especialmente al más grave de ellos: la injusta repartición de los bienes.

Pero cuando a sus palabras de enseñanza puede unir el ejemplo de los hechos, lo hace gozosa sin reparar en sacrificios, sin temor a las incomprendiones, sin mirar otras cosas que el ser fiel a la doctrina que profesamos y predicamos.

No me quejo. Doy gracias al Señor que mucho haya podido hacerse. Sé que la colonización de "Los Silos" va a tomar esta situación aún más difícil. Pero no importa. Las grandes causas exigen sacrificios. El Obispado de Talca los hace gustoso porque sabe que para exigir los sacrificios que hoy es urgente realizar, es necesario dar antes el ejemplo.

Yo no les pido nada. Ni aplausos, ni alabanzas. Solamente una cosa; que ustedes sepan apreciar lo que se está haciendo por ustedes y que sepan aprovecharlo plenamente. Esa será para mí y para el Obispado de Talca la más honda y pura satisfacción.

La Cooperativa formada por ustedes deberá decidir la forma en que esas ganancias sean distribuidas para ir pagando el Capital de explotación y las tierras de este fundo, las cuales les serán entregadas a ustedes a un valor bastante más bajo que el comercial de ellas y otorgándoles amplias facilidades para su pago.

Hablo a hombres que sé conscientes y responsables. Quiero que mis relaciones con ustedes demuestren en todo momento la confianza que deposito en la seriedad con que van a realizar esta obra, de la cual se beneficiará directamente un grupo e indirectamente todo el campesinado chileno, pues ustedes darán un ejemplo claro de lo que puede la unión en el esfuerzo, en el trabajo y en el deseo de realizar una obra de profunda renovación social. A través de esta experiencia yo veo surgir un nuevo día del campesinado chileno. Los hombres arraigados en su suelo propio, unidos con los lazos de solidaridad humana y cristiana. Manos encallecidas en el arado que se estrechan fraternalmente. Rondas de niños campesinos que miran sin temor el porvenir. Madres que en el hogar acogedor acunan las eternas esperanzas del pueblo. Un Chile que avanza confiado en la nueva edad histórica que comienza.

He recibido fuertes críticas por el paso que estoy dando. Se me ha dicho que esto va a ser un fracaso. Se me ha añadido que ustedes no están capacitados para trabajar solos.

*Se me ha llamado iluso. "Yo confío en el obrero chileno".
Cuando se le trata como hombre responde como hombre.*

*He afrontado estas críticas, como he afrontado otras en mi
vida. Primero, porque confío en Dios y sé que así estoy
cumpliendo con el mandamiento máximo del cristiano: "ama-
rás al prójimo como a ti mismo".*

Más allá de los hechos

Era un signo valioso que tocaba el **derecho de propiedad**, el significado de **la tierra** y el tema de **los campesinos**.

El derecho a la propiedad ha tenido una historia difícil. Para los romanos era el "*derecho de usar y abusar*" de lo que se tenía. Si alguien era dueño de las tierras, de sus esposas, de sus esclavos podía hacer lo que quería. Para los cristianos, esta concepción era algo intocable, se logró la eliminación oficial de la esclavitud, pero el asalariado dependiente de sus patrones permaneció por muchos años.

Poco a poco este concepto se ha ido humanizando y el Papa Juan Pablo II ha hablado sobre "*la hipoteca social*" que tiene toda propiedad. Ya no existe la propiedad sin límites y es aceptado, al menos en el terreno de los principios, el sentido social de los bienes y de las cosas.

La tierra es otro símbolo, tal vez ahora menos importante, por la disminución de la población rural; pero es una realidad bastante fuerte. Tiene connotaciones de valor en el concepto de propiedad. Era algo sagrado que medía la fortuna y el valor de las personas e instituciones.

La Historia presenta tantas guerras por poseer más territorio, lo cual significa poder. Toda guerra busca alguna justificación, pero la tierra está casi siempre subyacente.

Los campesinos son quienes sufren con mayor intensidad los errores humanos. *"Un sector que está deprimido"*, decía Juan XXIII en su Encíclica Mater et Magistra. Eran las herramientas para trabajar la tierra y así ganar más dinero. La propiedad agrícola necesitaba estas herramientas y los campesinos significan *"mano de obra"*, y son los inquilinos. Es significativo lo que sucedió en 1959 cuando la Iglesia preparaba un congreso sobre la vida rural, alguien preguntó si a ese congreso irían algunos campesinos y el Presidente del comité respondió: *"no es necesario, porque los patrones católicos obedecerán a la Iglesia y los inquilinos obedecen a los patrones"*. Quien hizo esta pregunta no fue invitado a otra reunión.

Propiedad, Tierra y Campesinos son conceptos candentes de siempre, pero eran de mayor gravedad cuando el Obispo Larraín inicia la Reforma Agraria.

Era un sueño hermoso, cuyos resultados no fueron los esperados, pero fue un inicio seguido por el Cardenal Raúl Silva, por los Gobierno de Jorge Alessandri, Eduardo Frei y de Salvador Allende, todo lo cual murió en el Gobierno del General Pinochet, quien logró realizar la contra-reforma agraria.

77

El Obispo Larraín, en 1947, había abierto la puerta a la Democracia Cristiana. En 1962, con mucha valentía, abre esta nueva puerta, con un gran sentido evangélico.

Era visionario Manuel Larraín, pensó y realizó proyectos de esperanzas y de grandes perspectivas.

La Reforma Agraria nunca fue aceptada por quienes tenían el dinero y habían sido propietarios de la tierra por muchas generaciones. A una institución de Iglesia se le sugirió realizar esta reforma de sus tierras y el responsable expresó *"no estoy de acuerdo con las locuras que hace Manuel Larraín"*.

Uno de los políticos chilenos conservadores afirmó que *"la palabra reforma agraria es de origen comunista"*. Sergio Fernández Larraín no entendió a este visionario de la historia.

La crítica fue dura, pero extrañamente no tuvo tanta resonancia inmediata como la del año 1947. Tal vez el Obispo Larrain había logrado mayor estatus moral y era muy respetado en la Iglesia Católica, en el país y en el mundo católico internacional.

En 1964, llega a la presidencia de Chile Eduardo Frei Montalva y es sucedido por Salvador Allende, en 1970. Ambos gobernantes apoyaron la reforma del agro.

Fallecido Manuel Larrain, quedó latente la gran resistencia que se había producido el replantear el concepto de propiedad.

La clase social, la de la fronda aristocrática, había disminuido su poder y esta realidad trajo grandes rencores por el orgullo herido. Había represalias, algunas simbólicas y otras reales. Entre las acciones simbólicas se cuenta lo que dijo el párroco de campo: *"Los patronos ya no envían corderos para las fiestas parroquiales y dicen que los curas han hecho la Reforma Agraria y han subido los impuestos"*. Era el tiempo de Frei Montalva.

78

Recuerdo, ya en tiempos de Salvador Allende, la reacción de una señora distinguida de la sociedad chilena. Fui a visitarla y al preguntarle cómo estaba me respondió: *"Estoy mal, mis amigas están enfermas o expropiadas"*.

Al caer el Gobierno de Allende y la Unidad Popular, el 11 de Septiembre de 1973, asume el Gobierno Militar y el General Pinochet sistemáticamente elimina la Reforma iniciada por la Iglesia y por los gobernantes anteriores. Fue algo violento y quebró el esquema en forma vital.

Se desató la guerra y el odio escondido por años. El Decreto 208 prohíbe a todo dirigente sindical campesino postular a la propiedad de la tierra. Así el mundo campesino quedó automáticamente descabezado y disminuido. Había perdido a sus jefes y bajó más aún la dignidad campesina.

La Reforma Agraria había provocado la ira de los terratenientes y de quienes tenían propiedades u otros bienes de fortuna. Era

un peligro que amenazaba el derecho de propiedad y los bolsillos de quienes tenían una situación holgada.

Manuel Larraín fue la voz de los pobres y mostró el rostro de una Iglesia cercana al Evangelio de Jesús, especialmente preocupado de los marginados.

Su voz profética abrió caminos. El precio fue alto, pero valía la pena.

Hoy día, la Reforma Agraria se presenta como un gran fracaso, pero es muy difícil calibrar una idea que fue sesgada bruscamente en la mitad del camino.

Se ha dicho que *"es bueno lo que resulta bien"*. Esta afirmación es muy ambigua, aunque se considere que la Reforma Agraria fue un fracaso, también fue un intento honesto para dar oportunidad al progreso de los campesinos y así construir una sociedad más justa y con mayor dignidad.

Este pensamiento es importante, porque esa opinión generalizada de que todo lo que es útil es bueno, no siempre es verdadera.

Intento de evaluación, sobre la Reforma Agraria de Don Manuel Larraín y la Iglesia:

Esta Reforma Agraria es totalmente diferente a la primitiva expropiación de la tierra que hacen los españoles al llegar a Chile.

El proceso iniciado por Don Manuel y el Cardenal Silva Henríquez, tiene otras características y es mucho más complejo que lo del siglo XV.

Significo para la Iglesia tantas o mayores repercusiones que las orientaciones del Cardenal Pacelli y la creación de la Falange. Me parece que ahora, desde el cielo, Larraín contempla lo sucedido con paz y serenidad.

Se acrecentó la división y el odio de clases. La frustración de los dueños de los predios expropiados y la amargura del fracaso de esta reforma en el Gobierno militar engendró los consiguientes odios y amarguras de los campesinos. La factura mayor fue cobrada a la Iglesia por los grupos de derecha afectados y su entorno familiar y social.

En el año 1962 la clase dirigente se sintió afectada en sus bienes, amenazada en el derecho de propiedad y la irritación contra la Iglesia Católica, que se mostraba entregando sus tierras, fue el estallido de un alejamiento que hasta hoy continúa latente.

El tema parece dormido y superado por los años, pero los resentimientos permanecen y renacen en los momentos difíciles y conflictivos.

La Reforma Agraria tiene diversos actores: patrones, campesinos, intermediarios, políticos y eclesiásticos. Existen diversas sensibilidades para valorar esta realidad.

Los patrones: había de todo. Algunos santos y seguidores de Cristo en forma seria y real. Personalmente conocí algunos excelentes patrones por su honestidad, sentido de justicia. En cierto sentido representaban la paternidad ausente en muchos hijos de campesinos.

También había muchos patrones abusadores y atropelladores. No pretendo hacer juicios o calificar personas. No es el sentido de este libro.

Los campesinos: Sucede lo mismo que en el mundo patronal. Campesinos muy honestos, responsables, con sentido de familia, trabajadores. También habían campesinos de otras categorías que sólo buscaban obtener la tierra y lo que eso significa.

Algunos, después propietarios, han recordado el refrán popular *"no hay peor cuña que la del mismo palo"*.

Los intermediarios: o sea quienes ejecutan las orientaciones de la Iglesia y, después, de los gobernantes. Si la persona es

"un funcionario" y no más, los resultados no son buenos. Si es alguien con sentido social y con valores cristianos, habrá una buena gestión.

Los políticos: es evidente que la Reforma Agraria, la de la Iglesia, la de Eduardo Frei y la de Salvador Allende, se transformó en un tema político. Hubo demagogia y se utilizó un proyecto originalmente correcto en un área de batalla electoral y política.

La Iglesia: Don Manuel Larraín y Don Raúl Silva Henríquez no eran demagogos. Había buenas intenciones y un deseo honesto de servir a los campesinos. Para muchos, fue una ingenuidad, para otros, una maniobra popular y nada más.

Los resultados fueron diferentes. Faltó técnica, preparación, y las respuestas de los campesinos no fueron las esperadas.

Como ya está escrito en páginas anteriores, Eduardo Frei y Salvador Allende dieron pasos nuevos, pero este proceso fue bruscamente borrado por el gobierno Militar que en el año 1973 arrasó con lo que se había avanzado en esta entrega de tierras a los campesinos.

Fue un proceso inconcluso, no siempre bien llevado y muchas veces mal solucionado. Se crearon esperanzas y el odio de clases creció y se mantendrá oculto para rebrotar en el tiempo.

No engañarse. El "rico" no es querido, en general, por los pobres. Puede haber silencio, pero la amargura camina por dentro y hace mucho daño.

Es conveniente reflexionar en los conflictos con los mapuches en Temuco y en el Sur del país. Es fácil entender que el tema de la tierra y la propiedad privada tiene muchas facetas.

Aún parece válido el juicio de Jorge Edwards.

"Siempre he pensado que la Reforma Agraria, cualquiera fuera su justificación social o económica, tocó aspectos excesivamente sensibles de la vida chilena. Siempre he observado con atención y hasta con fascinación a las familias relacionadas con la tierra. Las relaciones de la familia con el campo, con los fundos y sus historias, con las casas patronales y su mitología, no son comparables en absoluto con las del industrial con su fábrica o el profesional con su oficina. Ahí intervienen tradiciones, apegos, emociones, instintos que no pueden reducirse a una pura cuestión de propiedad y de inventario".

"Las historias de propietarios agrícolas armados y convertidos en homicidas funibundos, en fieras humanas, son terribles y son, a la vez, por desgracia, coherentes. La Unidad Popular, con ingenuidad, con trágico simplismo, provocó reacciones que estaban adormecidas, pero que eran perfectamente previsibles".

"Destruir el latifundio, por la vía rápida, sin destruir a la vez la convivencia pacífica entre los chilenos, era como encontrar la cuadratura del círculo".

El odio se puede disimular, pero como dice el proverbio musulmán *"la riqueza, el amor y la tos, no se pueden esconder"*... Este pensamiento tiene validez en la vida de Don Manuel y sigue siendo actual.

Finalizo este Capítulo, reflexionando en la fortaleza del Obispo Larrain, que encendió las iras de los grandes propietarios y los hizo desconfiados frente a la Iglesia. Esa fortaleza le hizo dar el paso de la Reforma Agraria. El no buscó enemigos, pero no pudo traicionar sus principios.

Sufrió muchas críticas, incluidas las eclesiásticas, pero se definió en sus palabras y sobre todo en sus actitudes.

Es fácil gastar palabras sin perder la estima y guardar tantos equilibrios por quedar bien con todos.

Don Manuel fue consecuente hasta la muerte. Al final de su vida se había impuesto por su calidad humana, por su nobleza, por su cultura e inteligencia.

Vivía adelantado para su tiempo. Nunca fue buen organizador, pero creyó en las personas y su gran fe en Dios y en la Iglesia lo llevó a ser lo que fue.

Han pasados los años y su figura se borra en el tiempo, pero queda la imagen de un hombre de Dios que vivió en armonía con la verdad y velando por la dignidad humana, especialmente por la dignidad de los campesinos.

Aún hoy día, 2004, es fácil descubrir estos sentimientos guardados contra una Iglesia que quiso defender a los pobres.

Aún recuerdo lo que sucedió en 1980 con un agricultor muy valorado en la Diócesis a quien le compré una propiedad para el Seminario Mayor, donde se formarían los sacerdotes del futuro.

Fue significativa la desconfianza de ese patrón de fundo, a quien estaba comprando una propiedad con fines pastorales. No había problema en el precio, pero él dudaba venderme, porque sus amigos le habían explicado que yo quería hacer una escuela de guerrilleros. Hicimos la compra-venta, pero él afirmó que confiaba en mi palabra, no por ser Obispo, sino por los apellidos que tengo. Esa fue la única garantía para este católico de comunión dominical...

Han pasado los años y sigo pensando que la gran distancia entre la Iglesia Católica, especialmente de sus obispos, con algunos dirigentes de derecha, tiene su raíz más profunda en la entrega de la tierra a los campesinos.

CAPITULO V



Estatua en la Plaza de Armas de Talca

SU VIDA EPISCOPAL

Las autoridades eclesiásticas mostraron al nuevo Obispo Larraín, en 1938, la partida de bautismo de Don Bernardo O'Higgins y el Cristo que tenía en sus manos al fallecer, cuando estaba desterrado en Perú. Son recuerdos importantes que indican la relación de la Iglesia con los Padres de la Patria y con la Historia de Chile.

87

Es casi seguro que no pensaron que este Obispo le daría un nuevo rostro a la Diócesis por su profunda espiritualidad, por el amor que colocó en construir la Catedral de Talca, con su amor a la Iglesia y a la liturgia que él trató de impregnar a la Diócesis. No creo que en esos años alguien haya pensado en la trascendencia que tendría su apoyo a la Falange Nacional en 1947, su acción en la Reforma Agraria en 1962 y por su participación en la creación y en la vida del Celam, desde 1955 hasta su muerte, en 1966.

El Obispo Larraín, amado y odiado, salió de los márgenes normales y significó alguien muy importante para Talca, para la Iglesia chilena y para latinoamérica. Él creó un rostro episcopal interesante por su personalidad, sus obras y consecuencias.

UN CORAZON SACERDOTAL

En toda actividad humana y en la historia de las vocaciones, sean del orden que sean, es fácil percibir que algunas personas asumen vital e intelectualmente lo que han elegido como proyecto de vida. Otras personas realizan actividades, pero es fácil captar que su corazón está en otra parte.

Esta realidad universal también sucede en los sacerdotes y en los obispos. Algunos, gracias a Dios no pocos, han asumido su vocación y viven este misterioso llamado de Dios. Son sacerdotes de verdad y el sacerdocio de Jesús se extiende a través de sus palabras, de su vida.

Desgraciadamente, existen otros que no han integrado bien en sus vidas el regalo recibido por la imposición de las manos del Obispo y por la unción de sus manos. Su sacerdocio parece pegado con alfileres y los comentarios no faltan: *"este no parece cura"*, *"es bueno, pero es demasiado egocéntrico"*, *"muy preocupado de andar bien vestido y poco cercano a los pobres"*. Es doloroso constatar que en estas realidades sólo ha habido un barniz sacerdotal; pero Jesús no ha entrado profundamente en sus vidas.

88

He escuchado juicios muy decisivos: *"Nunca ha logrado entender la paternidad sacerdotal y episcopal"*. *"Es buena persona, pero no está en lo suyo"*. A veces falta identidad sacerdotal, y puede haber ausencia de generosidad.

Son vidas tristes de personas que no comunican la vida de Dios y parecen aburridas y rutinarias. No irradian deseos de vivir un cristianismo de vida y de esperanza.

Es la queja de Romain Rolland: *"no he conocido a Jesucristo porque ustedes los sacerdotes nunca me lo mostraron"*.

Gracias a Dios, Manuel Larraín había integrado su vocación y su personalidad era la de un hombre convencido del llamado de Dios. Si alguien le hubiera preguntado cómo definirse a sí mismo, él habría dicho que era cristiano y sacerdote.

En 1927 recibió el sacerdocio y en 1938 fue llamado al Episcopado, *"la plenitud del sacerdocio"*. Y este hombre cristiano vivió esa vocación con pasión, con toda su energía. Sacerdote hasta la médula y unificado por dentro. Allí había consciencia que estaba siguiendo a Jesús. Era su preocupación en la tierra. Había asimilado que el obispo es el representante de Cristo en la Diócesis y así vivió hasta su muerte.

El sacerdocio de Manuel Larraín era un sacerdocio encarnado en la vida. Era un sacerdocio misionero y abierto al mundo con todas sus complejidades y nunca fue aséptico. Era un hombre comunitario y fraternal que no vivía para sí mismo o para sus proyectos propios. Y así supo dar el Perdón en el sacramento de la Penitencia. Así vivió la Eucaristía y así entregó la Palabra de Dios.

Se destacó por ser un Obispo que entregaba a Jesús, la Palabra Encarnada de Dios.

Sus predicaciones dominicales en la Catedral eran de gran contenido y valor. Algunos no católicos iban a escucharlo y otros católicos, que no eran de misa dominical, asistían con frecuencia a sus predicaciones.

Predicaba permanentemente retiros de varios días; seguía a veces los esquemas de San Ignacio y en otras ocasiones usaba metodologías diferentes. Tenía el don de la Palabra como una gran expresión de su sacerdocio. No se predicaba a sí mismo y preparaba lo que iba a comunicar. También, algunas veces, improvisaba o preparaba no muy bien y estas predicaciones no siempre eran tan felices e inspiradas.

El celebraba la Eucaristía y se ofrecía con Cristo por la Iglesia, tal como lo escribió en su testamento pastoral. Era orientador de su pueblo por haber entendido que estaba llamado para *"regir la Iglesia de Dios"*.

Fueron pasando los años y siguió trabajando con alegría en las tareas episcopales de todos los días: confirmar cristianos, construir iglesias, visitar a sus feligreses, preocuparse por los más desvalidos, amar la Diócesis de Talca y simplemente vivir en forma

digna y religiosa. Fue un servidor fiel de Dios y supo darle sentido a su episcopado. El creía en la fuerza del Espíritu Santo y lo invocaba con mucha frecuencia.

Había mucho que hacer, animar al Pueblo de Dios, entregar con amor la Palabra y siempre supo mantener el buen humor y la simpatía. A un Obispo recientemente nombrado le saluda con un telegrama que encabeza *"Excelentísimo Pepe"*, lo cual en Chile no se acostumbra.

Las edades y las generaciones pasan y cada edad es empujada por lo que va aconteciendo.

Vivir cada día con amor y alegría es una maravilla y este hombre lo hacía con paz y con el corazón puesto en Jesucristo, en la Eucaristía que celebraba todos los días. Era fiel y honesto con su vocación, de gran sentido religioso y fidelidad total a la Iglesia.

"Ven, Señor Jesús" era su lema episcopal, lo cual significaba vida y acción consecuente con este texto bíblico que es el último pensamiento del libro del Apocalipsis.

Por ser sacerdote de corazón tenía un excelente trato con los sacerdotes, no sólo de la Diócesis de Talca sino con todos los que lo visitaban y venían a pedir alguna orientación.

Sabía escuchar y acoger. Personalizaba a cada visitante y no era una representación barata. De verdad acogía y colocaba amor y ternura.

Trataba con cariño a sus sacerdotes, pero sufría con los hechos vulgares. Recuerdo la molestia de Don Manuel quien, después de muchos intentos, aparentemente, logró que un sacerdote se trasladara a otra parroquia. Era un cambio necesario para él y para la Iglesia. El día anterior al traslado llegó un telegrama del sacerdote: "Sr. Obispo, imposible traslado. Ayer parió la chancha"... Esta manera de desobedecer, por el fondo y por el estilo, sacaba al Obispo de sus casillas. Él era respetuoso, a veces demasiado indulgente; pero deseaba ser obedecido con espíritu y lealtad.

En otra ocasión hubo un hecho bastante pintoresco:

En una parroquia rural, el párroco aceptó ser elegido como el "rey feo" en un festival organizado por el pueblo y en realidad estaba bien escogido. La presión popular lo llevó a bailar con la reina de la belleza del festival. Al saber Don Manuel esta historia, llamó al sacerdote, quién le expuso que "había sido algo folklórico". La indignación episcopal fue de proporciones, porque el folklore había sido muy especial...

Sabía tratar en forma respetuosa a los sacerdotes, con sus fragilidades y cualidades, pero tenía un gran rechazo al sacerdote-mercader. Consideraba que "el pastor que se apacienta a sí mismo", "el asalariado", como dice la Biblia, hace un gran daño en la vida de la Iglesia.

Muchas veces me dijo: *"Tres defectos no soporta el pueblo cristiano: el sacerdote de mal genio, la afición por el dinero y el mal trato a los pobres diferenciados de los ricos que reciben un trato respetuoso. Todos los otros aspectos se perdonan y el pueblo los entiende y defiende a sus sacerdotes"*.

"La concepción burocrática del sacerdocio", el "hacer carrera", no cuenta en nuestra vocación. "Se requiere buscar a Cristo y a El se le anuncia en su Palabra, en la Eucaristía y en la Oración". "El activismo, vacío de espíritu, nos aleja de Jesús". Así se expresó en 1963, en una predicación a sus sacerdotes.

El sacerdocio de Don Manuel era encarnado en la vida, en el tiempo y en todos los tiempos y siempre manteniendo su razón de ser sacerdotal.

Entregaba la Palabra de Dios con lucidez y con una gran belleza. Tenía clase. Sostenía que "sembrar" era el gesto que ordenaba su vida. De hecho fue siempre un sembrador.

Estaba centrado en **la Eucaristía**. Los textos del Concilio Vaticano II sobre la liturgia y sobre la Iglesia están marcados por el pensamiento del Obispo Larraín. Allí se nota su intervención y

seguramente de otros obispos, pero la mano del Obispo de Talca está presente.

"La Eucaristía es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y la fuente de donde viene su fuerza" (S.C. 10).

Es el *"misterio de la fe"* como afirma la Iglesia y es *"la primera escuela de la vida espiritual"*. Así lo expresó Pablo VI.

"Los sacerdotes consagrados a imagen de Cristo están destinados a predicar el Evangelio, apacentar a los fieles y celebrar el culto divino".

Don Manuel repetía con frecuencia el pensamiento del teólogo francés. *"La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia. **La Iglesia es la Eucaristía**"*.

Si el sacerdote viviera con mayor intensidad este amor a la Palabra de Dios, a la Eucaristía y al Pueblo de Dios, qué distinta sería la vida de la Iglesia.

La Eucaristía es la mayor gratuidad de Dios; es el sacramento de la unidad. Es comulgar con la vida, con el prójimo, con las comunidades. Es mucho más que una acción individual.

Así era este hombre que vivió lo que creía en forma consecuente. De su vida interior brotaba mucha fuerza porque era sacerdote ciento por ciento y en él no había divisiones interiores, ni fricciones con lo que había elegido y asumido.

Con razón al llegar al cielo se le habrá dicho *"siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor"*.

SU PREOCUPACION POR LOS POBRES Y LA JUSTICIA

Don Manuel sostenía que la Iglesia debe ser de los pobres , aspecto *"esencial"* de la Iglesia peregrina en la tierra. Amaba a los pobres y los quería con ternura. Sabía interpretar la vida y no pasaba indiferente frente a las tragedias humanas. Como se ha escrito sobre San Francisco, se puede decir de Don Manuel *"era un brote permanentemente abierto"*.

En el año 1960, en el aniversario de la Independencia de Chile, escribe: *"Nuestro deber hoy para con Chile nos exige la defensa de la personas humana, la instauración de la economía orientada no hacia el lucro, sino hacia la satisfacción de las necesidades de todos los hombres, el respeto a la dignidad del trabajo en su hondo sentido humano y sobrenatural, la conciencia aguda de que no vivimos el Evangelio mientras no rodeemos al trabajo del obrero y del empleado de la consideración que merece, la visión cristiana de una civilización orientada no hacia el "tener más", sino hacia el "ser más"."*

93

Había silencios, etapas de temporales y tiempos tranquilos. Había alegría y ternura. Lo social, como ya está escrito, era importante para él y fue un obispo social y no asistencial como puede percibirse en algunas personas de Iglesia. Por eso sostenía que quienes no pagan salarios justos están en pecado mortal. En la predicación del Cardenal Silva, al cumplirse diez años de su muerte, está muy bien destacado este aspecto.

Tenía amor a los pobres y en su maravilloso artículo *"el crucifijo luminoso"*, de Julio de 1950, se puede vislumbrar algo de este interés y cariño por los más débiles.

Algunos fragmentos:

"Hace dos días llegó al Obispado un hombre a pedir limosna. Llegan tantos, Pero este era diverso a otros. Demacrado, color ce-trino, vestido pobre, limpio en su miseria. Me contó su caso. Tuberculoso, hace dos años que ya no trabaja. Casado y con dos hijos.

La mujer trabaja en... (mejor no digo dónde) y gana... doscientos pesos mensuales.

No pedía limosna. Contaba su caso con tal expresión que yo no dudé de su veracidad.

Me dejó su dirección.

Ayer fui a verlo en compañía del párroco a quien corresponde ese barrio. Recorrimos a pie esa población. No se podía hacer de otro modo. A pesar de estar habituados a visitar esos barrios, ese sector me impresionó profundamente. Ahí vive nuestro pueblo. Perdónenme, pero a fuerza de ser sincero debo decir, ahí se consume nuestro pueblo.

Después de muchas preguntas y dar vueltas, nadie conocía al hombre que buscaba, tres chiquillos listos me trajeron el dato donde "vivía". Confieso, tuve que vencerme para no echarme a llorar. En una pieza de dos metros por dos (no exagero) había dos niños: una niña de nueve años y un chico precioso de dos. Un poco de carbón encendido en el suelo, tres "pilchas" (tampoco exagero) colgando de unos clavos y por lecho para los cuatro... un poco de aserrín sobre el suelo húmedo y nada más.

Digo mal, había "algo más". Cuando me retiraba con vergüenza de cristiano y de chileno en el rostro y con lágrimas en los ojos, el hombre dijo a su chica: Muéstrale al "Dueño de casa" y la chica desclavó de la pared un pequeño crucifijo: "es luminoso", me añadió, con una sonrisa de inmensa satisfacción. Era lo único que poseían.

Sí; es luminoso, pensé. Pero no con fosforescencia de una sustancia química, sino con una luz más íntima. En las terribles noches de invierno el pobre tuberculoso botado sobre el aserrín, con su mujer y sus hijitos, sentía su luz invisible y sin conocer los versos de Víctor Hugo al Crucifijo, los vivía:

"Los que sufrís, venid a este Dios, porque Él sufre. Los que lloráis, venid a este Dios, porque Él llora".

Y también para mí ha sido luminoso".

EL OBISPO LARRAIN Y LA ACCION CATOLICA

Varios años después de la ordenación sacerdotal de Manuel Larraín, se creó la Acción Católica en Chile, fue en el año 1932. Se trata de la participación de los laicos en la vida apostólica de la Iglesia, porque Iglesia clerical no es Iglesia, y una Iglesia totalmente laical tampoco es Iglesia. Sacerdotes y laicos se complementan para mostrar el rostro verdadero de la Iglesia.

El Papa Pío XI, escribió que *"los apóstoles de los obreros serán los obreros"* o sea que cada grupo o clase social debería asumir la tarea de evangelizar al contexto en el cual se vive.

Se buscaba así superar la tendencia paternalista de proteger a los obreros y campesinos. Así, la congregación llamada *"Las Damas Protectoras del Obrero"* quedó sin apellido para continuar con su acción apostólica.

Fueron naciendo las iniciativas y Don Manuel vio nacer *"las boinas blancas"*, como se llamaban a las jóvenes de la Acción Católica Juvenil que siempre usaban este atuendo. Vio nacer la Juventud Obrera Católica (JOC) y estaba muy de acuerdo en que los sacerdotes Rafael Larraín y Carlos González se dedicaran por tiempo completo a este trabajo iniciado en 1946.

Después de las dificultades, en el año 1944, entre el Padre Hurtado y el Obispo Salinas, que significó la marginación del Padre Hurtado de la juventud de la Acción Católica, la Iglesia designó a Don Manuel asesor nacional de la A.C. desde 1952 hasta 1962. El Episcopado de Chile buscó su mejor carta y Don Manuel asumió con cariño y entusiasmo esta asesoría de la Acción Católica en la cual él creía y tenía confianza. En 1957, en el Segundo Congreso Apostólico seglar, hubo tres importantes conferencias, la del Arzobispo de Milán, quien después fue Pablo VI, la de Manuel Larraín, sobre la espiritualidad del laico y la de Monseñor Philipps, quien después redactó el documento sobre la Iglesia, en el Concilio Vaticano II. Es una muestra del prestigio y respeto que había por el Obispo de Talca.

Pasaron los años y la Acción Católica sufrió sucesivas crisis y fue muriendo lentamente hasta desaparecer. A través del tiempo fueron surgiendo conflictos y trizaduras. El obrero desea dejar de ser obrero y quien pertenece a la clase media desea subir sus niveles sociales y económicos. Se ha insistido en un sano orgullo por pertenecer a determinadas clases sociales, pero la verdad es que la permanente movilidad de las personas, de las familias y de la sociedad hace poco realista esta sugerencia.

No se trató sólo de un problema sociológico y había una pedagogía interesante con una presencia explícita de Jesucristo en las personas y en los diversos movimientos, pero la crisis de fondo de la Acción Católica aún no ha sido bien explicado.

La realidad suele ir por caminos diferentes a la lógica y la Acción Católica, al fallecer Don Manuel en 1966, prácticamente no existía, con excepción de AMAC y MFC y tal vez otros movimientos menos conocidos.

La Jerarquía asumió lo sucedido para buscar otros caminos. Fueron las comunidades de base, y *"la pastoral de conjunto"* para lo cual el Obispo Larrain trajo grandes expertos franceses, el Padre Motte y el canónigo Boulard. El curso de los tiempos presentó los rostros de los diversos movimientos y espiritualidades que hoy día florecen en la Iglesia. (Opus Dei, Schönstatt, Cursillos, Neo Catecumenado, Legionarios de Cristo, Carismáticos, etc.).

La muerte de la Acción Católica fue una realidad mundial y sus causas hasta ahora no han sido bien interpretadas.

Quedan nostalgias y recuerdos, pero la vida apostólica va por otros caminos. Las instituciones pastorales nacen, crecen y mueren. Así lo entendió Don Manuel, quien a pesar de ser uno de sus promotores, aceptó esta realidad buscando nuevos horizontes para los tiempos que se veían llegar.

El 18 de Agosto de 1952 fallece el Padre Hurtado, quien fue alguien muy importante en la vida de Manuel Larrain. Era su amigo y su consejero. Alberto Hurtado se entregó por entero al servicio sacerdotal y su vida fue *"una visita de Dios"*, como dice Don

Manuel el 19 de Agosto de ese año, en su predicación de despedida en la Iglesia de San Ignacio.

El leyó la oración fúnebre, que seguramente había escrito y madurado en los meses que el Padre Hurtado sufría de cáncer al páncreas. Tal vez es la mejor predicación de Don Manuel y muestra a un hombre madurado por los años, sumergido en la tristeza, con una fe y una capacidad muy grande de irradiación. Yo estaba en ese funeral y fue algo muy extraordinario. Al salir de la Iglesia, una cruz de nubes brilló en el cielo despejado. Era la entrada al cielo de un hombre santo.

El 8 de Octubre de 1958 fallece el Papa Pío XII y es un momento difícil para la Iglesia porque no se veía quién podría sucederlo. Providencialmente, los cardenales eligen Papa a Juan XXIII. Es un nombramiento inesperado e insólito, pero por ese hombre santo llega la respuesta de Dios para animar una situación de perplejidad. Juan XXIII, Angelo Roncalli antes de asumir el Pontificado, es el Papa de las sorpresas y de las respuestas inesperadas. La mayor de ellas será el llamado o convocatoria para realizar el Concilio Vaticano II.

97

Antes del inicio del Concilio fallece, en Diciembre del año 1959, el Cardenal de Santiago, Monseñor José María Caro. Un hombre santo y cercano a los pobres.

Se presentó el problema de la sucesión del Arzobispado de Santiago. Don Manuel Larraín era un posible sucesor. Él escuchaba los comentarios y no deseaba llegar al Arzobispado de Santiago. No le interesaba subir, además quería entrañablemente a Talca en donde se había forjado su vida. En la carta, ya citada en este libro, escribe *"no me creo llamado para ese cargo"*. Después de tiempos difíciles de expectación y de rumores que creaban un ambiente tenso, el 23 de Mayo de 1961, el Vaticano designó a Don Raúl Silva Henríquez para Arzobispo de Santiago. Don Raúl era Obispo de Valparaíso. Después fue nombrado Cardenal y tuvo gran relevancia en la defensa de los derechos humanos durante el Gobierno del General Pinochet.

EL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II es la continuación del Concilio Vaticano I que se había iniciado en 1870 y que fue interrumpido por la guerra desatada en Europa con algunas invasiones bélicas en Italia.

Manuel Larraín entró con todo su corazón en la preparación del Concilio y desde 1962 hasta 1965 vive intensamente esta realidad eclesial que marcará la historia de la Iglesia por muchos años.

El Concilio fue anunciado en 1958 y en muchos sectores había pocas esperanzas de abordar los grandes problemas. La Historia recuerda los malos momentos del Concilio Plenario de América Latina celebrado en el año 1889, en la ciudad de Roma. Allí, según algunos cronistas, hubo muchas ceremonias y los resultados fueron pobres. Los documentos habían sido casi todos previamente elaborados por la Curia Romana y sólo se adoptaron algunas decisiones de menor importancia sobre liturgia y derecho canónico que debían ser más acogidas en el Continente.

A pesar de los prejuicios, el Concilio logró convocar a la Iglesia Católica de todos los lugares de la tierra con una asistencia de 1600 obispos. Larraín se destacó por su interés, por su inteligencia y por su gran carisma de fraternidad que lograba unir y acercar a los obispos de todos los continentes. Personalmente intervino tres veces para presentar *ponencias*.

La primera intervención sobre *“la función profética del Pueblo de Dios”* fue presentada en nombre de 70 obispos, en Octubre del año 1963. En el año siguiente, 12 de Octubre de 1964, presentó su ponencia *“sobre el apostolado de los laicos”* y la tercera ponencia se refiere a la liturgia. Posteriormente, en 1965, en nombre de todos los Obispos Latinoamericanos, en su calidad de Presidente del Celam, entregó un voto de confianza a Pablo VI en el debate sobre el celibato sacerdotal.

Más que escribir documentos, el gran trabajo del Obispo Larraín fue acercar al Episcopado y ayudar en las inevitables ten-

siones episcopales. Allí desarrolló su gran carisma de la fraternidad y fue puente de unión para muchos.

Es valioso el testimonio de un Obispo del Perú, quien relata el rol del Obispo Larraín. Se iniciaba el Concilio, hubo gran malestar porque el Vaticano se había adelantado y tenía algunos temas ya preparados. Fue una tensión difícil y esta realidad la descubre con claridad el obispo peruano:

"Al inaugurarse el Concilio, Don Manuel desempeñó un papel primordial cuando, a pedido de los cardenales Lienart y Frings, se retrasó la designación de las comisiones con el fin de que los padres conciliares pudiesen conocerse. El gran bloque Latinoamericano, que contaba con más de 600 prelados, estaba desarticulado por la suspensión de las reuniones del CELAM. Los representantes de los episcopados Centro-europeos tomaron contacto con Don Manuel para presentar una lista conjunta de candidatos; éste, en una noche de intenso ajeteo, junto con Don Helder Cámara y con Ramón Bogarín, hizo gestiones inútiles para reunir al CELAM, pero en cambio, obtuvo de Don Raúl Silva, Presidente de la Conferencia Episcopal Chilena, que invitase a los Presidentes y Delegados de los otros Episcopados del continente. Debido a la gestión incansable de los tres (Larraín, Cámara y Bogarín) y a la decisión del Cardenal Silva, pudimos presentar la lista de candidatos Latinoamericanos que, apoyada por los Episcopados de otros continentes, alcanzó mayoría de sufragios". Esta votación le dio otro giro al Concilio y se entró en un clima real de participación y de creatividad de todos.

Más adelante el mismo obispo escribe:

"Allí se descubrió, con toda nitidez, la íntima, aunque a veces escondida, unidad Latinoamericana, dado que todos trabajamos por las necesidades continentales sin prejuicios nacionales. Esa magnífica coordinación subsistió a lo largo del Concilio, siendo el alma y ejecutor de ella Don Manuel, quien, en la misma Basílica de San Pedro, saludaba a uno, bromeaba con otro, daba un consejo, esclarecía alguna duda, invitaba a una reunión y estaba vinculado con el Episcopado universal, pues su figura menuda y ágil encarnaba a todo el Continente. Sus intervenciones, pocas en número, fueron siempre escuchadas con atención y respeto. Durante los años con-

ciliares la imagen de la Iglesia en América Latina estuvo representada por el Obispo Larrain. Esto se apreció en el viaje que un grupo de obispos hizo a Taizé, invitado por el pastor Roger Schutz, para encontrarse con universitarios de nuestros países que estudiaban en Europa. De todo el equipo, indiscutiblemente la representación continental la tuvo y la ejerció el Obispo Larrain".

América Latina avanzó en su participación en la Iglesia Universal y se rompieron algunos prejuicios, porque es sabido que algunos europeos miran con reticencia a los latinoamericanos y los llaman hasta hoy día "los sudacas" en señal de desprecio.

Obispos como Don Manuel Larrain mostraron que en América Latina había excelente calidad humana e intelectual, lo que ayudó a dar un paso importante a la Curia Romana hace más internacional, porque en esos años sólo existían obispos y sacerdotes europeos, especialmente italianos, en el Gobierno de la Iglesia.

100

En este Concilio hubo armonía y respeto, mayor comunicación con el Papa, sucesor de Pedro. Trajo un ambiente de esperanza y se habló por muchos años de esta "Primavera de la Iglesia". No hay duda que allí hubo una acción directa del Espíritu Santo, el alma de la Iglesia. Había llegado aire fresco, se habían abiertos las ventanas, la liturgia se celebró en el idioma de cada país y sobre todo se restableció a la Iglesia como Pueblo de Dios en la cual los obispos y sacerdotes deben ser servidores de ese Pueblo, dejando de ser dueños o patrones de todo lo sagrado.

Los frutos serán reconocidos a largo plazo. Habrá alzas y bajas; pero allí pasó la gracia del Espíritu Santo y la protección de María fue bastante evidente.

Don Manuel Larrain tuvo tiempos de gloria. Al regresar de la primera sesión predicó al clero de Talca y les dijo: "*Vidi Ecclesiam*" (He visto a la Iglesia). Seguramente percibió con mayor profundidad, la grandeza, y la sabiduría de la Iglesia, la que a veces parece ser opacada por las limitaciones y los pecados que cometemos los cristianos.

Una anécdota: al finalizar el Concilio, Don Manuel sufrió un alza de presión. Según sus amigos obispos, la causa estaba en que había terminado el Concilio y a él le faltaba un obispo por conocer personalmente. ¿Será verdad?

Durante los años del Concilio y en los años siguientes, sigue siendo un viajero y así se dice en el diario local *"de paso por la ciudad de Talca el Obispo Larraín"*. En uno de sus viajes, en Julio de 1961, ordena a un grupo de sacerdotes schoenstatianos en Suiza. Uno de ellos era Francisco Javier Errázuriz, actual Arzobispo de Santiago y Presidente del Celam. Por esos años Don Manuel recibe gran apoyo de los sacerdotes de Talca entre los cuales se destacaron Alejandro Jiménez, Sergio Torres y Mario Molina.

EL PADRE VOILLAUME Y LA FAMILIA DE FOUCAULD

101

En la mitad del siglo XX, mucho antes del Concilio Vaticano II, aparecieron en Francia *"los Hermanitos de Jesús"*. Seguían los pasos del Padre de Foucauld, un teniente francés convertido al catolicismo que fue sacerdote y falleció asesinado en África por Sermi Og Thora, de la tribu de los Simusi, el 1° de Diciembre de 1916. Dejó *"sus escritos espirituales"* y después pasó al olvido quedando el recuerdo de un hombre bueno e idealista que había buscado a Dios en forma radical.

Años después, estos escritos y esta espiritualidad fue asumida por un grupo de sacerdotes franceses. La cabeza será René Voillaume, sacerdote diocesano de París. De allí nacieron en 1933 los Hermanitos de Jesús y en 1939 su rama femenina.

Estos hombres y mujeres, guiados por el Padre Voillaume, han entregado una manera radical y absoluta de vivir el Evangelio. Son contemplativos y trabajan en las fábricas, insertados en los barrios y viven para amar al *"Señor Jesús"*.

El Padre Voillaume escribe un libro clásico, uno de los grandes textos del siglo XX y muestra un modo de vivir la fe en forma renovada. Se trata del libro titulado *"En el Corazón de las masas"*.

Manuel Larrain, Alberto Hurtado y muchos otros, comprendimos el gran valor de esta espiritualidad que iluminó sus vidas y abrió perspectivas nuevas.

Actualmente la familia de Foucauld se ha extendido a laicos, sacerdotes, religiosas y tiene diversas congregaciones y asociaciones en todo el mundo.

Manuel Larrain, en sus viajes, alcanza una profunda amistad y sintonía con René Voillaume. La espiritualidad de los Hermanitos de Jesús entró profundamente en este obispo abierto y receptivo. Esta amistad se acrecentó con los años y Larrain prologó la edición española del libro *"El corazón de las masas"*, un libro que necesita ser estudiado y asimilado por quienes trabajan en la vida del espíritu.

Don Manuel escribió en el prólogo:

"Sobre la masa anónima del proletario moderno flota, como sobre la informe masa del Cosmos primitivo, el Espíritu Santificador".

"En sus agitaciones, angustias y rebeldías, busca, sin saberlo quizá, aquel "suplemento del alma" que ha de animar el mundo de la técnica y del trabajo manual".

"Darte a ese mundo su alma; hacerlo ver el rostro de Dios que anhela; mostrarle un mundo nuevo donde la visión evangélica de la vida lleve a aquella unidad que las filosofías materialistas no han sido capaces de darle".

"En sus páginas encontramos vibrante el ideal que llevara a Charles de Foucauld al desierto y el que lanzara al autor de este libro y Fundador de la Congregación, Padre René Voillaume, al apostolado admirable que las Hermandades están realizando callada y hondamente en la Iglesia".

"En un mundo que siente como llaga viva la miseria proletaria, los Hermanitos y Hermanitas de Jesús, han venido a encarnarse en los problemas, dolores e inquietudes de ese proletariado. A ser pobre como los pobres, perteneciendo plenamente al mundo social a que ellos pertenecen. A situarse, como bien lo expresa el título del libro, en el corazón de las masas".

El libro "En el corazón de las masas" viene a traer la respuesta cristiana a la inquietante angustia del mundo proletario y a dar sentido cristiano a los grandes valores que en ella se encuentran.

Y es ésta la primera nota del libro que prologamos. Si bien su título es "En el corazón de las masas", podría igualmente con propiedad titularse "En el corazón del Evangelio".

Esa presencia en el corazón de las masas lleva una característica primera; está cargada de vida sobrenatural. Brota de la contemplación. En esos ambientes que la técnica y la miseria han materializado, los Hermanitos de Jesús traen el germen renovador de la plegaria. Son "los permanentes de la oración", los delegados de esa masa anónima ante el "Padre que ve en lo secreto" del corazón.

Un espíritu y un método. He aquí lo que el libro ofrece. Si el espíritu brota de la contemplación, el método no es otro que el vivir el misterio de Nazareth. Son los medios pobres de la humildad, pobreza y abyección, los que constituyen la forma misma de la vida religiosa de las Hermandades, el secreto de su vida espiritual y el ideal que inspira toda su actividad apostólica.

La lengua española se enriquece en esta traducción con una de las obras maestras de espiritualidad de nuestro tiempo.

En sus páginas meditaremos una vez más la imponderable eficacia de la plegaria intensa, de la inmoción silen-

cosa, del morir fecundo. Ellas nos repetirán en acentos actuales las eternas enseñanzas evangélicas de "la óptima parte", de la contemplación y "del caer del grano de trigo en el surco para morir y fructificar".

El libro despertará inquietudes. Más de alguno, al recorrer sus páginas, revivirá, quizá, sin conocerla, la página de Jean Giono: "Cuando la miseria me asedia, yo no puedo calmarme bajo un murmullo de genio. Mi alegría no permanecerá mientras no sea la alegría de todos. No quiero atravesar las batallas con una rosa en la mano".

El libro hará sentir la perpetua paradoja cristiana: estar en el corazón de las masas y en el corazón de Dios.

El mensaje de Charles de Foucauld, que el Padre Voillaume nos entrega en estas páginas, es un gran llamado de Dios a nuestro tiempo."

La amistad se mantuvo hasta la muerte de Don Manuel. El año 2003 falleció el Padre Voillaume y en su testamento expresa muy bien el pensamiento de Don Manuel:

"Y, yo estoy aquí Jesús, en el término de mi vida. Más que nunca deseo de amarte en el Santo Sacramento. He pecado mucho durante mi vida, muy a menudo he sido infiel a mi vocación, no siempre he podido defenderme de los múltiples atractivos del mundo que captaban mi curiosidad y me daban otras preocupaciones, en lugar de acordarme de tu Presencia. Sin embargo, creo que siempre he mantenido mi fe viva en la soberana realidad de tu presencia en el misterio de tu Eucaristía. Tú lo sabes Señor, como lo conoces también el sufrimiento que yo tengo cuando constato que el Sacramento de tu humanidad sagrada, la Presencia de tu Cuerpo y de tu Sangre son tratados con ligereza, sin signos de respeto y de adoración. Se trata, sin embargo, del más grande Misterio que pueda existir en la tierra entre todas las cosas creadas. Es el misterio del Santo Sacrifi-

cio y de la manera en que su celebración hace presente tu dolorosa Pasión, "cada vez que se celebra este sacrificio en memorial, es la obra de la Redención la que se cumple."

Señor, tú sabes hasta qué punto he sido frecuentemente perturbado a este respecto. He estado turbado porque no llego a aceptar la manera como a veces son tratados estos misterios divinos. Estoy preocupado por la supresión de la mayor parte de signos exteriores y aún de los ritos litúrgicos que expresan el carácter sagrado infinitamente adorable del Sacramento del Altar. Así el misterio invisible de este Sacramento, ya no es visiblemente manifestado en el mundo de los sentidos, que es sin embargo el nuestro. Yo no quiero juzgar a los cristianos que piensan que se pueden dispensar de observar las reglas litúrgicas y sin embargo yo persisto en pensar que la supresión de estos signos sagrados que rodean y guardan de la Eucaristía en el Tabernáculo y su celebración litúrgica, esta disminución o supresión sólo favorece la tibieza de nuestra fe.

Perdón Señor, si yo me equivoco. Pero, amo de tal manera tu Sacramento. Te quiero confiar una tristeza, oh Jesús, y no puedo sino suplicarte, la gracia de permanecer testigos fieles amantes de la Eucaristía —en el medio del mundo— y de las corrientes de pensamientos contradictorios que atraviesan a la cristiandad.

Esta es la última gracia que me atrevo a pedir. Que tengan todos una fe de niños, la que permite tener el alma invadida por este gozo inefable que es tu gozo Jesús, y que sale de la contemplación de las maravillas de tu Reino. Delante tu presencia en la Hostia consagrada, el niño se maravilla y entra en el misterio, mientras que el adulto está tentado de buscar comprenderlo por la razón y lo reduce así a la medida de su inteligencia natural. Ninguna inteligencia humana, ninguna teología, es capaz de penetrar un misterio que afecta hasta la dimensión misma del misterio de la Encarnación de un Dios y su prolongación de nuestra historia.

Señor Jesús, un día tu diste gracias a tu Padre de haber escondido estos misterios del Reino a los sabios y prudentes y de haberlos revelado a los pequeños. Haz Señor, que nosotros estemos entre tus pequeños...!

Señor, me queda poco tiempo para vivir en esta tierra, y quisiera, a pesar de todo y por encima de todo llevar de mi corazón hacia ti, en un inmenso canto de alabanza y de acción de gracias por todos los dones que he recibido de ti, como de la misma vida."

LA CRISIS SACERDOTAL:

Entre 1965 y 1968 durante el servicio pastoral de Pablo VI, quien sucede a Juan XXIII, se firmaron las primeras dispensas del ejercicio sacerdotal. Era un paso doloroso y de grandes repercusiones. Hasta esa fecha el sacerdote que dejaba el ministerio quedaba excluido de la vida sacramental y era considerado un leproso maldecido por la Iglesia.

Las autoridades de aquellos años asumieron que había numerosos sacerdotes que no vivían felices en esa vocación a la cual creyeron ser llamados. En otros casos, tal vez había hechos que hacían incompatible el sacerdocio con una persona que no podía vivir bien el celibato. Había problemas de fe, de cansancio. Es muy difícil entrar a juzgar la conciencia de una persona, pero lo real es que el problema estaba latente y no abordado.

Se abrió una puerta y fueron varios miles los sacerdotes en el mundo que pidieron la dispensa, sabiendo que el sacerdocio es un sacramento indeleble; pero deseaban liberarse del voto del celibato y de sus tareas sacerdotales.

Se habían acumulado por muchos años grandes angustias y había tensiones difíciles. Muchos eran hombres generosos, bien intencionados, de grandes valores, pero el sacerdocio no era para ellos.

Un sacerdote sin amor y sin alegría es un contrasentido y al afrontar esta realidad la Iglesia dio un paso de esperanza para quienes vivían este camino como un lastre imposible de llevar. Arrastrar o soportar un sacerdocio hace mucho daño.

El problema es mucho mayor que el celibato. Se trata del grado de fe en vivir para toda la vida en un camino que, según el Evangelio, *"es imposible para los hombres; pero es posible para Dios"*.

El sacerdote debe vivir su ministerio *"in persona Christi"*, en la persona de Jesús, y así puede consagrar, bautizar y perdonar, pero eso significa vivir con paz y alegría este sacramento que es un regalo de Dios, sobre todo si es bien llevado.

Uno de los mayores sufrimientos de un obispo es que un sacerdote deje su ministerio. Existe una paternidad y la frustración episcopal es grande. Don Manuel, con su gran sensibilidad y su cariño por los sacerdotes, sufrió de una manera mayor. Anteriormente se habían producido abandonos del ministerio, como el caso del párroco de un lugar lejano. Al producirse este abandono del ministerio llegó al Obispado de Talca el siguiente telegrama *"ayer se casó el cura, manden otro"*. Sucedió hace muchos años y tal vez por eso Don Manuel predicó en un retiro *"Donde ha habido un escándalo sacerdotal, parece terreno maldito"*. De hecho esa parroquia jamás se ha recuperado y está marcada por lo estéril. El Obispo Larraín tenía la razón. Lo que sucedía ahora era diferente. No era un caso aislado y en esos años casi desapareció una generación sacerdotal.

107

La crisis se paralizó, de hecho, en el Gobierno Militar del General Pinochet en el cual no hubo abandonos del ministerio. Reapareció esta crisis en forma suave con la llegada a la Democracia...

¿Qué explicación tiene esta disminución de las crisis sacerdotales?

La Iglesia en el Gobierno Militar se ve más comprometida por la defensa de los derechos humanos, lo cual hace el trabajo sacerdotal más atrayente. La Iglesia adquiere un carácter más protagónico

en el país y esa realidad es fácil que entusiasme a muchos. Pero ese argumento es muy débil porque en todos los países esta crisis se detuvo en igual forma ya que se había superado la confusión que atravesaba la Iglesia en la mayoría de los continentes.

En sus últimos años el Obispo Larraín estaba muy preocupado por la crisis sacerdotal. Muchos veces lo conversó conmigo, siendo yo Rector del Seminario de Santiago. Pude ver cómo sufría. Era su mayor inquietud; ahora, desde el cielo, su mirada será apacible y serena.

Don Manuel, y quienes hemos trabajado en los Seminarios, sabemos lo complejo que es la formación de los futuros sacerdotes. El mundo ha cambiado y los métodos de formación siguen inalterables. Tal vez ha predominado lo intelectual en una sociedad que vive más de imágenes que de conceptos.

No se había producido la difusión masiva de la televisión y de Internet, pero en ese tiempo la tarea en los Seminarios era extremadamente complicada. Parece ser una realidad de siempre.

Actualmente los jóvenes son muy diferentes y tienen otros criterios y valores. Don Manuel no alcanzó a ver esta nueva realidad, pero como era visionario, ya estaba preocupado de ese tema.

Siempre faltan buenos sacerdotes y lamentablemente se perciben también que algunos sacerdotes no están en su verdadera vocación. Se quedan en el ejercicio del sacerdocio, tal vez, por miedo a dejar un refugio o por sentimientos de culpas mal asumidas.

"PADRE, AMIGO Y HERMANO"

Es conveniente reiterar que el Obispo Larraín fue el **Obispo de la fraternidad**, había aprendido a amar *"como"* Jesús. *"Creyó y caminó en el amor"*, como dice el Apóstol San Juan. Con su manera de ser, con su gentileza, con su gran cercanía a las personas logró crear puentes de amistad entre los obispos del continente. Era consultado por todos, en el Concilio Vaticano II fue un hombre providencial y unificante. Había entendido el precepto de la caridad lo cual lo hacía tolerante y respetuoso.

Su experiencia de Dios la había llevado a la fraternidad, al amor universal. Su vida de Eucaristía le ayudó a crecer en la gratuidad del amor, su cercanía con *"Los hermanitos de Jesús"* le hizo profundizar en lo Absoluto de Dios, o sea que nada es más importante que Dios y que hay que amarlo por El mismo y sobre todo las cosas.

En esta última etapa de su vida y con la madurez de los años, entregó el testimonio de un obispo fraternal con gran capacidad para aglutinar. Este trabajo fue algo silencioso, que vale más que los documentos y las reuniones. Esta realidad es una gran lección para todos. Su sentido de fraternidad era con todos, los santos y los mediocres. Los que pensaban como él y los otros. Esto requería un corazón de pobre y mucha humildad.

109

Así fue transcurriendo la vida episcopal de este gran Obispo. Supo lo que era la soledad pero estaba habitado por Dios.

Para vivir la fraternidad se necesita haberse encontrado consigo mismo y haber descubierto la identidad personal. Muchas equivocaciones nacen por la inmadurez de quienes no tienen identidad propia y trabajan en la formación de personas.

Don Manuel estaba maduro y se había encontrado con su verdad. Esto lo llevaba a vivir en fraternidad, con respeto y sin deseos de esa dominación que opaca y oprime a los que están cerca. Había fraternidad sin autoritarismo. Había fraternidad y no pose-

sión de las personas. Nunca quiso imponer sus ideas, no hubo arrebatos de carácter, ni golpes en la mesa.

La Iglesia pide al Obispo que sea *"padre, amigo y hermano"* de sus sacerdotes. Manuel Larrain vivió esta trilogía, fue amigo de los sacerdotes. Así vivió su episcopado con plenitud.

Siempre había sido un hombre de Eucaristía. Amaba la Santa Misa y proyectaba ese amor con mucha fuerza. Especialmente recomendaba un libro clásico *"El sacramento de la unidad"* que se refiere a la Eucaristía.

Don Manuel amó la Eucaristía y la Biblia aunque su formación bíblica debe haber sido algo deficiente. En sus años de preparación al sacerdocio la Biblia era respetada, pero no bien entendida. Más adelante, vino una nueva manera de interpretar la Biblia, pero fue muchos años después de su ordenación sacerdotal.

110 Tenía un gran cariño por la Virgen María y en 1960 realizó en la Diócesis de Talca *"la campaña del rosario familiar"*, para lo cual el Obispo Larrain invitó al carismático Padre Patrick Peyton, sacerdote norteamericano de grandes condiciones y con un inmenso amor a María. En el mismo día que finalizó la campaña se produjo el gran terremoto del año 1960; muchos cristianos se habían congregado en el frontis de la Catedral, lo cual hizo que se afirmara más aún el amor a la Virgen y al Rosario.

Este viajero permanente siempre leía poemas y repetía con frecuencia la poesía de Enrique González Martínez, de la cual he escogido algunos trozos:

*Sólo tres cosas tenía
para su viaje el Romero:
los ojos abiertos a la lejanía,
atento el oído y el paso ligero.*

*Cuando la noche ponía
sus sombras en el sendero
él miraba cosas que nadie veía,
y en su lejanía
brotaba un lucero.*

*En la noche y en el día,
por el llano y el otero,
aquel caminante no se detenía,
al aire la frente, y el ánimo entero
como el primer día...*

¿CUAL ES EL SECRETO DE MANUEL LARRAIN?

Durante muchos años he pensado en Don Manuel, he analizado su obra y he visto su huella. Me atrevo a decir que la explicación y el secreto de su vida se pueden resumir en una palabra: LEALTAD.

Un hombre leal con Dios

111

Dios fue su único absoluto y la razón de ser de su sacerdocio, de su vida episcopal y de su liderazgo social. Por amor y lealtad con Dios *"dejó a su padre, a su madre, a sus hermanos y dejó todas las cosas", "para seguir al Señor"*.

No se hizo sacerdote para buscar honores, o para utilizar la Iglesia con fines egoístas. Su decisión inicial al escoger el sacerdocio, fue con amor y lealtad.

El mismo decía, que era *"un romero de Dios"*. Quería conocer el rostro de Dios, y lo buscó toda su vida con amor, con alegría y con esperanza. Había nostalgia de Dios en su corazón.

Para llegar a ser hombre o mujer de Dios siempre habrá dos posibles caminos: algunos parten del hombre y así desean servir a los pobres, luchar por la justicia y por la dignidad humana y así llegan a Dios, si lo buscan con sinceridad. Otros parten de Dios, de una consagración total a El, y por ese camino descubren al hombre y el servicio a la humanidad.

Son dos caminos válidos que se pueden unificar y complementar. Don Manuel Larraín siguió el segundo camino y el amor a Dios lo llevó al amor y al servicio de los hombres.

En el funeral de su gran amigo el Padre Hurtado, mostró su propio retrato al decir: *"El apóstol es sobre todo el hombre del amor, el que no da su corazón a nadie para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo, para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón. El apóstol es el hombre, que bajo el amor del Padre de los Cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos, el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El apóstol es un cáliz que rebasa caridad"*.

Un hombre leal con la verdad y consigo mismo

Fue leal con la verdad, porque amaba a Dios y sufrió las consecuencias de ser verdadero.

112

Creó en la verdad que enseña Cristo, que somos todos iguales y que para Dios todos somos sus hijos. Luchó para que esa verdad se tradujera en realidad y dio grandes batallas por la justicia social, por la fraternidad universal, por el respeto a cada persona, sea quien sea.

Por amor a la verdad logró distinguir la diferencia entre una idea y una persona. Clarificó doctrinas, pero nunca atacó personas.

El Obispo Larraín se había aceptado a sí mismo, con todas sus limitaciones. Y así era capaz de pedir un consejo o recibir una opinión. Tal vez por esa razón llegó a una verdad muy profunda, despreciada por tantos poderosos. Esta verdad se llama la humildad de corazón.

Jamás jugó al personaje y no se disfrazó con ropaje ajeno. Fue Manuel Larraín, persona, cristiano, sacerdote y Obispo.

UN HOMBRE LEAL CON LA HISTORIA, CON LA PALABRA DE DIOS Y CON LA IGLESIA

Leal con la Historia

No vivió mirando el pasado con una mirada nostálgica de aquel que insiste en que *"todo tiempo pasado fue mejor"*. Tampoco vivió en un futuro de ilusiones o de esperanzas que no llegan.

Fue realista. Vivió el presente, sin olvidar el pasado; pero proyectándolo hacia el mañana.

En un período de grandes transformaciones y en medio de los temporales pudo vivir en paz, con serenidad, sin rehuir los problemas más profundos, buscando siempre los caminos de Dios.

No tuvo miedo a los cambios y estaba abierto a las ideas nuevas. Todo porque fue fiel a Dios y tenía amor a la verdad. Hombre leal a la historia de su País, con gran amor a su Patria, con un cariño inmenso a su familia y con la mirada abierta hacia el porvenir.

113

Leal con la Palabra de Dios

Sabía que la Palabra de Dios interpela y transforma la vida y, que cada vez que un hombre escucha esta Palabra, habrá cambios fundamentales en lo más profundo de su ser.

No hizo componendas para suavizar el Evangelio, porque había entendido que el lenguaje de Cristo es claro, tajante y sin ambigüedades. Sabía que su lenguaje es un *"sí"* o es un *"no"* y que el cristiano, si quiere ser verdadero, no puede ser falso diplomático.

Leal con la Iglesia de Cristo

Trató de servir generosamente y con verdad. Veía la parte humana, a veces de pecado que existe en todos los hombres, y logró darse siempre al servicio de la Iglesia.

Jamás utilizó la Iglesia para intereses personales, o mezquinos y trató de que nunca la Iglesia fuera utilizada o disminuida.

Fue extraordinario porque tenía esa inmensa cualidad que se llama LEALTAD.

CAPITULO VI



Presidente del Celam

EL CELAM Y LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL OBISPO LARRAIN

Un día, en el año 1960, llegó a ver a Don Manuel, su Obispo Auxiliar quien venía de visitar un lugar apartado de Talca.

Le traía saludos de un campesino quien antes le había preguntado: "*¿Todavía vive ese ancianito Don Manuel Larrain?*". Lo tomó con el humor acostumbrado, aunque poco después me pidió que le avisara cuando yo creyera que debía renunciar a la Diócesis. Dos veces al año me preguntaba si había llegado su tiempo. Yo le respondía que debía seguir en su misión y era para él un alivio. Él expresaba con bastante humor "*Carlos González es el único que me va a decir la verdad*". Aún no se había establecido la norma que los obispos deben renunciar a los 75 años.

117

Don Manuel tenía vigencia por muchos años. Había tenido intervenciones importantes: en 1947 sobre la vida política, en 1962 por la Reforma Agraria. Ahora era uno de los fundadores del Celam, desde 1955. El "*ancianito*" tenía grandes capacidades y así lo demostró una vez más al ser el alma y corazón del Celam.

Antecedentes históricos previos al Celam

En 1492, fecha del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, se inicia el gran dominio de Europa sobre nuestro Continente. Los europeos eran los dueños de América y vivimos siglos gobernados por españoles, ingleses, portugueses, franceses y holandeses.

Había tensiones y a través de los años se van produciendo movimientos en búsqueda de autonomía e independencia. Al iniciarse el siglo XIX se producen los estallidos de Independencia y nacen las repúblicas en toda América Latina. En Chile se realiza la Primera Junta Nacional del 18 de Septiembre de 1810 y esa fecha es recordada como el día de la Independencia del país.

Se crean Repúblicas y Gobiernos nuevos, con éxitos y fracasos y aunque en la Iglesia Católica, existen anhelos de mayor libertad y autonomía, no hubo grandes modificaciones por existir una autoridad eclesial mucho más clara que la autoridad de los gobiernos civiles que, con frecuencia, está marcada por ambiciones de poder y no de servicio.

En 1889, en Roma se realiza el primer Concilio Plenario de América Latina fuertemente criticado por algunos historiadores. Mucha solemnidad y resultados más bien pobres. Sus debates no se centraron en la problemática de los países, los trabajos fueron casi todos elaborados por la Curia Romana y las decisiones se limitaron a ciertas explicaciones del Derecho Canónico, a disposiciones morales y de rúbricas en la Liturgia.

El Episcopado Latinoamericano vivía sin mayor relación formal entre los obispos; aunque habían algunos contactos. Los Congresos Eucarísticos reunían a Obispos y católicos de diferentes países y muchos obispos latinoamericanos que habían sido compañeros de estudios en Roma, intercambiaban experiencias e impresiones sobre las realidades de sus diócesis.

Llega el siglo XX y las realidades religiosas y sociales se van modificando. Aparecen las corrientes marxistas y socialistas que hacen reflexionar en forma más ágil y conflictiva.

En Chile, algo jamás pensado, algunos católicos expresan con insultos su rechazo al Internuncio apostólico, Monseñor Enrique Sibilia, representante del Papa Pío X por creer que intervenía demasiado en la vida de la Iglesia local. El Nuncio deja el país después de ser humillado. Fue en 1913, en el Gobierno del Presidente Juan Luís Sanfuentes. Al representante del Vaticano le robaron su sombrero que en esos años se llamaba "teja" en el lenguaje eclesiástico. En 1925, el Estado de Chile se separa de la Iglesia Católica y ese paso, aparentemente pequeño, traerá grandes consecuencias. Ya los obispos no son propuestos por el Gobierno chileno y la libertad de la Iglesia se va expresando con matices diferentes.

La integración de la Iglesia Latinoamericana no nació en las jerarquías de estos países sino que comenzó con la coordinación de los movimientos de laicos de organización internacional (JOC, Universitarios, Empresarios y Acción Católica General) y el estudio de ciertos problemas urgentes: las Semanas Sociales del Uruguay especialmente la VII en 1952, y el Congreso de la vida rural en Manizales, Colombia en el año 1953, son algunos ejemplos.

Algunos Obispos participan o son promotores en estos encuentros de la Iglesia Latinoamericana. No era la expresión de la mayoría de la Iglesia de este Continente, sino de pequeños grupos que estaban a la vanguardia.

Nuestra Iglesia Católica no pretenderá jamás la separación del Papa y del Colegio de los Apóstoles. Dejaría de ser la Iglesia Católica. Esta unidad es la que le da la mayor fuerza al catolicismo a diferencia de otras religiones que siempre viven amenazadas por el fantasma de la división.

Lo que es posible y necesario es una relativa autonomía, no en los dogmas o en la doctrina, sino en las estructuras y en los esquemas de evangelización.

En **1955** después del Congreso Eucarístico Internacional en Río de Janeiro, los numerosos obispos asistentes se reúnen y por solicitud del Vaticano, abordan un tema sugerido por Roma: el clero y la vida sacerdotal en América Latina.

De esa reunión nace la *"Conferencia Episcopal para América Latina"*, (CELAM) lo cual fue confirmada por el Papa Pío XII al finalizar ese año. Entre Julio y Agosto de 1955, los obispos reunidos eligen a Darío Miranda, Arzobispo de Méjico, Presidente del Celam y a dos Vicepresidente: Helder Câmara y Manuel Larrain. En 1964, el Obispo Larrain es elegido Presidente del Celam.

No era ninguna novedad que en el Continente Latinoamericano, en su gran mayoría católico, existían problemas graves de injusticia social. Se ha dicho que América ha sido muy pasiva en la aplicación real de la Doctrina Social de la Iglesia.

La Iglesia de América Latina no pide ni piensa en la independencia o autonomía al estilo de las Repúblicas de América. El católico reconoce la dependencia del Papa, sucesor de Pedro y acepta que existe *"una sola fe, un solo bautismo y un solo Señor"*. La unión con Roma es problema de fe y no de orden político.

La creación del Celam responde a los anhelos episcopales de mayor unidad en el continente y también a la búsqueda de alguna relativa autonomía del Vaticano que durante siglos había sido orientado por sacerdotes y obispos europeos.

La Independencia política había sido un hecho político irreversible, pero en lo eclesiástico las modificaciones eran escasas con excepción de los nombramientos episcopales que ya no dependían de los Gobiernos respectivos. En Chile hubo Concordato entre la Iglesia y el Estado hasta 1925 y después los gobernantes dejaron de tener intromisión directa en estos nombramientos.

En 1964, Don Manuel Larrain es elegido Presidente del Celam y crece el rostro de un obispo visionario, internacional y viajero que intentando abordar los grandes problemas de un continente que *"reza a Jesucristo y habla en español"*, con grandes tensiones entre los cuales se destaca la enorme responsabilidad de quienes son pasivos y no saben o no quieren enfrentar la realidad.

En 1955 los obispos declaran: *"Muchos de los habitantes de América Latina y especialmente los trabajadores del campo y la ciudad, viven todavía en situación inhumana"*...

"... De un modo especial observamos la honda y rápida transformación que sufren las estructuras sociales de América Latina a causa del intenso proceso de industrialización que se inicia y la necesidad que el pensamiento cristiano, tan a menudo ausente de ellas, las informe y anime..."

TENSIONES ENTRE EL VATICANO Y EL CELAM

En 1958, o sea tres años después del nacimiento del Celam, se crea en Roma, la CAL (Pontificia Comisión para América Latina). Su primer presidente, fue el Cardenal Carlos Confalonieri.

Era muy previsible que hubiera tensiones de importancia, con esta Pontificia Comisión, cuya tarea, entre otras, era analizar de una manera unitaria los múltiples problemas de América Latina, vinculándolos con las Congregaciones de la Curia Romana.

121

*"En una reunión de Buenos Aires, en 1958, la directiva del Celam resuelve dar un signo **de independencia** frente al paternalismo de Roma... En ese entonces, toda la marcha del Celam estaba regulada por Roma. Por ejemplo, si a un Obispo se le pedía la preparación de una ponencia, ésta tenía que ser enviada a Roma con dos meses de anticipación para ser corregida y luego devuelta; solamente así podía leerla en las reuniones generales. La actitud de los miembros de la presidencia tendió en ese año a hacer ver que el Episcopado Latinoamericano era ya suficientemente maduro y que no necesitaba ser llevado de la mano como si se tratara de un niño. El enfrentamiento fue duro y difícil, pero se empezó a conseguir un trato más respetuoso...".* Así escribe un Obispo presente en esa reunión.

Los ánimos se fueron caldeando y el representante de la CAL fue a donde Don Manuel Larraín, lo tomó por la sotana y le dijo *"usted me está arruinando la carrera"*. Don Manuel era pacífico y mantuvo la dignidad. No le arruinó la carrera, tuvo la gentileza de ignorar este episodio y después este representante del Vaticano fue nombrado Cardenal.

Este incidente yo lo escuché directamente al Obispo Larrain, quien me lo explicó con mucho humor y buena voluntad. Allí no había ningún rencor.

Don Helder Cámara, Vicepresidente del Celam, comparte la opinión de don Manuel y así se lo expresaba: *"En un discurso de la CAL se afirma que ella debe planificar el apostolado en América Latina... Es un absurdo que 600 pastores, en horas decisivas para el Continente, deben esperar que desde Roma la CAL envíe directivas de apostolado. Se puede alegar la teología del episcopado. Existe un principio que salvaguardar. La experiencia aprueba que todo nos ha conducido a una visión amplia y objetiva a partir de una pastoral de conjunto"*.

"Nuestra posición, Manuelito, es de particular responsabilidad. La Providencia nos entrega ahora el bastón de mando. Para nosotros, autoridad es sinónimo de servicio. Tenemos que estar a la altura de las responsabilidades, de representar en esta hora decisiva a toda la jerarquía de América Latina. En la Santa Misa siempre unido a Ud., su hermano".

ACERCA DEL MARXISMO

En 1959 algunos Obispos propusieron una nueva condena del marxismo lo cual ya había hecho el Papa Pío X, en 1931.

El Obispo Larrain no es partidario de este proyecto y pidió un mayor conocimiento de la vida de las sociedades humanas y de las fuerzas culturales, autóctonas y occidentales que influyen en el desarrollo latinoamericano. Que la Iglesia sea un factor de promoción y de progreso sin alianzas, a las fuerzas que retardan la promoción. El Obispo insiste en la necesidad de una presencia de la Iglesia, por medio del laicado en las grandes fuerzas culturales, sociales, económicas que actúan en América Latina y que están determinando su fisonomía futura. Para él es importante conocer la estrategia comunista, y también las deficiencias de nuestra pastoral que ha-

cen posible la eficacia de esa estrategia... Se requiere revisar con sinceridad evangélica nuestros métodos apostólicos y ver si responden a las necesidades de nuestro tiempo. El llega a expresar que *"El comunismo, a veces, crece por las deficiencias de la Iglesia"*.

Así se detuvo esta condenación que habría traído graves inconvenientes. El tiempo le dio la razón porque el muro de Berlín, al ser destruido, mostró que ninguna ideología es permanente y que el marxismo no era invencible como se enseñó en el interior de la Iglesia.

También, tal vez, los mismos obispos que piden condenar el marxismo, proponen relacionarse con las embajadas de Estados Unidos y de otros países para seguir los pasos de la penetración comunista en América Latina... Don Manuel juzga que sería una grave imprudencia utilizar este método porque:

"Vincula directamente a una institución de la Iglesia con organizaciones políticas que persiguen fines muy diversos a los de ella. Porque el criterio social de algunos de esas embajadas es muy discutible."

123

"Porque con frecuencia, muchos de los más graves males sociales de América Latina, están en relación directa con los intereses económicos que algunos de esas naciones defienden."

El no creía realista y eficaz ninguna acción en materia social y de esclarecimiento doctrinal, que no estuviera firmemente sentada en la realidad latinoamericana y en el propio terreno. Por estas razones esa iniciativa no tuvo mayores repercusiones.

En 1959, Don Manuel escribe a Monseñor Miranda:

*"Hay afirmaciones que no pueden suscribirse... por ejemplo: América Latina ha sido siempre **tierra de libertad** y de **democracia** y de ello se ufanan todos nuestros países"*.

"... La historia de América Latina tomada en su conjunto no habla muy en alto de la libertad ni de la democracia". "Los

pronunciamientos”, los “golpes militares” y las “dictaduras” son demasiado frecuentes en nuestra historia... para que podamos ufanarnos de ser tierra de libertad y democracia...”
“... (y) no es historia pasada, sino que continúa siendo la realidad presente.”

“Me parece que es evadir el problema y no tener la confianza que debemos en la Iglesia, en sus doctrinas y soluciones cuando escucho decir que: “vendrá un Plan Marshall para América Latina, ese Plan nos salvará del comunismo”. El problema de América no es de empréstitos que harán más ricos a los ricos, pero que no resolverán la mala distribución de la riqueza, y sobre todo la gran crisis del agro”.

“Todos los empréstitos sirven para fortificar una parte de la economía de la nación (lo que es muy loable) y (...) para fortalecer los grandes “trusts” industriales y agrícolas, que son la expresión genuina del hipercapitalismo... condenado por la Cuadragésimo Año”.

Don Helder Cámara apoyaba a su amigo “Manuelito”:

“... Estamos enfrentando el comunismo con el mismo criterio que Wall Street, de la policía o de cualquier otra asociación terrena. Nuestra misión es otra. Frente al materialismo, capitalismo, comunismo presentemos el mensaje cristiano”.

El Episcopado de Estados Unidos proyectaba la creación de una Escuela de Líderes y dirigentes para América Latina. A Don Manuel no le parece conveniente que se forme para el apostolado con un criterio extraño a las realidades latinoamericanas, e inmediatamente, aclara: *“Esto tiene gravísimos inconvenientes tanto en el aspecto político, como internacional”. Es necesario que el Episcopado de Estados Unidos se convenza que no somos niños menores y que si quieren ayudarnos de veras que nos ayuden a ha-*

cer una escuela, que es una iniciativa muy conveniente, pero que esté dirigida por quienes el Episcopado Latinoamericano designe y por sus órganos correspondientes respectivos”.

Esta opinión de los Obispos de América Latina no fue escuchada y el Episcopado de Estados Unidos envió misioneros laicos a algunos países de América del Sur. Los resultados no fueron felices...

PREPARACION REMOTA DE MEDELLIN

Al ser elegido por unanimidad, en 1964, Presidente del Celam, mostró su gran capacidad para establecer contactos humanos, con calidez y buen criterio. Este nombramiento le ayudará a entregar su gran creatividad al servicio del Continente.

Le había escrito en 1962 a un obispo de Colombia, Don Crispulo Fortumbel.

125

“Es de suma importancia que los Obispos de América Latina nos pongamos de acuerdo en los puntos fundamentales del Concilio y que dicen relación con este continente. Y yo sostengo que los problemas de América Latina no son los de Europa ni los de Estados Unidos, ni tampoco los de los países de misiones. Son problemas latinoamericanos que sería erróneo solucionar a la luz de los problemas de otros Continentes... es necesario que haya una cierta unanimidad del Episcopado latinoamericano alrededor de los problemas que atañen a nuestra pastoral”.

Pero no todos entienden lo que se desea y las críticas no faltan. Se teme la excesiva influencia del Celam y que sea un Poder demasiado fuerte y así un Obispo le escribe a Don Manuel: *“Existe sin duda, un deseo de colaborar y ayudar. Pero, y esto no es sólo el parecer mío, sino de varios Obispos, hay una influencia de precipitación, de falta de estudio, de madurez que lleva a conclusiones que por sí misma indican y dejan entrever prontas modificaciones y correcciones”.*

Al iniciarse en Roma, la cuarta y última sesión del Concilio Vaticano II (10 de Septiembre al 2 de Diciembre de 1965), los "padres" del Celam decidieron formalizar su novena reunión anual, procedimiento que ya había sido puesto en práctica en los dos años anteriores. Sin mayor prisa, ya que el Concilio justificaba una legítima y espaciada permanencia, fijaron como punto inicial de sus trabajos el 23 de Septiembre. Bajo la presidencia de Don Manuel Larrain, se estudió cómo aprovechar para la coordinación apostólica latinoamericana el Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá, de 1968 y Mons. Larrain manifestó que se podría pensar en la posibilidad de la reunión de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Es el punto de partida hacia Medellín.

MEDELLIN

126

En la ciudad de Medellín, Colombia, se celebró en 1968, ya fallecido Don Manuel, esta segunda Conferencia del Episcopado de América Latina. Este documento, en mi opinión, es el gran documento de la Iglesia Latinoamericana. Marca nuestra mayor identidad, aunque cada día se ve más difícil su aplicación por el sistema capitalista que gobierna el mundo de hoy.

Don Manuel señala al terminar el Concilio: *"Ahora, aquí comienza, empieza el trabajo más grande: porque no tenemos el derecho de dar la impresión, sobre todo a los jóvenes, que la Iglesia es Maestra para grandes textos, para grandes conclusiones, pero sin el coraje de llevar estas conclusiones a la vida práctica. Si los jóvenes sienten, -comparto la impresión- que la Iglesia no tiene el coraje de aplicar sus conclusiones, los jóvenes nos darán las espaldas y partirán para otras ideologías, para la violencia"*.

Después de Medellín dirá Don Helder Cámara:

"Cuando terminó Medellín yo recordaba el final del Vaticano II. Es terrible la reacción. Nosotros estuvimos con las más bellas intenciones. No se puede juzgar el pasado con

la visión de hoy, pero la verdad es que los hombres de la Iglesia estábamos soportando la autoridad, sin descubrir las terribles injusticias que están por detrás del llamado "orden social", en ese tiempo. Evidentemente teníamos el respeto de los gobiernos y también el apoyo de los privilegiados.

A partir del momento en que sin odios, ¡sin odios!, pienso en el Evangelio, pienso en el Vaticano II, pienso en Medellín, nos encontramos en conciencia, en la obligación de denunciar las injusticias, prestamos nuestra voz a los que no pueden hablar, cuando alentamos a los que están oprimidos en una situación indigna de la condición humana, de hijos de Dios. Inmediatamente, somos juzgados "subversivos" y es más, de ser "comunistas". Es claro, que muchos sienten miedo, muchos no perciben la inteligencia de la "reacción", ¡es muy inteligente la reacción! Porque no es combatido el cristianismo, no es combatido el Vaticano II y Medellín, se combate sí, la infiltración marxista en la Iglesia, se combate la lectura marxista de Medellín, es hora de decir:

127

¡Nosotros tenemos el EVANGELIO, y el Evangelio nos basta!

¡No tenemos necesidad de otros liderazgos!

¡Jesucristo nos basta!

Pero Jesucristo exige de nosotros, una posición de valentía, exige de nosotros el coraje de clamar a los privilegiados de este continente y del mundo, porque lo que pasa en América Latina es un resumen de la situación del mundo.

Entonces, decimos, no es por odio, es por amor. Nuestro pueblo no sabe aún odiar, no dejaremos que jamás sepa odiar, pero para eso es necesario que se utilice la cabeza, que se tenga el coraje de hacer los cambios necesario y que "Manuelito" tanto deseaba".

"Es curioso. Cuando uno se da a los pobres, pobres que Manuelito tanto amaba, y distribuye alimentos -y es necesario distribuir ropa, y medicinas, y es necesario construir casas-, pero se queda en eso, "Ah, es un santo, es un santo esta criatura, qué criatura formidable!"; pero, si en conciencia se considera y juzga la necesidad de defender los derechos y hablar de derechos, denunciar injusticias, ¡inmediatamente!, habrá que aceptar las consecuencias de ser mal interpretados, mal juzgados, perder el prestigio y sufrir por la justicia."

Con mucha verdad, en 1968, dos años después de la muerte del Obispo Larraín, en la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana expresó Don Avelar Brandau, Presidente del Celam: *"Justo es hacer memoria de los grandes ausentes que duermen el sueño de la paz; principalmente de Mons. Manuel Larraín"*. El Cardenal Landazuri, Arzobispo de Lima, Perú, señaló: *"Evoquemos fraternalmente sólo un nombre unido al Celam: el rostro inolvidable de Manuel Larraín"*.

El ser amigo personal el Papa Paulo VI lo animaba a seguir su acción episcopal. Por otra parte estaba buscando vivir más modestamente su vida personal. Vendió la casa episcopal grande y solemne para comprar una casa más sencilla. La muerte llegó y no alcanzó a vivir en ella.

1965 y 1966 son años de fecundidad, con gran prestigio nacional e internacional, tenía 65 años de existencia con una vida plena en el sacerdocio y en el episcopado. Se dice que en la primera visita al Vaticano del Presidente Frei en calidad de Presidente de Chile le preguntó al Papa: *"¿por qué no ha hecho Cardenal a Don Manuel Larraín?"*. Parece que no hubo respuesta explícita.

El 7 de Agosto de 1965, Don Manuel concede una entrevista a una revista francesa que se refiere a los éxitos y fracasos de América Latina. Allí sostiene que *"más grave que la bomba atómica es el subdesarrollo de los pobres"*.

"La miseria de los dos tercios de la humanidad y su creciente desigualdad con las naciones privilegiadas, conducen fatalmente a tensiones y revueltas que agrandan los conflictos locales y mundiales".

"El desarrollo es un humanismo que debe responder a la triple hambre: física, cultural y espiritual que atormenta al hombre individual y a la sociedad moderna..."

"No se trata sólo de tener más sino de ser más". Promover al hombre y a todos los hombres es lo que confiere al desarrollo su dimensión, su sentido y su finalidad.

"Todos deben reflejar una imagen común del hombre, de la sociedad y de la comunidad de naturaleza y destino de la humanidad.

"El verdadero problema para los países desarrollados no es reducir sus inversiones indispensables, sino suprimir los despilfarros. Y el primer despilfarro es la carrera armamentista que absorbe sumas realmente increíbles".

"Ningún hombre de buena voluntad—y con mayor razón cristiano— tiene el derecho de hacer de la ayuda al "tercer Mundo" una "materia de elección".

"El subdesarrollo es un mal, y debe ser condenado como tal. Mantiene al hombre en un estado de miseria que puede calificarse de subhumano. Si para todos el subdesarrollo es una injuria a la dignidad humana, para los cristianos constituye una ofensa a Dios, porque el Hombre ha sido creado a su semejanza".

"Si la miseria es un mal insoportable para los que la sufren, debe ser igualmente insoportable para la conciencia de todos los hombres".

"Los que están unidos por los lazos misteriosos y sagrados del Bautismo y de la Eucaristía, los que invocan a un Padre común de los cielos, los que luchan por un mundo

más justo y más feliz, superando divisiones deben unirse a la tarea común de construir un mundo donde la dignidad del hombre y sus derechos fundamentales sean respetados, donde la triple hambre material, intelectual y espiritual sea saciada".

En una conferencia de prensa en Estados Unidos, en 1965, señala el Obispo Larrain:

*"En toda mi vida sacerdotal he insistido en la fuerte necesidad de resolver nuestros problemas socioeconómicos. He dicho que los católicos tienen la obligación de dar un buen ejemplo en este aspecto, como consecuencia de la enseñanza social de la Iglesia. Sin embargo, no debemos olvidar que toda actividad socioeconómica es **vana**, si no está apoyada en una sólida vida cristiana. Por eso nuestra prioridad debe ser la evangelización. Tenemos que procurar que el mensaje cristiano sea comprendido y vivido. Un mínimo de condiciones humanas es necesario para el programa cristiano sea posible. El cristianismo, es una **forma de vida**".*

No olvidemos que debemos salvar a todo el hombre. Por eso es igualmente erróneo insuflar una religión desencarnada que ignora el aspecto social, como también encausar una acción social sin una atención apropiada a lo espiritual y religioso.

Conozco A. Latina, su historia, su geografía, sus angustias, sus miserias y sus esfuerzos. Pero, sobre todo, conozco al latinoamericano y puedo decir que nada agradecemos tanto, como que se tenga confianza en nosotros. De allí la necesidad de mirar nuestros problemas con la seguridad que somos capaces de resolverlos, siempre que en este momento se nos preste la colaboración que necesitamos.

El examen debe exigir esa confianza. La confianza debe llevarnos a diálogo, y en este caso, el diálogo significa

comprender que A. Latina tiene una palabra que decir en la hora histórica que vive la Iglesia ya que esa palabra hay que escucharla, porque Dios habla en la historia; que si esas palabras pueden quizás no tener gran experiencia y fuerza humana, tienen en cambio, el frescor de la sinceridad y el sello de la autenticidad de un continente, cuyos problemas los hacen más apto para realizar la renovación que la hora del mundo y de la Iglesia está exigiendo a todos los católicos”.

A Don Eugenio de Araujo, Obispo de Brasil, le escribe, en 1965:

“Veo con temor, que la Iglesia en A. Latina se lance a la creación excesiva de Institutos sociales, pues puede pasar en ese campo algo semejante a lo que ya está sucediendo en lo educacional, es decir, nos encerramos en nuestras propias obras, creando un institucionalismo que consume nuestras mejores energías y dejamos abandonada a la gran masa encerrándonos en un “ghetto”.. Esto lo estoy palpan-do en mi propia patria. En cambio olvidamos la formación de líderes para colocarnos en las instituciones temporales”.

131

A su amigo Helder Cámara, Arzobispo de Recife, le escribe en 1966:

“América Latina, se encuentra al borde inminente de gravísimos y trascendentales cambios económicos, sociales que repercuten larga y hondamente en la vida de la Iglesia. Grandes masas del pueblo serán perdidas para la Iglesia latinoamericana en el futuro próximo, si no se producen urgentes reformas en la agricultura, la salubridad, la habitación, la educación. Estos problemas deben ser solucionados en forma urgente mirando el gran crecimiento de la población y la incorporación al campo del trabajo de millones de personas...”.

El 31 de Marzo de 1966 escribe una carta difícil a Monseñor Emilio Tagle, Arzobispo de Valparaíso, quien estaba en una guerra. **SOBRE LA POSICION DE LA IGLESIA ANTE UNA POSIBLE LEY DE DIVORCIO.** Su adversario era el Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago. Tenían posiciones muy diversas y presento los fragmentos pertinentes al tema del divorcio:

"Pongámonos tranquilamente ante el problema y examinémoslo, sin ánimo de defensores de la fe. Todos los Obispos chilenos, desde el primero hasta este último, no queremos otra cosa que servir a la Iglesia, mantener intacta su doctrina y ayudar a nuestro pueblo en el trascendental momento que atravesamos.

Existe un proyecto de divorcio presentado por el Partido Radical. ¿Cuál debe ser en la práctica la actitud de la Jerarquía?

A mi juicio es clara:

Esperar que el proyecto se presente y no comenzar antes de tiempo a dar gritos de alarma, lo que me parece poco prudente, y que Mons. Cifuentes resumía muy bien en la última reunión del Comité Permanente "no ponerse el parche antes de la herida".

*En caso de ser presentado el proyecto la Jerarquía **debe hablar**. Su silencio sería culpable. En esto estamos **todos** de acuerdo, según la decisión unánime tomada en nuestra reunión de Roma de Noviembre de 1965.*

*En esa declaración debemos, a mi juicio, en forma **serena y humilde**, recordar la doctrina de la Iglesia sobre el Matrimonio; su unidad, su indisolubilidad, etc. y decir, como tú lo afirmas en tu último comentario, que el divorcio civil, amenaza y hiere a esa unidad, sin entrar en disquisiciones filosóficas que nuestro público no entiende ni sigue.*

En esto también estamos todos de acuerdo, y el Cardenal lo repitió en la reunión del Comité Permanente.

He puesto dos adjetivos: "serena y humilde" y lo he hecho intencionalmente. Debemos evitar el tono polémico y recordar lo que Juan XXIII nos dijera al iniciarse el Concilio; más que la refutación del error hay que insistir en la exposición de la verdad. El tono polémico "de guerra santa" es desastroso para la Iglesia de Chile en estos momentos.

He añadido "humilde". No somos dueños del país. No hablemos a nombre de todos los chilenos, ni nos arroguemos una fuerza que no tenemos. Hay en Chile muchos hombres de fe y muchos católicos de nombre a quienes la doctrina de la Iglesia les importa poco o nada. No tenemos sino mirar a nuestro alrededor y ver a tantos católicos que proclaman su fe cuando conviene a sus intereses, y que no dudan en violarla cuando una pasión los empuja a las famosas anulaciones.

En cuanto a meternos en el proyecto mismo, y tratar de juzgar la conciencia de los parlamentarios y autoridades católicas, no nos metamos, en ninguna forma, y esto por varias razones.

Porque una vez recordada la doctrina debemos dejar a ellos su aplicación. De otro modo nos inmiscuimos indebidamente en problemas que superan nuestra competencias.

Porque sentamos un precedente grave, que nos obligaría a opinar sobre multitud de proyectos de ley. ¿Hablamos sobre la ley que declaró en igualdad de condiciones al hijo ilegítimo y adulterino con el que no lo es? ¿hablamos sobre la reglamentación de la prostitución? ¿nos vamos a meter a opinar sobre el proyecto de reforma agraria? ,etc.

*Porque fuera de nuestra enseñanza doctrinal, que la **debemos hacer** y en la cual todos estamos de acuerdo, una intervención de la Iglesia que tocara el problema político, y que nos hiciera aparecer influyendo **directamente** sobre parlamentarios y gobierno, traería gravísimas consecuencias que el bien común y los intereses vitales de la Iglesia y de la Patria, aconsejan de todo punto evitar.*

Esto, querido Emilio, no es cobardía ni debilidad en la doctrina ni claudicación en los principios, es precisamente lo contrario, defender los intereses primordiales y fundamentales que debemos custodiar.

No pongamos el problema, te repito, entre los ortodoxos y los semi heréticos, porque es injusto y altamente perjudicial. El Concilio tiene que habernos enseñado muchas cosas que no es posible olvidar. ¿No oímos decir que quitar el latín de la Liturgia era atentar contra la unidad de la Iglesia? ¿qué la Colegialidad disminuía la autoridad del Papa?

Por último, querido Emilio, yo me permito en nombre de una vieja y leal amistad, pedirte en términos boxeriles "que bajes la guardia".

Tenemos que estudiar los gravísimos problemas de nuestro clero que debemos orientar y sostener, de nuestra religión que debemos hacer entrar en el espíritu del Concilio, de nuestro Laicado, que está atravesando una gravísima crisis, precisamente en los momentos que más necesitamos de él, de Chile, que está enfrentando un cambio hondo en su historia, y en el cual la Iglesia debe estar presente; ¿para qué hundimos en disputas bizantinas si estamos de acuerdo en lo sustancial y práctico?. ¿para qué agriamos, cuando necesitamos tanto estar unidos?.

Si estamos unidos y de acuerdo en lo sustancial ¿a qué seguimos discutiendo?.

Al Presidente Eduardo Frei el Obispo Larraín le escribe:

Don Manuel había dicho: *"al llegar Eduardo Frei a la Presidencia, en 1964, no visitaré La Moneda para evitar equívocos"* y de hecho no lo visitó, pero el 17 de Junio de 1966 le escribe a su gran amigo *"a quien había querido como a un hijo"*, la única carta que se conoce en esos años:

"He dudado antes de escribirle esta carta: de una parte está mi firme propósito de mantener muy clara la separación e independencia de la Iglesia y el Gobierno, de la otra mi conciencia de ciudadano y de leal amigo suyo". Y más adelante:

"Los campesinos en su gran mayoría son católicos, pero en este momento lo único que quieren es solución para sus problemas. Si los marxistas llegan a ofrecer primero un camino para solucionar sus problemas, en poco tiempo, tendremos muchos campesinos felices de ser marxistas".

135

La última carta que se conoce, 18 de Junio de 1966, cuatro días antes de morir, escribe a un Obispo desanimado:

"Recibí tus cariñosos saludos que te los correspondo, como también tu carta. Comprendo que tienes motivos para preocuparte. A mí tampoco me faltan, pero creo que no debemos caer en el pesimismo, y poner de nuestra parte lo que podamos para hacer que estos problemas salgan adelante.

No son fáciles, pero creo que el Señor nos ayudará. Tengo tantas ganas de conversar contigo, pero desgraciadamente no veo posibilidad de llegar a esas tierras.

Ojalá tú hagas una arrancadita y podamos conversar detenidamente.

Consérvate optimista, porque de otro modo te vas a poner viejo pronto.

Yo conocí un viejito churrusco, que a fuerza de optimismo todavía se conserva en pie. Harías bien en arrancarte de cuando en cuando de tu insula y conversar un poco para tomar alientos.

De otro modo es fácil que el pesimismo nos invada.

*Con todo cariño te abraza.**

Y LLEGO AL FINAL DE SU CAMINO

El mismo día de su muerte conversé largo con Don Manuel, en el Seminario de Santiago. El tema fue su gran preocupación por la Iglesia.

El quería una Iglesia con menos instituciones, y menos poder económico; pero con más vida interior y más amor entre los hombres. Es fácil crear instituciones y hacer obras eficaces; pero es mucho más difícil formar cristianos que sean levadura en la masa, sal de la tierra y luz del mundo. Es fácil fundar obras en que se ve el valor de la organización, de la eficacia y del éxito; pero es difícil colaborar en la formación de los hombres y de las mujeres que deben mostrar el rostro verdadero de Cristo en sus vidas.

Monseñor Larrain, momentos antes de su encuentro definitivo con el Señor, me comunicó su temor de que muchos cristianos se preocuparan demasiado de las instituciones con peligro grave de ahogar el Espíritu.

San Pablo nos dijo *"no ahogemos el Espíritu Santo"* y es fácil que nosotros, en nuestros tiempos, tan eficaces y tan propensos a la organización ahogemos la acción del amor de Dios con obras buenas y santas. Si no hay amor poco sirve todo lo demás.

Siempre existirá la tentación de construir una Iglesia sin Cristo o con un Cristo desfigurado o únicamente implícito. Siempre está el peligro de no servir al Evangelio con toda su pureza y acomodar el evangelio a nuestro espíritu burgués. Es fácil caer en la tendencia a refugiarse en una religión desencarnada y construir barricadas con instituciones que nos alejen de una vida cristiana ciento por ciento.

Esta fue la síntesis de nuestra última conversación.

Y así llegó el tiempo de su partida a la casa definitiva. El 22 de Junio de 1966, cuando viajaba de regreso a Talca, falleció en un accidente automovilístico.

Fue una noticia impactante. Había fallecido un viajero. NUNCA FUE UNA MURALLA Y SIEMPRE FUE UN HORIZONTE. En sus funerales el Ministro del Interior dijo: "Pasó una luz", y el Gobierno decretó duelo nacional por tres días.

Había fallecido, como dijo un obispo, "la brújula del Episcopado chileno", y era una muy buena brújula.

137

Pasó Dios y se lo llevó. Sus funerales fueron extraordinarios y, pienso yo, que Don Manuel desde el cielo estaría pensando en el texto del Profeta Isaías que él tanto repetía:

"La noche envuelve la ciudad dormida. En la quietud de su silencio, un grito mantiene el espíritu vigilante y alerta. Son los centinelas que desde lejos se interrogan, mientras sus miradas escrutan las densas tinieblas".

• *"Vigilante, ¿qué ves en la noche?"*

Y el centinela lejano responde como una esperanza:

• *"Amanece". (Isaías 21, 11 y 12)*

La noche de muchas desidias y egoísmos parece envolver nuestras tierras de América. El pesimismo de muchas clau-

dicaciones ha hecho pensar que aún tarda la aurora. Pero un laicado generoso y alerta, dócil al llamado de sus Pastores, nos da en estos instantes la respuesta del centinela:

• *Amanece.*

Había amanecido y un hombre de Dios había entrado en la alegría del Señor.

Al día siguiente la prensa publicó un artículo firmado por Ricardo Boizard:

"La carretela que avanzaba por el camino rural en dirección al pavimento, no era sino uno más de esos carricoches destartados que aún comunican el campo de Chile con el mundo populoso de la ciudad. Quizás venían adentro de ellas los mismos sacos o los mismos productos que, así como surgen de la tierra al estilo primitivo de un viejo ancestro, también siguen transportándose con los mismos medios. A la vida rural aún no ha llegado el siglo veinte y ¡qué tremendas cosas resultan a veces cuando los ciclos históricos chocan entre sí!

En este caso el caballejo marchaba con paso cansino. Jamás llegará a su mente, quieta en lo biológico, la idea compleja de la mecánica y de la velocidad. Los pastos y las flores no tienen prisa, pero los seres humanos sí.

He aquí que la carretela, incorporándose a la ruta pavimentada, se encontró con un monstruo que corría vertiginosamente y que, para desgracia de muchos, llevaba una preciosa carga.

El manso, el humilde, el hermano de la estrella y del lobo que se llamaba Manuel Larrain y que así como tuvo la dulzura de los que aman, tuvo también la bravura de los que luchan, venía en el vehículo de su siglo y se tropezó con la vieja edad. No era la primera vez que le ocurría esto, porque antes había peleado en la Falange Juvenil chilena contra el oscurantismo en acecho.

En Talca, los latifundistas creyeron que había llegado un Obispo de los ricos y lo que llegaba no era sino un delegado del Sermón de la Montaña. Mientras los bancos decían: bienaventurados sean los que poseen riqueza, él respondía, con su letanía milenaria: Bienaventurados los que nada tienen, bienaventurados los que sufren, bienaventurados los que lloran.

En el camino de Rengo, sin embargo, ¿qué tiene que ver con tales metafísicas una carretela rural?. El caballo nada entiende y la carretela es un aparato de hierro y tablas. Enfrentado el siglo veinte con la tracción animal de la colonia, no había nada que hacer.

Es inmensamente humillante para nuestra soberbia el hecho que acaba de ocurrir: una carretela contra la grandeza episcopal del más grande de los obispos chilenos...

Fue nuestro amigo y podemos dar testimonio de su inmenso amor por la justicia y por la verdad. Pudo ser cardenal de Chile como Frei Montalva es Presidente pero él estaba sometido a las normas pontificias y no al desideratum del pueblo. Si el pueblo hubiera tenido voz en el Vaticano, Manuel Larraín, sin menos méritos que el actual, habría sido nuestro jefe en el misterio de lo religioso y lo religioso en él, se habría juntado con el misterio de la esperanza popular.

Digámoslo en palabras claras y sin eufemismos. Manuel Larraín fue un pilar de la democracia cristiana y en su sede episcopal saben de esto, mejor que nosotros. Era el Obispo de los ranchos, de los abandonados, de los pobres y de los que sienten sed de justicia.

Todo terminó en un accidente casual y esto hay que aceptarlo con humildad y con meditación profunda. El tenía razón cuando decía que los pobres están ante Dios, al mismo nivel que los ricos.

Todos somos iguales y el miércoles último, a las siete de la tarde, Manuel Larraín dio el testimonio de su propia vida. Venía un caballo en su carretela, por un lado; venía el más grande de los obispos chilenos por el otro, y la grandeza y la miseria física de los seres creados quedaron todas convertidas en un solo amasijo de muerte y de lodo.

Antes, Manuel Larraín nos había dado una lección de justicia.

Hoy nos entrega, con sus despojos, una tremenda lección de humildad...".

(23 Junio 1966)

El 22 de Junio de 1976, diez años después de su muerte, Helder Cámara dijo en la Catedral de Talca:

*"Manuelito amó al Papa
Amó a los sacerdotes
Amó a los niños
Amó a los pobres
Amó a los obreros y a los que sufren
Amó al amigo y también al "enemigo"
Amó a todo el mundo.
¡Hay que Amar, amar, amar!
¡El amor es más fuerte que la muerte!"*

EPILOGO



*Amó mucho a Dios, amó mucho a Chile
y ofreció su vida por la Iglesia*

Falleció Don Manuel Larraín en plena actividad, con grandes energías y creatividad. Se realizó ese misterioso camino de Dios que suele llevar a su Reino a personas con estas condiciones que han sobrepasado lo que de ellas se esperaba. En la otra vida lo entenderemos y sabremos más sobre la sabiduría del Señor.

Don Manuel fue una bendición excepcional de Dios y pude conocerlo bastante bien. Fui nombrado Obispo el 5 de Enero de 1967 y entregué la Diócesis de Talca a mi sucesor el 5 de Enero de 1997. En estos treinta años pude profundizar y saber en mejor forma quien había sido mi antecesor y puedo afirmar que fue **un Obispo sorprendente**.

Pasaron los años y entendí que eran sabias las palabras de un Obispo que al recibir mi ordenación episcopal me escribió: *"Ojalá que la Cruz no te rasmille mucho la espalda"*. Ser Obispo es una cruz, y así lo entendió Don Manuel Larraín y también lo he comprendido por la experiencia de la vida.

Surge la pregunta:

¿QUE HABRIA DICHO O REALIZADO DON MANUEL EN ESTOS AÑOS TRANSCURRIDOS DESPUES DE SU MUERTE OCURRIDA EN 1966?

No sería serio opinar sobre lo que él habría hecho en el régimen de la Unidad Popular de Salvador Allende o en el Gobierno Militar del General Pinochet.

Tampoco sería apropiado expresar cómo habría reaccionado con *"la teología de la liberación"*, que nace en 1969 y que se expresó en diversos países del Continente.

En Chile se llamaron *"los cristianos por el socialismo"* y *"los ochenta"*; en Argentina fueron *"los sacerdotes del tercer mundo"* y en Colombia se apellidaron *"Golconda"*.

No es adecuado atribuir o interpretar lo que habría hecho alguien fallecido ante esos sucesos.

Lo que estoy seguro es que el Obispo Larrain seguiría expresando que *"Dios y el Reino de Dios es lo único absoluto"*, como escribía su amigo Pablo VI.

Nos diría que Dios escogió a los pobres y que la Iglesia debe ser servidora y no dominadora. Nos hablaría de no ser autoreferentes y de pensar más en los otros. Habría entendido la lucha por los derechos humanos y la dignidad de toda persona. Trabajaría en forma decidida por *"la economía de la solidaridad"*. Viviría con verdad y lealtad, lo cual es muy necesario hoy y siempre.

Me parece que él nos diría que las viejas respuestas en su mayoría ya no sirven y que es necesario encontrar caminos nuevos manteniendo los principios y verdades fundamentales de la Iglesia. Lo que vale es la sabiduría y no el poder. Creo que insistiría en una mayor docilidad a la acción del Espíritu Santo. Actualmente brilla demasiado lo externo, y la humildad verdadera no está bien valorada.

El pediría mayor abertura al Mundo, que, según San Francisco *"debe ser nuestra clausura"*. Así seremos más amplios y comprensivos, sin vivir de nostalgias del pasado sino con mayor esperanza y alegría.

Creo que él nos diría que vivamos en el Espíritu en una Iglesia más despojada de sí misma. Será *"el pequeño rebaño"* del cual habla Jesús. Será una Iglesia más pequeña en los números, pero de mayor autenticidad en los cristianos. Se trata de la Iglesia misio-

nera a la cual El tanto amó y promovió en todo su largo episcopado. No es la Iglesia involucionada o hacia adentro, es la Iglesia de los pobres, de los humildes y de los pecadores.

En el cielo Don Manuel Larraín tiene una alegría especial: su amigo de toda la vida, Alberto Hurtado, está punto de ser cano- nizado por la Iglesia y esa realidad tiene que ser motivo de mucha felicidad.

El Obispo de Talca, que vivió tantos años en el servicio de esta Diócesis, nos recordará siempre *"Ven, Señor Jesús"*, el lema episcopal de toda su vida.

† Carlos González C.
Obispo
Caserío Lircay, 5 de Enero del año 2004.

ANEXOS



*Manuel Larraín y Alberto Hurtado,
estudiantes de derecho en la Universidad Católica de Santiago*

ANEXO I

La Homilia de don Manuel Larraín en los funerales del P. Alberto Hurtado

Santiago, 18 de Agosto de 1952.

149

Un silencio, entrecortado sólo por la plegaria, era el único elogio que el Padre Hurtado ambicionara. Un gran silencio donde esconder un gran dolor, hubiera sido también lo único que el amigo de toda una existencia en estos instantes deseara. Y sin embargo, es necesario hablar para destacar más allá de los lindes del tiempo su imperecedera lección.

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, *"las piedras clamarían"*.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Y sin embargo, cuán difícil, por no decir imposible, es el encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del Padre Alberto Hurtado.

¿Cómo vamos siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos pálidamente, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo san Pablo se designa "*Apostolus Jesu Christi*", el Apóstol es gloria de Cristo.

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados, que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

El Apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta a inspirar.

Por eso hay también en el apóstol genuino los rasgos de un profeta.

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, el Apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios.

Mientras "*la fascinación de la bagatela*" oscurece los bienes, el Apóstol abre las perspectivas infinitas del reino del espíritu.

Mientras las convenciones, el egoísmo y los prejuicios humanos encadenan, el Apóstol hace resonar oportuna e importunamente la verdad de Dios, que libera.

Mientras la codicia pone sed de oro, la sensualidad de goce, y la ambición de gloria vana, el Apóstol señala las fuentes de aguas vivas que saltan hacia la vida eterna.

Mientras los hombres tratan de empequeñecer y apropiarse del mensaje evangélico, el Apóstol reivindica que *"no se puede amarrar con lazos de carne la Palabra de Dios"*. Por eso, el Apóstol no siempre es comprendido, y mientras recoge todas las angustias humanas de su época, experimenta al mismo tiempo el sentido de su soledad.

Pero el Apóstol es sobre todo el hombre del amor; el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón. El Apóstol es el hombre que baja el amor del Padre de los cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El Apóstol es un cáliz que rebasa caridad.

Y esa fue la vida del Padre Alberto Hurtado.

Para comprenderla, debemos remontarnos a sus raíces y sobre todo a su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana, ni las graves dificultades económicas pudieron en esa mujer fuerte apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido de su deber social.

Fue junto a ella, en su labor en el Patronato de San Antonio, donde el Padre Hurtado comenzó a comprender el terrible peso del mandamiento supremo: *"Y amarás al prójimo como ti mismo, por amor de Dios"*. Fue en esa escuela donde el Apóstol de mañana halló el sentido del pobre, que iluminó más tarde su vida.

Ella lo acompañó en su adolescencia y lo orientó en la vida. Ella lo cedió generosa cuando el Señor lo solicitó. Cumplida su misión de madre cristiana y formadora del Apóstol, ella lo precedió en la peregrinación eterna.

Y el Padre Hurtado pagó con esa fidelidad tan suya el sentido apostólico que su madre le imprimiera.

Frente a su lecho de enfermo, dos fotografías acompañaron su postrera inmolación: la de la Madre del Cielo, en su cua-

dro que adorna este altar, la Virgen de nuestra infancia y de nuestra Primera Comunión, y la de su Madre de la tierra, que le enseñara a amar a la del cielo.

Apóstol lo fue desde su juventud. Era un niño de catorce años y ya sentía el llamado de la miseria espiritual y material de los suburbios del Santiago de entonces. Patronato de San José, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente, sabían de un joven que comenzaba a mirar la vida a la luz del dolor de sus hermanos, y cuya línea de felicidad pasaba por donde está el mayor sufrimiento de los demás.

Cuando la hora de las inquietudes del adolescente llega, cuando ante la muerte del joven se diseña la pregunta decisiva: ¿qué orientación dar a su vida?, la respuesta generosa de Alberto Hurtado está ya dada: será sacerdote, para así consagrarse a sus hermanos; y su ideal apostólico se encauzará en el ideal de la Compañía de Jesús.

152

Pero el Señor, quiere que esta vocación se pruebe. Su madre necesita de su ayuda y el ideal de la vida religiosa parece aún lejano. No importa; será Apóstol en el ambiente donde Dios lo retiene. Aulas de Derecho de la Universidad Católica, ambiente del Regimiento Yungay, donde cumple su servicio militar, círculos y actividades de la inolvidable ANEC, Congregación Mariana de San Ignacio, verán al joven tan alegre en su sonrisa, tan viril en su piedad, tan ejemplar en sus actitudes, que sólo Dios y nuestra generación sabemos lo que representó en nuestra vida de muchachos el ejemplo íntegro, el consejo prudente, la vibración apostólica de Alberto Hurtado.

Yo sé que en estos momentos, muchos de esos viejos compañeros y amigos escuchan estas palabras, y con los ojos velados ven através de los años, como un signo de luz, la figura ejemplar del amigo ido.

La mano de la Providencia ha permitido que sus sueños apostólicos comiencen a verse realizados. Y un 14 de agosto de 1923 marcha al Noviciado de la Compañía de Chillán.

Años largos y difíciles. Lejanía en la patria. Nostalgia cariñosa de la Madre buena que allá lo espera. Córdoba, de Argentina, Barcelona, Lovaina, todo eso no es sino un estímulo que espolea más fuertemente el corazón que allí se forja.

Esos doce años de plegaria y de estudio, de disciplina fuerte y de hondo anhelar, tienen para el Padre un solo nombre y un solo significado: *"el Crisol donde se forja un Apóstol"*.

Y fue hace cinco años cuando personalmente recogí del que fuera su Superior en Lovaina y hoy Reverendísimo Padre General de la Compañía, este testimonio simple y grande: *"En mis largos años de Superior, no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado"*.

Y el momento tantas veces anhelado, llegó por fin.

El Apóstol viene a dar en plenitud lo que llena su alma. Y de esa múltiple labor todos, en una forma u otra, hemos sido los testigos.

153

¿Quién podrá resumirla y quién podrá contarla?

Dante al hablar de Francisco de Asís, sólo pudo decir: *"su vida maravillosa mejor sería cantada en la gloria del cielo"*.

También del Padre Hurtado podemos exclamar algo semejante.

Dieciséis años de labor apostólica que abarca todos los campos, que llena todo Chile y trasciende sus fronteras, y que tiene, como inmediatamente diremos, el sentido de una imperecedera lección y de un urgente llamado.

Dieciséis años. Cifra tan corta en número y tan rica en contenido.

Ella nos entrega la fórmula que condensa su vida:

Ante esa vida nos detenemos hoy a meditar.

La primera lección que ahí encontramos es el sano realismo que la fundamenta.

El sabe que es portador de un mensaje eterno que hay que entregar en el tiempo. Dispensador de una divina vida que hay que dar a conocer en ese tiempo y a esos hombres.

El Padre ha meditado muchas veces la palabra de Jesús, en S. Mateo:

"Se le acercaron los fariseos y saduceos para tentarle y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. El, respondiéndoles, les dijo: Por la tarde decís, hará buen tiempo, si el cielo está arrebolado y a la mañana, hoy habrá tempestad, si en el cielo hay un rojo arrebolado y no sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos".

Y no quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de *"no saber discernir las señales de los tiempos nuevos"*. Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto su ideal. Y que para ello se penetrara de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentará al hecho de nuestra paganización creciente y sacará de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su deber apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro: *¿Es Chile un país católico?*. El título y la tesis tienen que chocar. Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística. Es tan fácil excusarse de la acción profunda, diciendo: Chile es un país católico. Es tan cómodo abandonar los problemas vitales de la Iglesia que exigen sacrificio constante y reemplazarlos por una cuantas manifestaciones bullangueras. Pero el Apóstol de verdad, ha sido puesto como *"dardo agudo"* que se ciava en las carnes dormidas, como vigia que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche. Y pese a las incomprendiones y a las críticas, el libro quedó como una interrogante angustiosa que golpea, urgiendo las conciencias cristianas: *"¿Es Chile un país católico?"*.

Si un gran examen de conciencia comienza hoy a hacerse entre los católicos chilenos, si la distinción entre lo vital y lo aparentemente cristiano va penetrando en muchos espíritus, si la necesidad de una acción profunda que nace de una vida in-

tegramente vivida se hace sentir más fuertemente, si en una palabra, nuestra acción se basa en realidades, que no por amargas, dejan de ser realidades, tendremos en el futuro que señalar, la audacia de un Apóstol, que con magnífica libertad dijo fuerte lo que su mente veía y supo de esa misma realidad sacar las normas de la acción.

El libro del Padre Hurtado marca una etapa decisiva en la historia de nuestro apostolado chileno.

Y porque era realista su mirada debió dirigirse hacia las necesidades vitales y primordiales de la Iglesia: las vocaciones.

Una Iglesia que no da el número de vocaciones sacerdotales y religiosas que requiere, está enferma en sus raíces.

El avanzar cristiano es eterno y si faltan los órganos generadores de esa vida, esa Iglesia está fatalmente condenada a decaer.

155

Y él supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles

Como el poeta de la antigüedad clásica, el Padre Hurtado puede enseñar su célebre verso: *"Como corredores que se transmiten las lámparas de la vida"*.

"El Padre Hurtado pesca vocaciones", decían aquellos padres y madres temerosos, que en su mezquindad egoísta, niegan sus hijos al llamado de Dios. Y no comprendían que esas vocaciones nacían al contacto del alma inflamada por un Apóstol y eran la realización en el tiempo de la eterna palabra de Jesús: *"he venido a traer fuego a la tierra y ¿qué otra cosa quiero sino que se abraze?"*.

El Noviciado de Loyola dirá, en su realización material, en el número de los novicios y en el espíritu que lo alienta, de lo que es capaz un alma, que sabe como el Fundador de su Orden repetir *"preferir la gloria de Dios a todas las cosas"*.

Y su alma grande, no se encerrará tampoco en los marcos de su familia espiritual y sabrá dar vocaciones a los demás Seminarios Diocesanos y Religiosos.

Hace apenas cuatro días ofrecía sus dolores con un *"qué bueno eres, Señor"* por las vocaciones del Seminario de Santiago.

Y la mirada del Apóstol seguía, al imperio de la enseñanza divina, contemplando los campos donde blanquea la mies.

Y vio a la juventud con sus anhelos e inquietudes, con sus flaquezas y desmayos y como su Maestro, *"lo miró hondo y lo amó"*.

A través de Chile entero la juventud sintió la mano firme de un timonel que le decía avanzar mar adentro y en su Asesor Nacional vio al Jefe que aguardaba.

Sobre todas las dificultades les enseñó la lección que forma el corazón del joven: la generosidad.

Los quería fuertemente hombres y profundamente cristianos. Inquietos a todas las angustias y prontos a toda donación. Mirada abierta, frente alta, mano que sabe darse con sinceridad, sonrisa fresca en los labios y sobre todo, auténtico sentido cristiano de su misión.

Para ello tuvo una sola pedagogía y un solo secreto: amar y servir.

Quizás no siempre se ha reparado en el hondo significado de su característico saludo familiar: *"¿qué hay, patroncito?"*. Y estaban equivocados. El *"patroncito"* no era él, eran precisamente los otros, porque como Jesús *"él no había venido a ser servido sino a servir"*.

Han pasado ya ocho años que dejara su cargo de Asesor Nacional de jóvenes, pero sobre el tiempo sigue su figura íntimamente unida al destino de nuestra juventud.

Los jóvenes de ayer ya son hombres. Sobre sus vidas maduras comienza a caer *"el peso del día y del calor"*, pero en sus ojos sigue reflejándose el fulgor que el Asesor de entonces pusiera y sigue resonando el grito de las eternas ascenciones, *"excelsior"*, más arriba.

Pero el sacerdote es antes que todo el *"pontífice que puede condolerse de los que ignoran y yerran porque también está circundando de miseria y debilidad"*. Y por eso es juez y médico de las conciencias enfermas, amigo inseparable, que quizás se olvida en los momentos de dicha, pero al cual siempre se acude en los instantes de dolor. Y eso fue el Padre Hurtado. Nadie puede decir su acción callada en esos problemas silenciosos, que sólo a Dios y a sus Ministros se descubren. Los que de cerca y de lejos se congregan junto a sus despojos, los que con un nudo muy fuerte en la garganta, apenas pueden modular una oración, sienten que en el Padre han perdido un médico que sanaba sus llagas, un consejero que recibía sus confidencias y orientaba, un amigo que *"supo hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo"*.

157

El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es.

Con su realismo de Apóstol genuino, vio lo que S.S. Pío XI llamara *"el gran escándalo del siglo XX; los obreros alejados de su Madre la Iglesia"* y con otro gran Apóstol moderno, sintió *"que la Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo"*. Y a sanar esta gran llaga se dio por entero en esa su trascendente y vasta misión social. Le dio su mente y fruto de ella fueron sus obras de sociología, que sirvieron para recordar los grandes postulados sociales de la Iglesia y a urgir a los católicos su aplicación.

Qué claro aparece en sus escritos la posición del católico; el cristiano no puede optar entre dos materialismos, sino abrazar plena, íntegra y totalmente la doctrina que la Iglesia le ha señalado con carácter de estricta obligación.

Le dio sus energías, y sus últimas palabras fueron para ofrecer el holocausto de su vida por el Hogar de la ASICH.

Le dio sobre todo su corazón. El Padre Hurtado vio cumplidas en él las palabras del Salmista: *"feliz el que comprende al necesitado y al pobre"*.

Sobre la Capital de la República hay un terrible escenario que abofetea nuestro rostro de chilenos y cristianos: los hombres sin techo, las viviendas inhumanas, las multitudes que no tienen *"el espacio vital para que se desarrolle una familia"*, los hijos de Dios que no gozan de aquel minimum de bienestar que el Angélico señala como requisito indispensable a la práctica de la virtud.

Qué fácil es arrojar unas cuantas frases hechas, como se pega un cartelón sobre su muro, para calmar nuestra conciencia que grita, qué fácil es decir: el vicio, incultura, no se logra nada, como si con esas palabras sacudiéramos nuestra responsabilidad social.

El Padre Hurtado sintió esa lacra y enfrentó esa responsabilidad.

Amaneceres escarchado de un invierno santiaguino; los prados blanquean al llegar el día y en los quicios de las puertas o sobre un banco de nuestros jardines, duermen, peor que animales, hermanos de nuestra raza e hijos de un mismo Padre celestial.

La prensa lacónicamente informa en sus hechos policiales: *"Ayer fueron hallados muertos por el frío, tres, cuatro, seis personas"*.

El corazón del Padre Hurtado no puede más. Callar sería complicidad. Y habla con su palabra de fuego que remueve. Muchos han comprendido. Una señora ha llegado esa tarde trayendo la única joya que le queda: el Hogar de Cristo ha nacido...

Y como el grano de mostaza de la Evangélica parábola, crece para dar techo, comida y sobre todo amor, a tantos que sólo han tenido por hogar el lecho del río, por pan el infortunio y por única familia, la orfandad.

En el siglo III el Diácono Lorenzo oyó, en la persecución, decir al Juez: *"Entrégame los tesoros de la Iglesia"*.

He aquí, lo que, en la Tierra primero y desde el Cielo ahora, nos dice el Padre Hurtado, señalándonos el Hogar de Cristo: *"Aquí están los tesoros de la Iglesia"*.

Qué gran lección nos entrega.

El sentido del pobre. En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros aterrados cubrió la desnudez de Jesús.

Y hace dos días, me atrevo a decirlo con íntima certeza, allá en los cielos resonó con especial acento, la voz del Juez Supremo que dictaba su sentencia de eternidad:

"Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino que te tenía preparado. Era peregrino sin techo y me recibiste. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo y me visitaste. Hambriento y me diste de comer. Tuviste el sentido del pobre. Lo que hiciste a uno de esos desvalidos, me lo hiciste a Mí. Entra en el gozo de tu Señor".

159

Pero el Hogar de Cristo no contenta las ansias apostólicas del Padre. Hay que dar casa permanente a las familias. Y la Cooperativa de edificación surge con este fin. Si su acción es limitada, tiene un alcance más vasto: despertar nuestra conciencia social en este pavoroso problema de la habitación. El Apóstol se revela no sólo en lo que crea sino en las proyecciones que su misma creación produce.

Junto a su lecho de enfermo, llega la Primera Dama de la República, cuyo gesto maternal, dando a nuestro pueblo el hogar que imperiosamente necesita, recogerá la historia y el Padre Hurtado le sonríe, prometiendo bendecir, desde el Cielo, esa obra.

Ella sabe cómo el Padre alentó su obra y cómo, fiel a su promesa, continuará, desde arriba, protegiéndola.

Pero la *"sensibilidad social"* de que nos habla el Pontífice actual a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia, no es caridad.

El obrero y el empleado necesitan ser defendidos en sus derechos y amparados en sus justas reivindicaciones. Y para ello, en las condiciones actuales, ha de ir imprescindiblemente al sindicato.

El Padre Hurtado comprendió toda la trascendencia de la acción sindical y la necesidad de preparar para ella a sus dirigentes, y fruto de su visión y de su energía, nació la ASICH.

Para ella estuvieron hasta el final sus mejores actividades u desvelos. Para ellos escribió su obra *"Sindicalismo"*. Ella fue en su visión de Apóstol, el medio de esa redención proletaria, que Pío XI señala como meta de nuestra actividad social.

Pero más que la ASICH, el Hogar de Cristo, la Cooperativa de Edificación, está el llamado que esas obras encierran. Han dicho Lacordaire que *"es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella"*.

El gran corazón del Padre Hurtado nos deja este imperativo llamado: nuestro deber social.

El católico tiene una misión social que cumplir. El tomar conciencia de las exigencias sociales del Cristianismo, es dar a nuestra fe su expresión plena y perfecta. Seguir a la Iglesia sin seguir con lealtad plena, con integridad máxima, con sinceridad generosa su enseñanza social, es como pretender separar a Cristo de su Evangelio.

Podrán las obras que él fundara morir en el transcurso de los años, como muere y perece todo lo humano, pero un *"monumento más perenne que el bronce"*, proyectará en el tiempo el gran llamado a nuestro deber social que el Padre Hurtado nos dejar.

Como genuino Apóstol, no le faltó en esa tarea el sello inconfundible de la Cruz. Fue una más que se sumó a los que en la implantación de estas doctrinas han debido probar entre nosotros el acibar de la crítica y la hiel de la incompreensión.

Ni utopía de soñador ni exaltación de avanzado, ni odio de amargura inspiraban su firme posición y su tajante palabra. Porque no es utopía lo que está en la raíz del alma humana, ni amargura lo que tiene como savia vivificante, el mandato supremo de la Caridad.

Y por eso fue valiente en la posición adoptada.

Ser testimonio de una doctrina, no ceder ante el temor ni ante el halago, no claudicar en una posición muchas veces incomprendida, no desviar esa misma doctrina de la dirección rectilínea que debe seguir no es cosa fácil; para ello se requiere esa fortaleza que nace de la convicción profunda, esa serenidad que sabe que Dios y el tiempo hacen justicia, esa visión de serenidad que da a los hombres y problemas su verdadero valor.

Ese es el legado que el Padre Hurtado nos deja y la huella que trataremos de seguir.

Y ahora, señores, una pregunta tan sólo ¿de dónde sacaba el Padre Hurtado las energías extraordinarias de su acción?

Y a esta pregunta una respuesta. Junto a sus cualidades destacadas de hombre, el Padre Hurtado sumaba la fuerza incontrastable de una eminente virtud.

Religioso en el pleno y amplio sentido de la palabra, amó a la Compañía de Jesús y en Ella a la Iglesia con toda la vehemencia y la pasión de su corazón generoso.

Forjado en el rico molde ignaciano, centró su vida en la ofrenda total que san Ignacio pone al final de sus Ejercicios.

Si se me pidiese una síntesis de la espiritualidad del Padre que explicara todos y cada uno de los actos de su vida, sin duda yo la encerraría en el llamado del Rey Temporal a seguirlo y en la ofrenda con que el alma responde al amor apremiante de Dios.

"Tomad, Señor, y recibid, mi memoria, mi inteligencia y toda mi voluntad. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta".

162

Apóstol de Jesucristo, todo lo ofrendó y su vida fue una perpetua oblación: "Tomad, Señor, y recibid".

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consumió el holocausto de su vida. "Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta".

Nos deja como a cristianos, un luminoso ejemplo.

Pero nos deja, como a hombres, un inmenso vacío.

Por eso, a pesar del "fiat", muchas veces repetido, las lágrimas nos traicionan.

Por eso en estos días, como un escalofrío, ha recorrido de norte a sur de la República, la frase, que más que pronunciarse, se solloza: el Padre Hurtado ha muerto.

Y la frase resuena en el fondo la mina oscura, a donde su palabra, como un mensaje de esperanza, penetró. Y soplan como el puelche helado en nuestros caseríos campestres que escucharon, con la sencillez del campesino, el eco de su palabra evangélica. Y vibra sobre nuestras pampas calicheras, donde el nortino, hecho esfuerzo y empuje, comprendió la buena nueva divina que, en palabras tan humanas, este Apóstol obrero le traía. Y cae, como la lluvia de invierno sobre los techos de fonolita de nuestras poblaciones callampas para repetir como un gran gemido: el Padre Hurtado ha muerto.

Y el pobre angustiado en su tugurio, siente que un gran amigo se le ha ido. Y bajo los puentes del Mapocho, el huérfano sabe que ya no existe el que quiso reintegrar su vida de vago a la sociedad. Y sobre el féretro, en un desfile continuo ha ido cayendo como una oración, el llanto de los humildes y la plegaria de los que por él supieron del aproximarse a Dios.

Para el que no tuvo más reposo en su agitada vida que la enfermedad y la muerte, ya ha resonado el *"descanse en paz"* de la Iglesia. Y entre los que amó con predilección, va a dormir su eterno sueño.

Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó a los pobres y a los humildes, y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida.

"Tomad, Señor, y recibid".

Pero no podemos llorar como los que no tienen esperanza. El ya habita el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Fue su alma ardiente como llama; resplandezca como luz.

"No busquemos a un vivo entre los muertos". Imploremos su valiosa intercesión.

Y mientras el corazón sangra, la plegaria sube.

"Tu, Señor, nos lo diste... A ti también te lo entregamos".

Cíñele la corona de justicia que has prometido a los que saben pelear el buen combate por tu Nombre.

Y a nosotros y a mí, ante quién llegó arrastrándose en su enfermedad, para dar su última predicación, danos el consuelo y la fuerza, en su ausencia, para poder, con voz entera, repetir la palabra del poeta de los grandes infortunios de la vida:

"El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Como al Señor le plugo, así fue hecho. Sea bendito el nombre del Señor".

ANEXO II

Carta del Vaticano

El Vaticano 15 Junio 1976.

Mons.

*Carlos González Cruchaga
Obispo de Talca*

Señor Obispo:

El Santo Padre ha sabido con mucho agrado que la diócesis de Talca, y toda la Iglesia de Chile, se prepara a conmemorar el décimo aniversario de la muerte repentina y prematura de Mons. Manuel Larraín que se prodigó ahí, durante más de 27 años, como Pastor solícito. Con este motivo me ha confiado el grato encargo de hacerme intérprete de su paterna participación a este significativo homenaje.

La figura de Monseñor Larraín sigue viva en la memoria y en el corazón del Santo Padre, así como de todos cuantos lo trataron en vida y pudieron apreciar su gran personalidad, la finura y simpatía de su trato, su generosa dedicación, su talento vivaz y sobre todo su pasión por la Iglesia. Toda su vida, sus enseñanzas y su ejemplo constituyen una página memorable y emblemática en los anales del Catolicismo no sólo esa Nación, sino también en todo el continente latino-americano. En efecto, como Presidente del Celam, desde 1964 hasta el momento de su trágica desaparición hace diez años, él vivió intensamente e irradió sabiamente la idea fundamental que dio vida a este organismo, enriquecido por las directrices conciliares, es decir, un

servicio y una ayuda a las Conferencias Episcopales de las naciones de América Latina para que la Iglesia del Continente pudiese leer más claramente los signos de los tiempos, responder de manera más cumplida a las apremiantes instancias del pueblo de Dios, y ofrecer más copiosamente a los hombres ese suplemento de alma que brota del evangelio.

En una frase lapidaria de la Carta a los Efesios, San Pablo sintetiza la vida y la misión de Cristo: "dilexit Ecclesiam et tradidit semetipsum pro ea" (Efes. 5,25) amó a la Iglesia y se entregó por Ella; no raras veces la sabia piedad de los fieles ha hecho de esta sentencia el epitafio glorioso de insignes pastores de almas. Leyendo el testamento pastoral de Mons. Larrain no se puede menos que pensar que él, amó apasionadamente y enseñó a amar a la Iglesia en la persona del Papa, de los Obispos, de los sacerdotes; en su fe, en su culto y en sus sacramentos a los que prestó una especial atención en el ejercicio de su misión episcopal, haciéndose propulsor también en el plano nacional, del movimiento litúrgico; en su pueblo santo, manifestando su predilección por las categorías más necesitadas, los pobres, los obreros, los jóvenes; en su eterno y siempre actual patrimonio de doctrina, que él predicó incansablemente, asociando a su acción pastoral a numerosísimos apóstoles del clero, de los religiosos y de los seglares por él formados. Él honró y sirvió a la Iglesia y enseñó a honrarla y a servirla con el emocionante testimonio de su palabra, la abnegación de su compromiso generoso y sin límites, la responsabilidad del sacrificio personal, participando con entusiasmo en sus alegrías y compartiendo íntimamente sus ansias y sufrimiento al verla incomprendida, malentendida, combatida, contestada y perseguida en su obra de evangelización y de salvación. "Quiero que mi última palabra —escribe en su mensaje final— sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he visto y encontrado a Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella".

En su encíclica "Populorum Progressio" el Santo Padre se refirió a una carta pastoral de Monseñor Larrain (AAS Vol.LIX-p.273, n. 32 nota 33) sobre el desarrollo y la paz. Aunque muchas situaciones han cambiado durante estos últimos años en la

Iglesia y en el mundo, el pensamiento del Obispo permanece como una fuente de genuina inspiración para la actividad social de los cristianos, que fue una de las constantes preocupaciones de su ministerio y que permanece ya que, por encima de situaciones y vicisitudes contingentes que lo inspiraron, brota de un auténtico sensus Ecclesiae, reconocible incluso cuando su discurso asume las vibraciones existenciales del momento. En efecto, para él, los cristianos y de manera particular los sacerdotes, los religiosos y las religiosas pueden prestar su calificado servicio a los hermanos a favor de la promoción humana, de la justicia y de la paz, y pueden ser luz del mundo y sal de la tierra sólo si aman y en la medida en que amen profundamente a la Iglesia y vivan plenamente en comunión con Ella.

Aprovecho la presente oportunidad para expresarle, Señor Obispo, el testimonio de mi sincera consideración y estima.

En Cristo.

† I. Cardenal Villot

Nota: El Cardenal Secretario de Estado del Vaticano, representa la Palabra del Papa Paulo VI quien era amigo de Don Manuel Larrain.

ANEXO III

Algunos textos de la Homilía del Cardenal Raúl Silva Henríquez, en el Décimo Aniversario de la muerte de don Manuel Larraín

Talca, 22 de Junio de 1976.

La Iglesia Católica de Chile, fraternalmente acompañada de ilustres representantes de Latinoamérica y Europa, recuerda hoy —cumplidos 10 años de su muerte— a Don Manuel Larraín Errázuriz, Obispo de Talca.

168

Los recuerdos de la Iglesia no son meros arranques de nostalgia. La Iglesia recuerda para poner en presente el amor. Ella sabe que el amor de Cristo es más fuerte que la muerte, y que los que han vivido y muerto por Cristo siguen acompañando a la Iglesia, en comunión de gracia y de destino, iluminándola y urgiéndola con la vigencia de sus propios carismas.

¿Cuál es el carisma con que nos acompaña Don Manuel?

Enseña San Pablo que el más excelente de todos los carismas es el amor. Y el mismo Pablo testifica que el gran amor de Cristo, es su Iglesia.

Hoy podemos decir que ése fue y continúa siendo el carisma de Don Manuel: **amó a la Iglesia, y se entregó por ella.** *"Quiero, expresa él mismo, en su Testamento Pastoral —que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella".*

"Amó a la Iglesia": es lo más bello que se puede decir de un hombre. Es el carisma más excelente. Un carisma que no pierde nunca vigencia.

Don Manuel amó a la Iglesia apasionadamente. Y concretamente.

La amó en su pasado, bebiendo cada día de su auténtica Tradición. La amó en su presente, con sus miserias de hoy y de siempre, que duelen a quienes la aman, pero les corroboran también su origen divino. La amó en su futuro, contribuyendo poderosamente a anticipar su nuevo rostro y ofreciendo su vida para que fuera el rostro sin mancha ni arruga de la Esposa de Cristo. La amó trabajando, orando y sufriendo. La amó pensando y enseñando. La amó en su diócesis y en su Patria, en Latinoamérica y Europa, en la universal comunidad de los creyentes.

El universalismo no le impidió, sin embargo, privilegiar algunos aspectos de la vida y misión de la Iglesia. El mismo se encargó de enumerarlos: *"Estos han sido –nos dice en su Testamento Pastoral- mis tres grandes ideales: la liturgia; la Acción Católica; y el Problema Social. Les dejo como legado continuar esta tarea"*.

169

Desentrañemos brevemente lo que se nos pide en cada una de estas tres tareas.

Maestro de oración

El Obispo comúnmente conocido y célebre por su inquietud social; el propulsor infatigable de nuevas estructuras, más aptas para encarnar la justicia; el defensor ineludible de los más débiles y oprimidos, fue un maestro de oración.

Fuimos testigos de su amor y celo por la Sagrada Liturgia. Del gozo con que celebraba los divinos misterios. De la solidez y continuidad de su vida de oración personal. Le vimos siempre en

la vanguardia de auténticas reformas litúrgicas, ansioso de abrir, a los sacerdotes y fieles, el tesoro de la Palabra de Dios y posibilitarles una participación consciente y fructuosa en la celebración de los sacramentos. Le conocimos firme hasta la intransigencia, en la reprobación de los abusos, experimentos no autorizados e improvisaciones que, bajo pretexto de innovación, no hacían ni hacen otra cosa que desprestigiar las reformas y defraudar el derecho del Pueblo de Dios a orar genuinamente con la Iglesia.

Sabía Don Manuel —era su experiencia personal— que la oración más bella, la más escuchada, la que mejor satisface el anhelo de paz, la más apta para formar comunidad, es la oración de la Iglesia. Y sabía también que la oración así cultivada, lejos de alienar o marginar al cristiano de su responsabilidad para con el mundo, forma su conciencia —personal y comunitaria— y lo urge a traducir, en ese mundo, los misterios de fe, caridad y esperanza que ha celebrado en la Liturgia. Por eso se atrevió a escribir: *“El mundo no será salvado ni por los sociólogos, ni por los sabios, ni por los políticos; sino por la capacidad de oración que sepamos despertar en torno nuestro... Lo que la Iglesia ante todo nos pide es que seamos hombres de oración. Se precisa la acción, pero aún más se necesita la oración”*.

En una época que reclama con tanta urgencia el dinamismo —casi más que eso, el titanismo social; en que el apóstol cae con frecuencia en la tentación de abandonar lo que le parece, por espiritual, superfluo y postergable, en aras de una eficacia inmediata y comparable, se levanta la figura de este luchador social, que extrae toda su fuerza del manantial de la oración de la Iglesia, y hace confluir en él todo su ser y actuar. Allí, en esa afirmación rotunda del primado de la oración; se revela inequívocamente el dedo de Dios.

Quienes nos sentimos depositarios del legado de Don Manuel hemos contraído con eso el compromiso de poder, a nuestra Iglesia, en **estado de oración**. Como dice en su Testamento Pastoral: *“para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia”*.

Inspirar un humanismo nuevo

La Iglesia nunca fue ni podrá ser una secta, replegada sobre sí misma y desentendida de la marcha del mundo. Desde la mañana de Pentecostés ella vive impulsada por el Espíritu, en **estado de misión**. Su destino es, **todos los hombres**; pero también, **todo el hombre**. Los primeros cristianos entendieron su presencia en el mundo en términos semejantes a lo que es el alma para el cuerpo: ella está, toda entera, en cada parte del organismo, dándole la vida.

El Evangelio pide encarnarse en la cultura misma del hombre, allí donde se forjan sus juicios, su mentalidad, sus decisiones; allí donde se investiga la verdad, donde se hace la ciencia, donde se expresa la belleza, donde se construye la ciudad humana. Allí el laico juega un papel insustituible. Esa misión —evangelizar la cultura y las culturas del hombre— le pertenece en primer lugar y directamente a él, por derecho propio. La realizará, por cierto, en comunión jerárquica con sus Pastores.

Tuvo Don Manuel lucidez señera sobre la importancia del apostolado seglar. Luchó para que no se produjese un trueque o invasión de competencias entre sacerdotes y laicos. *"Hay que darle al laico —escribía— su lugar en la Iglesia y su misión insustituible de constructor de la ciudad terrestre, según el orden querido por Dios. A él le corresponde una labor irremplazable, que nosotros los sacerdotes no podemos ni debemos sustituir. Si existe un peligro que es necesario evitar —el laicado divorciado del sacerdocio— existe también este otro, el de un clero que asume tareas laicales que no son de su competencia. Hay un laicado adulto, que no quiere ser tratado como un menor de edad en funciones que le son propias"*.

En parecidos principios se arraiga la incansable lucha que Don Manuel libró a favor del carácter aconfesional de los partidos políticos integrados por cristianos. Continuando y reforzando una tradición marcada por preclaros Obispos, entre los que sobresale Don Crescente Errázuriz, sostuvo que *"ninguna civilización, ninguna clase, ninguna nación, ningún partido podría apropiarse de la Iglesia; prolongación de Cristo en el tiempo, tiene, como El, sus brazos bien abiertos para acoger, sin distinción de clases ni parti-*

dos, a toda la Humanidad". Decía esto en su homenaje de recuerdo del 10º aniversario de la muerte de Mons. Juan Subercaseaux. No imaginaba que algún día, sus mismas palabras podrían volver a citarse, esta vez en su elogio, también a los 10 años de su Muerte.

¡Libertad, independencia de la Iglesia: no para eludir un compromiso ni inquietarse en una falsa neutralidad, como si a ella le fuese indiferente el devenir social y se interesara sólo en lo Eterno! No, libertad, independencia de la Iglesia en cuanto tal, para estar en condiciones de prestar su servicio: ser sacramento de unidad. Para poder inspirar, animar y congregar en su seno, por igual, a todos sus hijos, insertos en diversas comunidades, clases y partidos, cada cual según su conciencia, pero obligados todos para con el Evangelio como norma suprema de su actuar. Libertad e independencia de la Iglesia respecto de cualquier régimen o sistema, para seguir siendo conciencia crítica, libre y liberadora.

De estos laicos, así formados y enviados, por la Iglesia, a su tarea específica de construir la ciudad terrena, se espera la parte fundamental de un humanismo nuevo, cuyas líneas maestras se contienen en la Constitución *Gaudium et Spes*, en el discurso de Pablo VI al clausurar el Concilio, en la Encíclica *Populorum Progressio* y en la Exhortación *Evangelii Nuntiandi*. El legado de Don Manuel nos impone la tarea de formarlos, capacitarlos y enviarlos a promover ese humanismo nuevo, que no es otro que el humanismo cristiano. Sin él —nos advierte Pablo VI— los hombres terminan siempre organizando la tierra con el hombre. Sin él concluye, citando a Don Manuel, los hombres no conocerán la ansiada paz, porque el desarrollo concebido integralmente como servicio a todo el hombre y a todos los hombres es *"el nuevo nombre de la paz"*.

Privilegiar a los pobres

Don Manuel hablaba mucho del “*gran escándalo del Siglo XX*”; del gran sufrimiento de la Iglesia: que la clase obrera se alejase de ella: ¡de la Iglesia del hijo del carpintero!

Por eso aplicó todo su talento, su dinamismo, su influencia a la difusión y práctica de la Doctrina Social de la Iglesia. El campo era vastísimo. Había que empezar por reafirmar el derecho y deber de la Iglesia de pronunciarse con autoridad en estas materias. Es tan fácil pretender inhibirla, desautorizarla, acusándola de invadir un terreno para el que carecería de competencia, o de estar cediendo a la tentación de hacer política y demagogia!

Había que señalar que la injusticia y la opresión existen, pero también mostrar concretamente dónde están, cuáles son sus causas y cuáles los remedios. Había que formar sacerdotes y laicos idóneos, para divulgar esta Doctrina Social y traducirlas en nuestras estructuras, nuevas normas de derecho, la defensa de los trabajadores en casos conflictivos, donde sus derechos no estaban eficazmente garantizados. Había que arriesgar experiencias, como creación de cooperativas, sindicalismo cristiano, y la entrega de las propias tierras en la primera iniciativa de Reforma Agraria.

Nada de eso puede hacerse sin sufrir la contradicción. Don Manuel bebió de su cáliz amargo, fue acusado de hacer política y demagogia de traicionar su ministerio pastoral. “*Ante la majestad de la muerte —expresa en su Testamento— afirmo que no he hecho ni lo uno ni lo otro. He cumplido con un deber de Iglesia. Debe enseñarse con valentía. Debe aplicarse con decisión. Muchos no me han comprendido en esta posición.*”

El gran enamorado de la liturgia; el maestro de oración, no podía aceptar un abismo entre el culto y la vida política, económica y social: “*las doctrinas sociales de la Iglesia son obligatorias y necesarias —escribía—. Hacer distingos entre lo religioso y lo social, para aceptar lo primero y rechazar lo segundo, es ponerse fuera del pensamiento católico.*” La comunión con el cuerpo

y sangre de Cristo debía mostrar su autenticidad en un comulgar, también, con el dolor y la esperanza de los miembros privilegiados del Cuerpo del Señor. *"Debemos luchar—decía— por una economía humana, al servicio del hombre y no de lucro. Las necesidades vitales de la población deben primar sobre todo. La miseria y el lujo no pueden tener cabida en una sociedad cristiana"*.

Privilegiar a los pobres. No callar nunca, cuando el pecado de su opresión clama al cielo. No temer la incompreensión ni el escándalo —más de una vez farisaico— de aparecer, como Cristo, prefiriendo al enfermo y al débil. Arriesgar, incluso, que esta decidida acción a favor del oprimido sea mañosamente aprovechada por otros. Nada de eso puede retraer a la Iglesia de su amor por los predilectos de Cristo. Así está Ella en su gran tradición, la que arranca directamente de su Maestro.

Aceptemos el carisma de Don Manuel, con toda su permanente vigencia.

174

Amemos a la Iglesia. Amémosla, como ama el esposo a su esposa, como ama el amigo a su amigo, como ama el pastor a su oveja: hasta dar la vida por ella.

Amemos a la Iglesia como la amó Don Manuel Larrain. Citando al entonces Mons. Montini, después fue el Papa Paulo VI describía en el fondo el sentido de su propia vida:

"Amaremos a los que están junto a nosotros, y amaremos a los que están alejados. Amaremos a nuestra Patria, y amaremos la de los demás. Amaremos a todas las clases sociales, pero sobre todo a los que tienen más necesidad de ayuda, de socorro, de promoción. Amaremos a los niños y a los ancianos, a los pobres y a los enfermos. Amaremos a aquellos que se burlan de nosotros, a los que nos desprecian, a los que están contra nosotros y nos persiguen. Amaremos a los que merecen ser amados y a los que no lo merecen".

† Raúl Cardenal Silva Henríquez
Arzobispo de Santiago

Don Carlos González Cruchaga nos presenta a Don Manuel Larrain Errázuriz, Obispo de Talca entre los años 1938 y 1966. Presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) y activo participante en el Concilio Vaticano II; sin duda, una de las figuras señeras de la Iglesia chilena y latinoamericana en el siglo veinte.

Don Carlos, amigo personal de Monseñor Larrain –probablemente una de las personas que mejor lo conoció–, en su estilo característico, de pinceladas breves y penetrantes, nos muestra a un Pastor visionario que amó profundamente a la Iglesia, que comprendió como pocos las transformaciones históricas de su tiempo y que intentó ser consecuente con ellas. Como don Carlos lo destaca, un hombre leal con la historia, con la Palabra de Dios y con la Iglesia.

La Universidad Católica del Maule agradece la posibilidad de patrocinar la publicación de este libro, porque de esta manera espera contribuir a que el espíritu de servicio y amor a la verdad, que vivió la vida de don Manuel, sea también el espíritu que anime la vida de su comunidad universitaria.

Claudio Rojas Muñoz
Rector
Universidad Católica del Maule

UNIVERSIDAD
CATOLICA
DEL MAULE


COLECCION TABOR